

• DE LOS AUTORES

Javier Omar Ruiz, es Licenciado en Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana -UPB-, de Medellín, con postgrado en Educación (Universidad de San Marcos, Lima, Perú) y Gerencia Social de la ESAP, Bogotá.

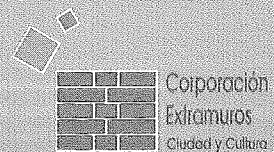
Trabajador social y educador en varios programas de educación popular en Colombia, Ecuador y Perú con población de la calle, estudiantes y otros sectores sociales. Ex-director del **Programa Nueva Vida-SOS**. En la actualidad es Asesor de Unidad en la Delegada de Participación de la Veeduría Distrital.

José Manuel Hernández, Licenciado en Pedagogía Reeducativa, (Universidad Luis Amigó, Bogotá), tiene un postgrado en Gerencia Social (ESAP, Bogotá), trabajador social con niños trabajadores y con niños y jóvenes de la calle en varias instituciones.

Coordinador de la **Propuesta Cultural del Programa Nueva Vida-SOS**. Coordinador del Proyecto de Jóvenes de la Veeduría Distrital. En la actualidad es el presidente de la **Asociación Juventud y Ciudad -JUCI-**.

Luis Antonio Bolaños es Sociólogo multidisciplinario e investigador colombiano residente en Lima. Columnista de varios periódicos y revistas. Especialista en temas referidos a medio ambiente, cultura,

desarrollo y ciencia ficción.



Corporación
Extremuros
Ciudad y Cultura

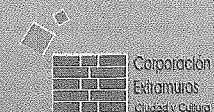
Diseño: NELSON CRUZ

GAMINES, INSTITUCIONES Y CULTURA DE LA CALLE



GAMINES, INSTITUCIONES Y CULTURA DE LA CALLE

JAVIER OMAR RUIZ / JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ / LUIS A. BOLAÑOS



Corporación
Extremuros
Ciudad y Cultura

*GAMINES,
INSTITUCIONES
Y CULTURA
DE LA CALLE*

*GAMINES,
INSTITUCIONES
Y CULTURA
DE LA CALLE*

*JAVIER OMAR RUÍZ
JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ
LUIS ANTONIO BOLAÑOS*



SANTA FE DE BOGOTÁ, 1998

© JAVIER OMAR RUÍZ
JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ
LUIS ANTONIO BOLAÑOS

DERECHOS RESERVADOS

PRIMERA EDICIÓN

COORDINACIÓN EDITORIAL:
JAVIER OMAR RUÍZ

DISEÑO: NELSON CRUZ

**CORPORACIÓN EXTRAMUROS / CIUDAD
Y CULTURA**
CARRERA 10 # 15 - 39 / 207
TELEFAX: 283 05 87
SANTA FE DE BOGOTÁ

1998

INDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	9
LA CALLE: OTRO MODO DE VIVIR LA CIUDAD <i>JAVIER OMAR RUÍZ</i>	11
GÉNERO Y SEXUALIDAD EN LOS Y LAS JÓVENES DE LA CALLE <i>JAVIER OMAR RUÍZ</i>	87
DINÁMICA SOCIAL DE LOS GAMINES EN SANTA FE DE BOGOTÁ, ENTRE 1970 Y 1996 <i>JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ</i>	117
LA CALLE, DOMINIO DE LO IMPREVISTO Y DIMENSIÓN CULTURAL <i>LUIS ANTONIO BOLAÑOS</i>	179

PRESENTACIÓN

La *Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura, Organización No Gubernamental* sin ánimo de lucro, presenta a los estudiosos del fenómeno de los habitantes de la calle el presente compendio de textos que, sobre el tema, han realizado algunos especialistas de larga experiencia en el campo.

En general, todos ellos apuntan a replantear las lecturas tradicionales que se han realizado sobre el fenómeno de la calle, abriendo las puertas a otros modos de interpretación y a la búsqueda de nuevas propuestas para el trabajo con habitantes de la calle.

La *Corporación Extramuros*, creada en 1994, recogió la experiencia piloto que, como *Programa Nueva Vida - Corporación SOS-Aldea de Niños Colombia*, habían desarrollado sus integrantes desde 1991. Aquella experiencia exploró desde la sospecha de la existencia de una cultura de la calle, propuestas de trabajo no institucionalizantes y acciones de investigación para explicarse los fenómenos que constituyen esa realidad de la calle, tan incorporada a la dinámica de nuestra ciudad.

Hoy día, la **Corporación Extramuros** viene apostándole a la definición de una política social de largo alcance a través de distintas instancias interinstitucionales, tanto estatales como privadas, con el convencimiento de que ya deben dejarse de lado las propuestas puntuales y cortoplacistas, desintegradas de los planes estatales de desarrollo.

Gamines, Instituciones y Cultura de la Calle, es un primer esfuerzo por socializar todas estas búsquedas. Es un primer esfuerzo que queremos dedicar a la memoria de *Comanche*, y a todos aquellos niños, jóvenes y adultos de la calle, hombres y mujeres, con quienes hemos aventurado sueños.

CORPORACIÓN EXTRAMUROS, CIUDAD Y CULTURA

LA CALLE:
OTRO MODO
DE VIVIR
LA CIUDAD

JAVIER OMAR
RUÍZ ARROYAVE

A Nadia Valentina

ÍNDICE

Presentación	17
Introducción	21
¿Quiénes son los Habitantes de la Calle?	23
I. <i>Reseña Histórica de los Gamines / Niños en Santa Fe de Bogotá</i>	25
II. <i>La Realidad Actual de los Gamines</i>	33
A. Datos Demográficos	33
B. Ubicación Geográfica	36
C. Características de la Dinámica Actual de la Calle	38
D. La Dinámica Institucional	46
III. <i>Evolución de las Políticas de Intervención</i>	51
IV. <i>Una Lectura Sociocultural de la Vida en la Calle</i>	59
V. <i>Propuestas en Línea de una Política Social para los Gamines / Niños Como Habitantes de la Calle</i>	67

A. Los habitantes de la Calle en el Contexto del Plan Distrital "Formar Ciudad"	69
B. Propuestas Adicionales	74
A Modo de Conclusión	79
Bibliografía	81

*Esperemos que llegue la noche
para mirar los poetas,
pero no los de corbata ni de oficina;
aquellos que llevamos la mugre
y la soledad dentro del corazón
y el costal al hombro de la vida cotidiana
de los locos de la noche con mugre
y rechazados por la humanidad.*

*Loco soy
siempre seré un perro callejero,
pero seré callejero
a la luz de la luna.*

Pablo Enrique López
*El amante de la luna.
(Habitante de la calle)*

PRESENTACIÓN

La certeza de que la calle puede ser una opción de vida para muchos habitantes de la calle la he ido construyendo desde experiencias de búsqueda realizadas en trabajos con esta población en Lima, Perú y en Santafé de Bogotá, desde 1985.

En Lima, la experiencia se centró en niños y jóvenes de la calle en torno a un proyecto de organización laboral. El punto de partida fue la convicción de que éstos eran, ante todo, niños y jóvenes trabajadores, y en cuanto tales debían organizarse para negociar una posición honorable en el espacio de trabajo que, para el caso, era el *Mercado de Frutas*.

En Santafé de Bogotá el trabajo con jóvenes y adultos, dentro de un proyecto en medio abierto, recorrió el camino de la movilización social de esta población a través de la *reivindicación* de sus derechos civiles y de su papel en la construcción de una sociedad mejor.

Las acciones giraron en torno al teatro (Grupo *Sin Visaje*), a los derechos humanos (Marcha del *Poeta Negro*), a experiencias de comunicación, a la promoción de la salud, al trabajo con parejas y familias, etc. Esta experiencia permitió desarrollar la *sospecha* de una cultura de la calle, hipótesis que se fue alimentando mediante un proceso de investigación.

Posteriormente el proceso llevó a que el fenómeno de los llamados desde entonces *Habitantes de la Calle*, empezara a ser planteado como aspecto que debía ser atendido desde una política social de largo alcance por parte del Estado, desde una entidad distrital. De este modo, cada vez fue quedando más claro que los habitantes de la calle son también un fenómeno político que no se resuelve mediante intervenciones asistencialistas e institucionalizantes, como tampoco mediante propuestas exclusivamente pedagógicas. Los habitantes de la calle tienen que ser también interlocutores de la tarea de construir democracia y justicia.

El análisis de estos aspectos se hace en el presente texto, que en 1996, el autor presentó como ensayo de grado, en la Especialización en Gerencia Social de la Escuela Superior de Administración Pública, ESAP, de Santafé de Bogotá.

INTRODUCCIÓN

En Santafé de Bogotá hay tal vez unas 20.000 personas, entre niños, jóvenes y adultos de ambos sexos, a quienes puede considerarse habitantes de la calle.

Este fenómeno, que para el caso de los que hoy conocemos como *gamines* o *ñeros* ya tiene poco más de tres siglos, ha sido tratado principalmente desde políticas de rehabilitación y de resocialización. Hoy las acciones referidas a estas políticas, sólo cubren un porcentaje menor de la población de la calle. El resto deambula por las calles, siendo sujeto y a la vez objeto, de agresión y de maltrato.

La capacidad de atención de las instituciones que desarrollan estas políticas puede ser mayor, pero un grueso número de esta población quiere alternativas distintas a las institucionales. La alternativa institucionalizante ha cumplido su ciclo histórico. El país viene cambiando y otras son las necesidades y las demandas. Hay en ciernes otro país que apunta a mayores espacios de participación, de democracia, de tolerancia.

Hasta ahora, para esta población sólo se ha planteado un tratamiento pedagógico. Ahora se trata de buscar alternativas sociales. No puede seguirse eternizando la degradación de un fenómeno que, en otras condiciones, podría coexistir con el resto de las formas sociales de vivir la ciudad, siempre y cuando se garantizaran condi-

ciones de dignidad y de justicia. Entre tanto, los habitantes de la calle deben ser interlocutores directos de las propuestas políticas y sociales; interlocutores en la búsqueda de puntos de encuentro entre las ciudades sedentaria y nómada.

Junto a la realidad social de la vida en la calle, se ha ido tejiendo también una realidad cultural. La calle tiene sus tradiciones, sus ritos, sus imaginarios, sus símbolos y sus explicaciones. Se trata de trabajar desde lo que la dinámica de la calle implica (itinerariedad, violencia, etc.), contextualizada en una propuesta de desarrollo social de largo plazo.

Por ello los habitantes de la calle deben tener un lugar en los planes de desarrollo. Deben hacer parte de las propuestas estratégicas de una sociedad que definitivamente, no puede dejarlos a un lado porque los habitantes de la calle son ella misma

¿QUIENES SON LOS HABITANTES DE LA CALLE?

Son aquel grupo de personas que sin distinción de edad, sexo, raza, estado civil, condición social, condición mental u oficio, viven en la calle permanentemente o por períodos prolongados, y con ella establecen una estrecha relación de pertenencia y de identidad, haciendo de la vida de la calle una opción temporal o permanente, en contextos de una racionalidad y de una dinámica sociocultural que les es propia y particular.

Dentro de este grupo pueden ubicarse a los niños, jóvenes y adultos de la calle, a las familias de la calle, a los recicladores de la calle, a los mendigos indigentes, a los enfermos mentales de la calle, a los dependientes callejeros de sustancias psicoactivas, y algunos grupos de los y las trabajadores/ras sexuales.

El análisis del presente ensayo se centra en una parte de esta población: en aquellos grupos que regularmente se ubican dentro del genérico gaminés/ñeros. Es decir, a los niños, jóvenes, adultos y familias de la calle, y a los recicladores de la calle. Los otros grupos, debido a algunas especificidades, no quedan incorporados en esta oportunidad en el presente trabajo.

I

RESEÑA HISTÓRICA DE
LOS GAMINES EN SANTA FE DE BOGOTÁ

Es importante indicar que niños y jóvenes de la calle existen en muchos países del mundo, independientemente que sean países desarrollados o en desarrollo. Más aún, no son un fenómeno de reciente data.

“A lo largo de la historia las calles de las grandes urbes han sido tanto escenario como campo de batalla de los hijos de los pobres. Aparecen en la literatura (por ejemplo en las obras medievales de España e Italia y más recientemente en las de Twain, Dickens, Gorki y Hugo), y han motivado la aparición de organizaciones dedicadas a ayudarles (p.ej. la Congregación de los Salesianos)”. (OMS, s.f., 14).

“Durante el Medioevo se presentó el fenómeno de las cruzadas infantiles. Las narraciones de este proceso describen claramente cómo los niños se organizaron, independientemente de los adultos, para llegar a la tierra prometida.

(En su recorrido) “se vieron obligados a pedir limosna, a robar, a hacer pillaje. Al lado de los niños se agruparon adultos que sacaron provecho de los medios de subsistencia logrados por los menores. Así recorrieron Europa (...).

“En el siglo XVII se presentó en Alemania el fenómeno de las bandas estudiantiles. Thomas Platt, en su biografía, narra la historia de un muchacho de 14 años, que viajaba acompañado de un grupo de menores, en busca de escuelas y maestros. El mayor del grupo asistía a la escuela y entre tanto sus compañeros se dedicaban a buscar medios de subsistencia: pedían limosna, robaban y efectuaban pequeños trabajos. A la noche, el mayor del grupo revisaba lo logrado durante el día, compartía la comida y, a cambio, transmitía a sus compañeros los conocimientos adquiridos en la escuela.

“En el siglo XIX el niño se convierte en trabajador, explotado por la gran empresa. Aquellos niños que logran quedarse en la calle viven de la limosna, el robo y el trabajo esporádico (Oliver Twist). Algunas veces el niño es utilizado por un adulto (...) en forma semejante al Lazarillo de Tormes.

“(…) En los primeros tiempos de la revolución rusa, actuaron bandas de niños en las calles de varias ciudades ...” (Muñoz y Pachón, 1980, 119, 120, 121).

“Hay quienes han descrito sus vidas en términos románticos, pero en la mayoría de los casos se les ha calificado despectivamente: son los gaminos y chinchos de Colombia; marginais (delincuentes / marginados) de Río; pájaro frutero del Perú; polillas de Bolivia; resistoleros (pequeños rebeldes) de Honduras; scugnizzi (peonzas) de Nápoles, bui doi (niños polvorientos) Viet Nam, saligoman (niños molestos) de Rwanda o poussins (polluelos), moustiques (mosquitos) del Camerún, y balados (vagabundos) del Zaire y el Congo (...).

“Se estima que las cifras por regiones son de en torno a 40 millones en América Latina, 25 a 30 millones en Asia, y más de 10 millones en África. Predominan los muchachos (71-97%) (...). Para los efectos del proyecto “niños callejeros” se ha aceptado la cifra de 100 millones estimada por el UNICEF en 1990, cifra que engloba a los que actualmente sufren dificultades y a los que corren el riesgo de padecerlas”. (OMS, 14).

En cuanto a Colombia y hasta donde se tiene conocimiento, niños y jóvenes de la calle han habido en Bogotá desde cuando Colombia se llamaba la Nueva Granada. Ellos han visto transcurrir por las calles, las revueltas y las revoluciones que nos han ido configurando como país. Tal vez estuvieron alertas cuando en 1781 las tropas comuneras estuvieron

en las goteras de la ciudad; seguro muchos se unieron al ejército patriota por los años de la lucha por la independencia, o pelearon en los bandos de la guerra de los mil días. Muchos otros protestaron contra la separación de Panamá en 1903 (Muñoz y Pachón, 1991, 306), y de seguro sumaron sus fuerzas a las masas levantadas el 9 de abril de 1948 a raíz del asesinato de Jorge E. Gaitán. Hace más de 300 años que la calle es para muchos, un espacio para la vida y la sobrevivencia.

Seguramente los primeros niños que alimentaron las calles, fueron algunos de los niños abandonados que después de pasar sus primeros años en una casa de expósitos, pasaban a la calle. En 1565 la Corona sugiere a la Real Audiencia crear un refugio para mujeres desamparadas, cosa que se decreta en 1639, para que en 1642 se abra junto a la Catedral, una casa de expósitos y recogidas (Fundación Misión Colombia, T.I, 1988, 220).

Años después, la situación de la ciudad respecto a las personas de la calle, era descrita así:

“En la segunda mitad del siglo XVIII la ciudad de Santa Fe, por razones de crecimiento y excesiva migración procedente del campo, empezó a afrontar serios problemas de proliferación de vagos, maleantes, mendigos, prostitutas y toda guisa de desechos sociales”. (222).

Pocos años antes, en el periódico *El Constitucional de Cundinamarca* del 21 de diciembre de 1850, se daba cuenta de la siguiente noticia, indudablemente referida a menores de la calle:

“Se descubrió la existencia de una compañía de muchachos de muy corta edad la mayor parte de ellos, que de concierto y auxiliados mutuamente, se ocupaban de robar pequeñas cantidades y objetos de corto valor fueron aprehendidos, se les comprobó su mala conducta, y se les ha concertado con particulares”... (T. II, 118).

El *Diario Oficial* del 23 de octubre de 1865 informaba de una situación similar en estos términos:

“Se ha retenido por la policía a tres muchachos de ocho años de edad por robos de menor cuantía, y una muchacha de la misma edad por igual delito... (119)”.

En 1884, Alberto Urdaneta reproduce en el *Papel Periódico Ilustrado*, un texto escrito en 1860, por el señor Januario Salgar, quien pinta de manera más descriptiva, a un niño o *chino* de la calle, para acercar al lector a esta realidad, desde una lectura más humana.

“El chino es regularmente un muchacho huérfano o abandonado, que pernocta en el portal más inmediato al lugar donde le coge la noche, que se alimenta de los despojos de otras comidas o de algún pan estafado con ardides ingeniosos. Se le ve por la mañana en la plazuela de San Victorino, lamiendo la estaca con que se destapan las botijas de miel, y por la tarde en los cerezos de Egipto o en las huertas de las Nieves acariciando y sobornando al mastín que las custodia. (...) Viste, o más bien lleva como puede, un largo pantalón arremangado hasta la pantorrilla y sujeto debajo de los brazos por un suplente de calzonaria de orillo (...) Su fisonomía es graciosa, despierta, inteligente, sus ojos de víbora brillan por entre el cabello largo (...) Este conjunto de fealdad y de belleza, de maldad y de gracia, de inteligencia, malicia, perversidad... que se yo, ese es el chino de Bogotá, el ángel de la picardía”. (No 77, 77).

Durante las primeras décadas del Siglo XX, no son pocas tampoco, las referencias periodísticas sobre estos grupos de niños y jovencuelos. En 1932, el diario *El Espectador* del 13 de septiembre, refería:

“El espectáculo de éste sinnúmero de ínfimos chicuelos, desharrapados y hambrientos que llenan las aceras y las plazas, muchas veces con criaturas recién nacidas a la espalda, pidiendo limosna con insistencia desesperada o revolcándose en el polvo malsano, en parvadas de cinco y diez, es algo que ya causa un desdoro para la capital de la República. (...) Este desamparo de esos millares de niños, que descenden a las calles centrales desde los más oscuros rincones de los barrios populares, es un pecado de la administración social”.

El 28 de agosto de 1934, un columnista de *El Tiempo*, señalaba que: *“La vagabundería infantil reviste en la ciudad tres aspectos: el proveniente de la mendicidad urgida y acosada; el que resulta de la deficiente organización social, y la vagabundería transhumante propiamente dicha”.*

El 6 de Enero de 1940, una noticia de *El Tiempo* describía también la manera, bastante ingeniosa, que un grupo de muchachos callejeros tenía para robar almacenes, poniendo como distractor a una chica: *“L. Díaz,*

simpática muchacha de 19 años de edad, un conocido apache criollo y cuarenta y cinco gamines delincuentes, asaltaron ayer tarde un almacén de la calle 13. El robo se realizó en forma muy original... La muchacha preguntó por medias finas de seda (...). En esos precisos momentos irrumpió en el almacén un verdadero ejército de muchachos”...

En 1957 la prensa se ocupó en varias oportunidades del caso de dos niños de la calle que habían construido un albergue en un árbol ubicado en la Avenida 68 con carrera 24. Días después se informaba que una ciudadana había celebrado el cumpleaños de su hijo en compañía de los dos *gamines*. Al regresar de la fiesta, *“los muchachos comprobaron que ya no estaba allí la choza aérea que con tantos esfuerzos y sacrificios habían levantado. Dieron inmediato aviso a la policía, pero hasta el momento el culpable no ha sido detenido”*... (*El Tiempo* 8 de diciembre 1957).

Similares crónicas y noticias seguimos encontrando en los años siguientes, tanto en la prensa, como en la radio y la televisión, haciendo de presente a la ciudad que la realidad de los niños y jóvenes de la calle sigue incorporada a su crecimiento desordenado y desigual.

Frente a esta realidad, y desde hace 354 años, la sociedad y el Estado han buscado diverso tipo de soluciones, todas ellas centradas en el común denominador de las propuestas institucionales de reeducación.

Anteriormente se hacía referencia a la casa de expósitos de 1642. El virrey Pedro Messía de la Zerda, por su parte, abrió la Casa de Pobres en 1761 (Fundación Misión Colombia, T.I, 222). Vino luego la experiencia del virrey Manuel de Guirior quien en 1774, ordenó recoger a los niños callejeros en un hospicio para mujeres, llamado el Real Hospicio. En 1789 había allí 47 niños (Ortega, 1972, 10,11). Durante las guerras de independencia el hospicio fue cerrado, para ser reabierto en 1858. En 1881, cerca a la actual Estación de la Sabana, se abre el Asilo de San José en el que a estos menores se enseñaba oficios varios. En 1910 se crea el Dormitorio de Niños Desamparados.

En 1930, mediante la Ley 9a, se crean el Instituto Tutelar y la Escuela de Trabajo; en 1934 el Amparo de Niños; en 1935 las Granjas del Padre Luna; el Dormitorio Lourdes en 1944; el Club Michín en 1958.

En 1950 se había fundado la Escuela El Redentor, en 1949 el Instituto Montini, en 1960 la Casa Maternal Rosa Virginia, y en 1966 la Residencia Juvenil de Niñas a cargo de las Hermanas del Buen Pastor.

En 1967 se funda el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y de la Juventud, IDIPRON, programa que todavía continúa y que es acaso el que mayor cobertura poblacional tiene en la actualidad (1740 internos y 930 externos en 1994) (Nicoló, 1994, 5). En 1974 se funda Benposta-Nación de Muchachos, La Fundación Niños de los Andes en 1988, en 1991 el Programa Nueva Vida-Corporación SOS Aldea de Niños, en 1994 la Corporación Extramuros-Ciudad y Cultura.

Y así, sólo por enumerar unas cuantas instituciones y unos cuantos programas creados a lo largo de estos 354 años, y que nos remiten, a pesar de las instituciones, a la creciente presencia de niños, jóvenes y adultos en las calles de la capital.

Marcos Granados en 1974 daba cuenta de 23 instituciones (15 oficiales y 8 privadas). Felicia Knaul para 1992, señalaba 38 instituciones con vínculos de coordinación con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF. (1994, 43).

En la actualidad, aunque sin poder contar con datos estadísticos completos, podría aproximarse en 50, el número de instituciones públicas y privadas que atienden a esta población, sobre la base de las respuestas a una convocatoria que la Veeduría Distrital hizo en 1994 para un foro sobre el tema.

Se han multiplicado las instituciones y se han multiplicado los niños, jóvenes y adultos de la calle. La propuesta institucionalizante parece moverse en una lógica de oferta y demanda en relación con la calle, de tal modo que se constituye en un factor funcional a ésta.

Desconocemos cuántos niños de la calle había en 1642. En 1789 acaso podrían haber un poco más del doble de los 47 que según Carmen

Ortega, estaban en el Real Hospicio. Hoy no se tienen datos estadísticos oficiales. Por ello cada institución ha venido haciendo sus propios cálculos. Por ejemplo, el Programa Nueva Vida calculó en 1993, que en la capital podrían haber entre 20.000 y 25.000 habitantes de la calle, comprendiendo a todos los grupos poblacionales que componen esta categoría (Zárate y Herrera, 1992). De éstos, según estimación de Felicia Knaul, 6.900 son menores entre 5 y 18 años.

Estos 20.000 o 25.000 ciudadanos, aparte de una memoria cultural particular, llevan consigo una conflictiva historia de reconocimiento social. Hoy el término de *desechables* que se les aplica, registra una dinámica social llena de intolerancia y de violencia. En los años 70 entre los *gamines* se impuso el nombre de *ñero*, derivado de *compañero*, de uso tan frecuente en aquella coyuntura de revoluciones y utopías. Desde 1884, Alberto Urdaneta los había llamado *gamines*, en un artículo del *Papel Periódico Ilustrado* (No. 77, 76). Antes habían sido simplemente *los chinos de la calle*.

En aquella Santa Fe de Bogotá, todavía aldeana, eran niños que mientras deambulaban, hacían mandados a los vecinos a cambio de unas monedas o de un poco de comida. Luego fueron voceadores de prensa, lustrabotas, carboneros, limosneros, pequeños ladrones (Muñoz, 1990, 7). Hoy, cuando Bogotá ha vuelto a ser Santa Fe, los *ñeros* piden dinero o comida, raponean, reciclan, algunos trabajan en oficios temporales, limpian carros en los semáforos, *calibran* las llantas de los vehículos con un palo, otros roban y asaltan a los transeúntes.

Hoy, para sortear las difíciles condiciones de vida en la calle, los *ñeros* consumen marihuana, *pegante* (producto industrial utilizado para pegar diversos materiales) y *basuco* (basura de cocaína). Algunos mezclan los tres productos en una misma dosis, cosa que está indicando un profundo deterioro de la ya maltrecha calidad de vida de los habitantes de la calle. En los años 70 la marihuana era la droga por excelencia, antes habían sido la gasolina y las *pepas* (pastillas Rolex). Por los 40 y 50 era común el *pipo*, mezcla de varios licores. Más allá en la historia, los *gamines*

y *chinos de la calle* para mitigar el frío, el hambre o la soledad, seguro consumieron chicha (aún hoy no faltan *ñeros* que se embriagan con chichas caseras), y otro tipo de licores.

La historia de los habitantes de la calle en la capital, ha sido pues una historia que ha ido configurándose adherida al desarrollo de una nación que no los ha tenido en cuenta sino para programas coyunturales, para mostrarlos en fotografías lastimeras, o para matarlos en siniestras acciones de *limpieza social*.

Es una historia de ausencia de Estado y de sociedad, una historia que por paralela a la *oficial*, hace parte de ésta como su reverso. Es una historia que no ha tenido lugar en los planes estatales de desarrollo, y que por lo mismo sigue creciendo como fenómeno de descomposición y de deterioro general.

II

LA REALIDAD ACTUAL DE LOS GAMINES / ÑEROS

A. Datos demográficos

No son muchos los datos con los que se puede contar, para tener información sobre el proceso demográfico seguido por los habitantes de la calle a lo largo de los tres últimos siglos. Sin embargo, es posible tener algunas referencias que posibilitan en todo caso, tener una aproximación.

"Para 1792 se calculaba que en Santa Fe había unos 500 pordioseros que entonces representaban entre un 2.5 y un 3% de la población total de la urbe (...). Para 1796 en el Hospicio Real habían 200 beneficiarios pobres sobre un potencial de 500". (Fundación Misión Colombia, T.I, 222, 223).

En 1793 un padrón general de la población de la ciudad, había arrojado sin embargo, otros datos: Personas hospiciantes: 72 hombres (37 pobres y 35 expósitos), y 91 mujeres (52 pobres, 33 expósitas y 6 criadas) (*Papel Periódico Ilustrado*, No 4, 1882).

Ya para años más recientes, el investigador José Gutiérrez (1972), calcula que para 1963 habían entre 3.000 y 5.000 niños de la calle en Bogo-

tá. Dada la priorización de la atención en los menores de la calle, no se tienen datos ni aproximaciones sobre la cantidad de jóvenes-adultos y de adultos, y de su número según sexo.

Entre 1972 y 1973, Marcos Granados (1974) señala la existencia de 4.790 *gamines* (menores de 19 años), de los cuales 2.549 se hallaban ubicados en instituciones.

En septiembre de 1975 se reseñaban 34 instituciones de reeducación en el país, prestando atención a 3.191 menores (Gutiérrez, Gloria. 1975).

En lo que va de los años 90, contamos con diversas cifras, dado que no se ha realizado un censo específico de amplia cobertura, a nivel distrital, menos a nivel nacional. El censo nacional de 1993 quiso contarlos, pero aparte de algunas dificultades operativas el día de la actividad, se han presentado dificultades en el procesamiento de los datos con los que se cuenta. Por esta razón, el esfuerzo de tener un acercamiento a la dimensión numérica de los habitantes de la calle en Santa Fe de Bogotá, sigue siendo parcial.

Al finalizar 1992 se llevó a cabo, por ejemplo, uno de los esfuerzos más serios en este sentido. A partir de la convocatoria realizada por el Departamento de Planeación Nacional, un grupo significativo de entidades estatales y de organizaciones no gubernamentales, adelantó un censo de los menores que en los días anteriores al censo (1 de diciembre 1992) había dormido en la calle. Paralelo a esta actividad, y con el aval del grupo de entidades, el Programa Nueva Vida-Corporación SOS Aldea de Niños adelantó una encuesta sobre adultos de la calle, que lamentablemente a la fecha, no ha sido procesada.

La encuesta de menores arrojó la siguiente conclusión, la misma que referimos ampliamente dada la calidad de la investigación realizada:

"Para poder llegar a una aproximación del número de niños de la calle, se utiliza la información del censo, partiendo de ciertas suposiciones. Si se asume que el 40% de los niños que son nómadas fueran reemplazados por nuevos niños cada día, supuesto que aunque no es válido totalmente, da una idea del máximo de niños que pueden pasar por la calle, entonces, aproximadamente 1800 niños pasan por la calle en una semana.

"Un estimativo razonable del porcentaje de niños que entran a la calle diariamente puede estar entre el 5 y el 10% del total de niños, y entre 12.5 y el 25% para los niños nómadas. Considerando que el 11.9% de los niños no durmió en la calle ninguna noche de la semana anterior al censo, y que el 9.9% de los niños no durmió en la calle ni la noche anterior al censo ni la semana anterior a éste. Sabiendo además que aproximadamente el 25% de los niños nómadas no durmió la semana anterior al censo. Si estos niños dejaran la calle cualquier noche en el mes y fueran reemplazados por diferentes niños, entonces entre 1.300 y 2.100 niños pasan por las calles de Bogotá mensualmente. (...).

"La segunda técnica para estimar el número de niños de la calle, utilizó la información dada por los niños de los estratos más pobres de Bogotá (1 y 2). Al analizar la información se encontró que el 1.6% de los niños de estos hogares han pasado una noche en la calle por lo menos una vez en sus vidas. Con base en el número total de niños entre 5 y 18 de los estratos 1 y 2, se estima que 6.900 de los niños que actualmente viven en Bogotá de los estratos 1 y 2, han pasado alguna noche en la calle." (Knaul, 1994, 47, 48).

Así mismo vale referir que, de acuerdo a informe de ICBF del que se hace referencia en la investigación anteriormente citada, en 38 instituciones habían, entre octubre y diciembre de 1992, un total de 3.264 niños institucionalizados.

De otro lado, y precisando que son datos suministrados por la Consejería Social de la Alcaldía Mayor, el Dr. Hernán Arias Gaviria, Secretario de Gobierno del alcalde capitalino Jaime Castro, respondiendo a una citación del Concejo de Santa Fe de Bogotá sobre el problema de la indigencia en la ciudad, indica que en la capital, para 1993, había un total de 9.500 indigentes, discriminados así: 2.200 menores de 18 años, 7.000 entre 18 y 50 años, y 300 mayores de 50 años (Concejo de Santa Fe de Bogotá, Secretaría General, Of-SQ-812, 10 noviembre, 1993).

En 1996 la Cámara de Comercio de Bogotá, adelanta una investigación en la llamada zona de *El Cartucho*, y da cuenta de cerca de 5.000 personas ubicadas en el lugar. Por su parte el Observatorio de Cultura Urbana, del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, da a conocer a me-

diados de 1997, los resultados de un censo piloto que estima en 4.515 el total de *indigentes* de ambos sexos, menores y mayores de edad, en el Distrito Capital.

En todo caso, independientemente del número exacto de habitantes de la calle en Santa Fe de Bogotá, de ambos sexos y de todas las edades, el fenómeno es significativo más que por su dimensión numérica, por su dimensión cualitativa, por el impacto social y político, por lo que significa en términos de justicia y de democracia. Al fin y al cabo no han crecido por el simple efecto del crecimiento demográfico. En la ciudad capital, los habitantes de la calle están hoy en todas partes, haciendo evidente la ausencia de una política social específica y la existencia de un modelo de desarrollo excluyente.

B. Ubicación geográfica

Como se refería anteriormente, los habitantes de la calle están hoy en todos los sitios de la ciudad.

Para 1972, 26 *galladas* (grupos diurnos de *gamines*) y 53 *camadas* (grupo de *gamines* que crece y duerme junto) ubicadas en varias partes de la ciudad, daban cuenta de su cobertura y ubicación (Granados, 1974, 24, 27).

Entre 1995 y 1996 sus circuitos de circulación cambiaron y se ampliaron, gracias a las políticas de desalojo, por la aplicación de las medidas de recuperación del espacio público de la administración Antanas Mockus. Sus circuitos de circulación se ampliaron, pero sus puntos de encuentro se concentraron en los sitios que en la jerga callejera se conocen como *ollas* (zona liberada para el consumo de droga).

Esta doble situación ha cambiado en parte la dinámica de la calle de los últimos años, en cuanto a la ubicación geográfica de las *galladas*, ahora llamadas *parches*.

Hasta no hace mucho, era sabido que, de manera especial, los *gamines* / *ñeros* se encontraban en sitios como: Parque Santander, Parque de los Periodistas, Parque de Lourdes, puentes de la 26, cruce de la carrera. 10

con Avenida Jiménez, debajo de algunos puentes, y en *ollas* como *El Cartucho*, la carrera 15 entre 10 y 9, etc.

Pero además de los sitios reconocidos ampliamente por la opinión pública, están otros puntos de la ciudad que hacen parte de un circuito de movilidad, posible de identificar mediante un trabajo más cercano con esta población.

Una investigación adelantada por José Darío Herrera y María Antonia Zárate (1995), identificó para los años 1992 y 1993, un circuito de circulación que tenía tres ejes espaciales: Los parques y calles, los puentes, y los asentamientos y *ollas*.

Según los investigadores, el primer nivel de circulación es el de los parques y las calles. En este nivel hay mayor movilidad, menos consumo y dependencia a sicoactivos, y menos comportamientos delincuenciales.

Los parques, plazas y sitios públicos son el punto de referencia para niños y jóvenes menores de 14 años, principalmente. Es un espacio que han frecuentado por lo general, antes de la salida definitiva, bien porque se trabajó en esos sitios, o porque estaban incluidos en su itinerario escolar o barrial, o porque por allí era la ruta de los transportes usados frecuentemente. Son lugares que no exigen demasiada experiencia callejera. Apenas para el primer aprendizaje y socialización. De allí circulan luego a otros espacios.

La población a este nivel es la que interesa más a las instituciones. Encontramos aquí a los grupos situados en los Parques Santander, Periodistas y Lourdes, marquesinas de teatros y de almacenes de la carrera 7a y de sus calles aledañas, carrera 10a con Avenida Jiménez o *gallada* de Sancho Panza, Estadio El Campín, calle 24 entre 7a y 10a, calle 26 con 28 o parque del Ala Solar, calle 66 con 30 o *La Culebrera* o *Caño Picho*, entre otros.

El segundo nivel de circulación es el de los puentes, en donde la población tiene menos movilidad, mayor consumo de sicoactivos, y relativos comportamientos delincuenciales. Son personas entre 18 y 40 años que buscan privacidad y protección respecto a la policía o a otras personas que los buscan. Muchas son personas que han cumplido condenas y

que buscan estos espacios para habitar, articulándose a las actividades de drogadicción, reciclaje o delincuencia.

Son señalados acá los grupos ubicados debajo de los puentes de la Avenida Las Américas con 30, carrera 3a con 26, Avenida Caracas con calle 11 sur, entre otros.

Y el tercer nivel es el de los asentamientos como los de *El Cartucho*, *Cinco Huecos* (calle 9a con 18), el *Bronx* (calle 9a con 16) y *La Culebrera*. En estos espacios el consumo de droga es permanente. Se da una regularización abierta de la dinámica callejera. Actores heterogéneos, unidos por el consumo, conviven bajo reglas bien definidas y *permitidas* por la Ley.

Hoy en día, con la política de recuperación del espacio público, quienes han sido directamente afectados son los grupos del primer nivel, aquellos que justamente se ubican en lugares de tránsito y de estadía pública, como puede verse en el caso de los Parques Santander, Periodistas y Lourdes, y cuyos grupos simplemente han sido desplazados a otros sitios.

Esta situación ha ido alterando significativamente el proceso de socialización de los niños y adolescentes de la calle, en términos de que más rápidamente los está conduciendo a los asentamientos y *ollas*, lugares por lo pronto, no tocados por la presión de la administración distrital. Esta nueva dinámica, como veremos a continuación, apunta a agravar las condiciones de vida de los habitantes de la calle, y en particular de aquellos que dentro de ellos se encuentran en mayor desventaja como son los menores y los ancianos.

C. Características de la dinámica actual de la calle

Dado que el propósito del presente ensayo es precisar criterios de política de intervención para los pobladores de la calle de finales del siglo, es importante enunciar un marco general de la actual coyuntura de la calle, en el contexto de lo que también ocurre en el país.

Los años 90 vienen caracterizándose en Colombia, por el desplome del modelo político tradicional, y por la todavía tímida presencia de nue-

vas fuerzas sociales con incidencia en el juego político, y por la construcción de una sociedad civil más deliberante y decisoria.

La aguda crisis social y política de la década de los 80, con el fortalecimiento de algunas fuerzas guerrilleras, con la negociación y desarme de otras, y sobretodo, con el desarrollo del narcotráfico y del paramilitarismo como nuevas fuerzas intervinientes, y ello en la coyuntura del quiebre de los paradigmas ideológicos y políticos, desgastaron finalmente al viejo modelo político, y dejaron en entredicho a un Estado que aparece incapaz de manejar la situación.

Los 90 se abren con una nueva negociación política (Asamblea Constituyente y Nueva Constitución), y con la propuesta de desarrollar la democracia participativa y el Estado Social de Derecho (Art 1. Constitución Política.). Entonces, otras dinámicas sociales y políticas entran en juego, con otras expectativas, otras exigencias, otras propuestas.

Avaladas por las nuevas posibilidades de expresión y de participación (voto programático, plebiscito, referendo, etc.), por los nuevos derechos, como el del control social (Art. 40 y 103), y por nuevos instrumentos, como los de la tutela, estas nuevas dinámicas han ido, poco a poco, desestabilizando viejas maquinarias y redefiniendo las reglas de juego desde la lucha contra la corrupción, la burocratización, y la ineficiencia.

Lo que actualmente pasa respecto a los juicios por dineros del narcotráfico en la vida política, es una muestra de ello. La elección de alcaldes que representan nuevas fuerzas sociales y nuevos movimientos de opinión, son otro ejemplo del nuevo país en construcción. Se abren paso nuevas organizaciones que aunque todavía débiles, vienen apostando desde una reivindicación étnica, religiosa, laboral, etc., a una nación diversa y tolerante.

Esta coyuntura tan brevemente planteada, ha tocado también a los habitantes de la calle.

La organización de las clásicas *galladas* ha ido desapareciendo. Las *camadas*, como espacio de *familia de calle*, ya no son parte del actual proce-

so de ésta. La violencia y la intolerancia los viene tocando de cerca. Han ido quebrando muchas de sus tradicionales normas, ritos y costumbres. El paradigma institucional también ha entrado en entredicho.

La crisis también ha llegado a las puertas de las entidades y de las instituciones que han trabajado para ellos. Se encuentran en crisis sus políticas de intervención y sus proyectos, aunque sigan presentando resultados administrativos, o cierta funcionalidad operativa.

No se entiende por ejemplo, cómo es que la población de la calle ha crecido en relativa proporción al número de instituciones, si no es porque se concluya que éstas son un factor convocante para que nuevos niños salgan a la calle. Es decir, la alternativa institucional se ha viciado, y en cierta medida ha caducado.

La dinámica institucional poco ha cambiado en los últimos años. Sus concepciones rehabilitadoras y resocializadoras se han mantenido a pesar de los muchos estudios sociales que han replanteado, desde distintos enfoques, este tipo de propuestas. Sus metodologías institucionalizantes se pretenden vigentes a pesar de los avances pedagógicos y educativos. Los internados, las granjas ubicadas en zonas rurales y las enfermeras disciplinadas (que incluyen no pocos castigos físicos, morales o psicológicos) siguen yendo en contravía del desarrollo de las ciencias sociales, y de los intereses y necesidades de los habitantes de la calle. (Espert, 1989).

Por el contrario, la dinámica de los habitantes de la calle cambia permanentemente, al ritmo de una calle que circula en medio de una ciudad frenética, al ritmo de los nuevos valores que se van incorporando a la cotidianidad, al ritmo del manejo que esta población ya tiene y sabe hacer, de los servicios y de las oportunidades institucionales.

Se presenta una ilegitimación de las políticas clásicas de intervención, ante la cual se crecen los factores de violencia callejera, y de intolerancia (*limpieza social*), pero también se abren búsquedas de nuevas propuestas.

Estos elementos, a los que hay que agregar la política coyuntural de recuperación del espacio público por parte de la administra-

ción distrital de Antanas Mockus, marcan hoy la dinámica de la vida de los habitantes de la calle en la capital, tanto como los factores que a continuación se refieren.

1- Se han fortalecido o desarrollado viejos núcleos de violencia entre y desde los habitantes de la calle. La frontera de la delincuencia se ha hecho más cercana y posible, y el uso de la violencia un recurso más a mano.

Se han roto los lazos afectivos y gregarios de la *gallada*. Este nombre, de hecho, ha remitido al concepto de un grupo. Hoy, el referente es un *parche*, un lugar, un sitio. El grupo no es la referencia. Cada vez es más frecuente ver que estos pobladores de la calle transiten solos, y cuando se ve un grupo, casi que puede decirse que es la simple confluencia fortuita de individuos. Prácticamente la *camada*, como se anotaba anteriormente, ha desaparecido.

Estos vacíos de relación, que tampoco han llenado satisfactoriamente las instituciones en sus intervenciones puntuales o permanentes, son reemplazados por actitudes agresivas, y por un mayor apoyo en el consumo de sustancias psicoactivas. La sobrevivencia se hace entonces más difícil, y por ello el llamado *rebusque* se acompaña más frecuentemente de violencia.

Al interior de los mismos habitantes de la calle ha crecido la relación agresiva. Al debilitarse las relaciones vinculantes, el recurso de la fuerza se hace más viable. Hoy es más frecuente que las retaliaciones se *maduren* durante un tiempo, y se *ajusten* las cuentas cuando el otro ha bajado la guardia.

En esta dinámica ha influido de manera especial, el incremento del uso de drogas psicoactivas, particularmente del denominado basuco. Esto significa que ha habido una ampliación y desarrollo de una extensa red de tráfico de droga, que ha añadido a la calle un ingrediente de mayor deterioro, siendo los promotores y beneficiarios de esta red, personas ajenas a la calle, excepto aquellos medianos y pequeños distribuidores que poco participan de las ganancias.

A esta situación, la mediación institucional agrega su falta de credibilidad, su limitada cobertura (casi que exclusivamente para menores de edad), y su misma crisis como alternativa.

2- Frente a este panorama, la intolerancia ha sido la respuesta del resto de la sociedad, llegando muchas veces a que ésta tome la forma del asesinato, supuestamente justificado como mecanismo de «limpieza social».

Hasta la manera de denominar al pintoresco *gamín* de ayer, ha cambiado. Hoy son los peyorativamente *ñeros*, y peor aún, los *desechables*...

Bajo este supuesto, que el investigador Carlos Rojas analiza desde los planteamientos de John Stuart Mill (1996, 77 a 88), es que se ha dado en el país una política de exterminio que sin cesar, ha tenido especial desarrollo en 1992 (436 casos en el país), 1991 (390 casos), y 1989 (364 casos), para un total de 1926 entre 1988 y 1993. En el Distrito Capital los casos han sido de 183, siendo los años de mayor registro, los de 1989 (43 casos), 1992 (37 casos) y 1990 (35 casos). (22). Para 1995 se señalaron 55 casos para la capital sobre los 200 de todo el país. Y para el primer trimestre de 1996, dos casos sobre 14 para el país, según la Comisión Justicia y Paz.

El mismo autor nos amplía el análisis al referir que sobre los 183 casos de la capital, el 50.64% tuvo como víctimas a jóvenes entre los 16 y los 25 años (31 varones y 9 mujeres). (31). Así mismo en cuanto a los responsables, el citado investigador señala que para los casos de Santa Fe de Bogotá, 35 casos se asignaron a la Policía, 30 casos a organizaciones de *limpieza social*, y 118 a desconocidos. (74).

3- La otra variable que ha venido a incidir en la actual dinámica de la calle en la capital, es la de la política distrital de recuperación del espacio público.

La aplicación de esta política, más exigente para con los pobladores de la calle que para con otros grupos de ciudadanos (vendedores ambulantes, vendedores de casetas), y que se ha ejecutado fundamentalmente en la zona centro de la ciudad, ha llevado en buena medida, a romper el

circuito tradicional de circulación y de socialización, que durante muchos años había construido este grupo de habitantes de la calle.

Esto ha significado, como ya se señalaba en un anterior apartado, que los menores de la calle aceleren su proceso de llegada a las *ollas*, y por lo tanto su proceso de deterioro.

Esto ha significado, también, romper las pocas agrupaciones existentes en los parques, así mismo en las relaciones establecidas con los vecinos en términos de sobrevivencia. Es sabido que la permanencia en un parque o sitio similar, durante un tiempo determinado, permite establecer negociaciones de *buena vecindad* entre las partes, sobre la base del conocimiento mutuo y de la colaboración, de un lado con alimento o dinero, y del otro con la *seguridad*. Al romperse esta relación, el habitante de la calle debe recurrir con mayor frecuencia a actos delictivos para poder sobrevivir.

Ha sido la aplicación de una política ante todo administrativa, que no ha estado acompañada de una propuesta alternativa de tipo social.

4- No sobra referir brevemente otras variables y circunstancias que han estado incidiendo en la actual dinámica de la calle en el distrito.

La migración de grupos de *gamines* / *ñeros* de otros sitios del país es un caso que desde 1994 viene presentándose con regularidad. La mayoría de los grupos vienen del llamado *eje cafetero*, y lo particular es que llegan como grupos, trayendo y manteniendo por un tiempo, lazos de relación y de *cultura* que no facilitan establecer con la capital ni con grupos pares, relaciones de pertenencia, o vínculos profundos. La actitud frente a la ciudad y a sus habitantes es diferente a la de quien desde los 6 años, estableció con las calles y con las instituciones, vínculos de relación y conocimiento.

Pueden encontrarse también numerosos grupos familiares, por lo general en actividades de reciclaje como oficio eventual o permanente, sobre todo porque los padres ya no quieren entregar sus hijos a instituciones de prevención (ICBF), y porque en las instituciones clásicas no son admitidos como familia.

El consumismo, por su parte, ha permeado a algunos grupos o parches, para quienes el ser *gomelo* (muchacho que viste a la moda) se ha convertido en un estilo de vida. Dentro de este estilo, el tener tenis, pantalón y chaqueta de marca es una exigencia. Para estar al tanto de esta moda, estos grupos recurren entonces más frecuentemente a actos delictivos, por lo general en grupo y con métodos bastante violentos. También hay casos de *gomelos* individuales que, a pesar de ello, mantienen cierta vinculación con grupos típicos de *gamines / ñeros*.

5- En este contexto, y de modo especial desde hace unos 5 años, se ha venido dando un proceso de exploración de alternativas distintas a las clásicas, que entre otras cosas, han indagado por propuestas culturales y artísticas, propuestas en la misma calle, propuestas de Derechos Humanos, etc. Paralelo a ello se ha venido dando también un proceso de reflexión y de debate interinstitucional en torno a las políticas de intervención, habiéndose llegado inicialmente a la definición de unos criterios básicos en torno a nuevas propuestas.

Vale resaltar de este proceso de replanteamiento, la experiencia que entre 1991 y 1993 desarrolló el *Programa Nueva Vida*, de la Corporación SOS Aldea de Niños- Colombia, y la misma que, de alguna manera fue la que abrió posibilidades a nuevos horizontes.

Esta entidad, desde la hipótesis de la existencia de una cultura de la calle en Santa Fe de Bogotá, exploró nuevas posibilidades de trabajo con los que desde entonces, han pasado en llamarse habitantes de la calle.

Exploró en varios sentidos: Con familias y parejas de la calle, trabajo de género (femenino), organización desde la defensa de los Derechos Humanos (que tuvo expresión pública en la marcha por el asesinato del *Poeta Nero*, el 28 de septiembre de 1993), trabajo con promotores callejeros de salud, y de comunicación audiovisual: y tal vez el trabajo que tuvo mayor desarrollo, el de lo cultural, como mecanismo de interlocución social y de construcción de organización. En este caso, se destacó el *Grupo Sin Visaje*, el que compuesto

por habitantes de la calle, llevó a escena dos creaciones colectivas, a varios teatros, universidades y centros educativos de la capital entre 1992 y 1993.

Luego de esta experiencia, vinieron otras que ante todo exploraron posibilidades a través de boletines, poesía y pinturas murales. Particularmente en 1994, vieron la luz periódicos y boletines como *El Rebusque* (*Escuela Popular de Reciclaje-ENDA. A.L.*), *La Ñerada* (boletín de un habitante de la calle), *La Lleca* (del Teatro La Candelaria), *El Parche* (del Consultorio *La Bergerie*). Nelson Ruíz, Pablo López y Amparo Amaya, *ñeros* y lustrabotas respectivamente, vieron publicados sus libros de poemas. Algunos murales del centro (pared costado sur del ICETEX, y pared costado norte del Museo de Oro, por ejemplo) todavía dan testimonio de un esfuerzo de artistas y de *ñeros* por buscar un nuevo lenguaje comunicacional con la ciudad.

Han surgido nuevas entidades que como *Extramuros-Ciudad y Cultura*, y *Cachivache*, vienen buscando caminos no institucionales. Un habitante de *El Cartucho*, a su vez, decidió ampliar su propuesta de trabajo con niños de inquilinatos de dicha zona a través del Hogar Briznas de Vida. En 1996 sale publicado un texto sobre *Comanche*, el conocido *comandante de la calle*, y de otro lado, estuvieron en estudio por lo menos dos propuestas de ley en la Cámara de Representantes, sobre los habitantes de la calle en el país, que en gran medida recogen el propósito del llamado Comité Interinstitucional para la Participación de los Habitantes de la Calle, en cuanto a abrir amplios canales de comunicación y de participación entre sociedad civil y estos pobladores, para la búsqueda conjunta de alternativas.

El citado Comité llevó a cabo entre 1994 y 1995, cinco Mesas de Trabajo y seis foros para debatir propuestas y criterios para nuevas políticas de intervención con los habitantes de la calle.

Este Comité, convocado por la Veeduría Distrital, estuvo conformado por las siguientes entidades e instituciones: Procuraduría General de la Nación, Unidad Coordinadora de Prevención Integral-

UCPI, Pontificia Universidad Javeriana-Consultorías Universitarias, Facultad Trabajo Social-Universidad Externado de Colombia, Escuela de Reciclaje-ENDA. AL, Benposta, Corporación Extramuros- Ciudad y Cultura, Fundación Hogar Briznas de Vida, Fundación la Bergerie, Corporación Cachivache, y Fundación Nuevo Nacimiento. Acompañando de cerca el proceso estuvieron Programa Salud Mental de la Secretaría de Salud, Defensoría del Pueblo- Regional Santa Fe de Bogotá, Policía Nacional- Participación Comunitaria y otros.

La dinámica de la calle, entonces, viene estando marcada en los últimos años por los factores antes descritos, que definitivamente, y de acuerdo a la coyuntura que también se vive a nivel nacional, están colocando a los pobladores de la calle en el papel de sujetos históricos que también deben tener protagonismo en la búsqueda de una nación más justa y democrática. Es al país al que se debe rehabilitar, al que se debe re-socializar, al que se debe re-educar.

Vale ampliar ahora por su importancia, el análisis de otra de las variables que en la actual coyuntura caracterizan la dinámica de la calle. Es la referida a la crisis de las políticas de intervención de las entidades que trabajan con esta población, incluso a la crisis del mismo paradigma institucional, como se verá a continuación.

D. La dinámica institucional

Tradicionalmente los niños y jóvenes de la calle han sido vistos como un grupo socialmente desadaptado, y carente en lo personal. Sobre este supuesto las propuestas que se han planteado han sido siempre de tipo pedagógico, orientadas a la reeducación y a la rehabilitación, como ya se ha dicho. Es la respuesta que se ha ofrecido a un problema que se considera es de disfuncionalidad individual/familiar.

Entendiéndose entonces que es un asunto de manejo pedagógico, se deduce que la única manera de poder garantizar los resultados es a tra-

vés de una institución, de tal modo que todas, o al menos la mayoría de las variables que intervienen en el proceso educativo, puedan ser previstas, controladas, programadas, evaluadas; es decir, pedagogizadas.

Desde esta concepción, la política tanto desde el Estado como desde la iniciativa privada, ha sido exclusivamente de carácter institucional.

Pero esta política ha quebrado en la actual coyuntura histórica del país/ciudad. Ha perdido vigencia histórica, y ha bajado considerablemente su legitimidad social entre los habitantes de la calle en general.

El problema está en que la política institucional ha devenido en institucionalizante de la problemática que ha querido resolver. La institucionaliza por cuanto, si el habitante de la calle y su situación han quedado circunscritos sólo a lo pedagógico, limita las posibilidades de actuar sobre las otras variables que también y con mayor determinación, inciden sobre la situación.

La política institucional, por su dinámica, niega al otro como sujeto histórico, quien sólo cuenta como sujeto individual. Hace caso omiso de su ciudadanía, haciendo que el niño, joven o adulto de la calle, queden adscritos a la institución, a sus objetivos y estrategias, usurpándoles su identidad y su posibilidad de proyecto autónomo de vida. De esta manera, por vía de la sustitución, procede a lograr de los beneficiarios, resultados exitosos de un proceso pedagógico que poco o nada ha tenido que ver con la realidad.

La institución, ha devenido en ser ella misma la sociedad, convirtiéndose en fin de sí misma. La institución al sustituir la realidad social y su dinámica -cada vez más activa y cambiante- ha quedado en desventaja respecto a las nuevas demandas sociales e históricas. Los beneficiarios a su vez, quedan puestos en desventaja respecto a la vida en sociedad, en cuanto el ejercicio en el movimiento social, ha sido sustituido por un ejercicio educativo-pedagógico individual e individualista.

En esta medida, la calle entra en la dinámica institucionalizadora, en cuanto es convertida en extensión no sólo de los servicios, sino sobre todo de la concepción del mundo de la institución. La calle deja de ser un espacio autónomo, para ser justificación del altruismo institucional. Por eso no se trabaja la calle en cuanto calle. Así, calle e institución quedan involucradas en una complicidad de mutuo beneficio. Así, la institución pasa a ser parte del manejo de la calle, pasa a ser parte de la cultura de la calle. *Sin querer- queriéndolo*, entra como agenda diaria del juego del habitante de la calle, para retroalimentación de ambas partes. La institución termina enredándose en su propio juego. Institución y calle terminan entrampadas.

El paradigma institucional, entonces, ha devenido en institucionalizante del actual estado del fenómeno callejero, y este ha sido su quiebre como posibilidad real de ser alternativa a la calle. La dinámica institucional, actualmente, es funcional a la calle.

Una voz, originada en la calle, planteaba en un pasado foro que: *"Hoy en la calle nuestra agenda está llena de compromisos institucionales. Desde hace unos años la calle parece más un supermercado, un mercado persa en donde cada institución promociona a gritos lo excluyente de su quehacer. Unos ofrecen sandwiches, otros chocolate, otros la salvación eterna, otros descanso al duro ajeteo de la ciudad, otros curación a los cuerpos. En fin, es un mercado persa institucional que ofrece desde la reivindicación de los espacios y los derechos, hasta la posibilidad de formar parte de los magnates petroleros"*. (Hernández, 1994,11)

Aunque la política institucional es una, diversas son sus modalidades pedagógicas, que, no importando la variedad, también han tocado fondo.

La propuesta asistencialista, que por lo general es la que ha caracterizado la intervención institucional, ha mostrado su debilidad, al favorecer la calle a través de sus servicios fáciles y atractivos para sectores de población en condiciones de absoluta pobreza. Por ello, a pesar de su presencia, el fenómeno de la calle no ha decrecido, ni

tampoco se ha reducido su deterioro. Más bien se ha institucionalizado la actual situación de la calle.

Las propuestas rehabilitadoras, resocializadoras y reeducativas, no han sido tampoco, en la actualidad, una alternativa que convoque significativamente a los habitantes de la calle, sobre todo por su concepción del fenómeno y por sus metodologías.

Subyace, en la crítica que se hace a ésta propuesta, una pregunta fundamental: ¿rehabilitar para reinsertar a qué sociedad? ¿Puede nuestro actual ordenamiento societal ser alternativa, por sí mismo, para el fenómeno de la calle? ¿Puede el Estado garantizar en todos sus aspectos, que pobladores de la calle puedan sostener por largo plazo, un proceso re-educativo?

En lo metodológico el cuestionamiento se centra en el sistema de internado. Supuestamente éste es el que debe garantizar que se afiance el proceso reeducativo. En este modelo se debe estar aislado, durante un tiempo largo, de las variables y dinámicas de la calle con las que justamente se ha de contar luego del egreso. La experiencia ha indicado que la persona sale *desarmada* y en mayores condiciones de vulnerabilidad. En esta medida la política institucional reproduce la marginalidad.

En las propuestas académicas y laboristas, se cuestiona el que buscan generar alternativas socioeconómicas a los pobladores de la calle, mediante la capacitación y la habilitación en oficios menores (carpintería, talabartería, mecánica, agricultura), por lo general en condiciones artesanales (talleres con maquinarias obsoletas), y sin la suficiente calificación como para garantizar condiciones de competitividad y calidad tanto académica como laboral.

En respuesta a esta crisis, se ha ido levantando una propuesta de lectura sociocultural que de por sí, obliga a una relectura de la intervención institucional que, si bien puede seguir siendo operativa, la coyuntura exige que sea dentro de nuevos parámetros. Es lo que se verá más adelante.

III

EVOLUCIÓN DE LAS POLÍTICAS DE INTERVENCIÓN

Aunque ya se han delineado elementos de interpretación respecto a este punto, se hace necesario hacer un análisis de las políticas de atención o de intervención que el Estado o grupos organizados de la sociedad, han llevado a cabo con los habitantes de la calle desde el Siglo XVIII, y específicamente con los denominados *chinos de la calle* o *gamines*, y *ñeros*, en Santa Fe de Bogotá.

“Con el advenimiento de las ideas generadas por la Ilustración, cuyo mayor auge en España vino con el progresista reinado de Carlos III (1716-1788), el concepto del tratamiento de la pobreza dio un vuelco. Empezaron a abrirse paso nuevos conceptos que implicaban una crítica acerba a la caridad indiscriminada y vigorosos planteamientos respecto a la urgencia de sustituir esos criterios paternalistas por otros conducentes a la rehabilitación de vagos, marginados y parásitos a través del trabajo productivo (...). En consecuencia, en poco tiempo tomó forma y fuerza la idea de convertir el Real Hospicio de morada de monstruos civiles en fábrica de sujetos útiles a la sociedad, mediante la enseñanza de oficios diversos. Según el citado Papel Periódico, los mendigos reclusos en el

Hospicio harían florecer las artes, la industria y todos los bienes relativos a la tranquilidad civil y gloria de la sociedad.

(...)“ El propósito reformador del Hospicio se realizaba a través del trabajo. Para tal efecto se instalaron 20 telares de hilar, tres tornos de hilar y dos de desmontar algodón. Se establecieron relaciones con maestros de oficios para que dieran periódicamente instrucciones a los inclusos. La idea, tomada del Hospicio de Madrid, era asegurar que los productos elaborados tuvieran realización mediante acuerdos con el comercio de la ciudad”. (Fundación Misión Colombia, T.I, 223)

Esta política, llamada por algunos de *caridad ilustrada*, especialmente desarrollada desde instituciones de inspiración religiosa (católica), fue prácticamente una constante hasta finales del Siglo XIX y principios del XX, cuando se inicia un proceso de replanteamiento.

“Con el advenimiento de la ideología liberal (en América), conjuntamente con posturas anticlericales que se dieron con distintas variaciones en la región, dieron lugar a llamados que exigían una presencia más fuerte del Estado en temas relativos al bienestar infantil. La filantropía laica, vinculada a las élites de la época, también adquiere un papel importante durante este período. Sin embargo, la participación del Estado en este terreno se dio más en el ámbito de la retórica, ya que en la práctica la responsabilidad de brindar albergue a los más necesitados seguía en gran medida en manos de grupos religiosos, que recibían fondos complementarios así como donaciones de terrenos y edificaciones antiguas de fuentes gubernamentales y filantrópicas.

“En términos generales, a lo largo de este período toma forma una doctrina de atención a la niñez caracterizada por un fuerte tono paternalista / moralista hacia los sectores populares, que en la práctica privilegia al internamiento como la principal herramienta para asistir al niño necesitado de protección. El asistencialismo estatal del Siglo XX es, en muchos aspectos, tributario de esta concepción”. (Pilotti, 1994, 19).

Así, durante poco más de cincuenta años la política de intervención para con este grupo poblacional, se caracterizó por el asistencialismo, consolidado en los sistemas de bienestar infantil que se constituyeron en

Colombia y en los demás países de América Latina. Durante este período se establecen las normas y leyes y los sistemas administrativos para garantizar desde el Estado, la ejecución de los programas respectivos. En Colombia, la Ley 9 de 1930 autorizaba al gobierno para crear el Instituto Tutelar de Menores; antes, la Ley 15 de 1923 facultaba a las Asambleas Departamentales para crear instituciones de protección de menores. La Ley 83 de 1946 crea las Escuelas-Hogares).

Todo este proceso tiene un marco con la definición de la Declaración de los Derechos Humanos (1948) y la Declaración de los Derechos del Niño (1959). (El gobierno colombiano ratificó la Convención de los Derechos del Niño, mediante la Ley 12 de 1991).

En varios países latinoamericanos aparecen códigos de menores, como el de Brasil en 1927, el de Chile en 1928, en Ecuador en 1938, acción apoyada por los distintos Congresos Panamericanos del Niño, instando a los países a adoptar códigos especiales para los menores. El XI Congreso realizado en Colombia en 1959 hizo un especial llamado en este sentido.

El Estado colombiano creó en 1968 (Ley 75) el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, el que asumió como ente rector del Sistema Nacional de Bienestar Familiar con la Ley 7 de 1979, y en 1989, mediante el Decreto 2737, dicta el Código del Menor, con un atraso evidente respecto a otros países de la región. En 1919, el II Congreso Panamericano del Niño ya recomendaba que se crearán entidades gubernamentales que centralizaran las acciones estatales con relación a la infancia.

Es la ideología del Estado de Bienestar la que sostiene éstas y similares medidas y acciones respecto a grupos sociales en situación de pobreza. Los habitantes de la calle, por su parte, reciben una asistencia más puntual, y generalmente desde entidades privadas, casi siempre de carácter religioso.

“En suma, las instituciones gubernamentales del sistema de bienestar infantil aparecen tardíamente con relación a otros componentes del sistema, particularmente el marco jurídico y la red montada por el sector privado, especialmente

de origen religioso. Ello determina que, por un lado, sean concebidas como un adjunto al sistema de administración de justicia para menores, desempeñando un papel subalterno en la provisión de servicios de protección y rehabilitación. Por otra parte, la atención que se brinda a los niños está fuertemente influida por concepciones tradicionales que privilegian el internamiento.

"Al consolidarse estas instituciones durante un período de profundos cambios sociales, característica del período de postguerra, y entre los que destaca el aumento de la pobreza, rápidamente queda en evidencia su insuficiencia e incapacidad para responder a los crecientes problemas de la infancia pobre". (21).

En un análisis que sobre el sistema de bienestar para el menor, realiza el **Movimiento Nacional de Niños y Niñas de la Calle** de Brasil, se plantean aspectos que ciertamente son bastante cercanos para la experiencia en Colombia:

"Puede decirse que no hay una política sobre el desarrollo global de los hijos de las clases trabajadoras. Lo que existe son medidas de cuño social (programas y proyectos) fragmentados y dispersos entre los varios órganos encargados del llamado Bienestar Social.

"La Política Nacional de Bienestar del Menor, implantada entre 1964 y 1984 tiene las siguientes características:

a. Concepción funcionalista de la sociedad:

- Basada en una visión dualista de la realidad, una tradicional, agraria, integrada, y otra moderna, urbana y desintegrada.
- Fundada en la idea de la marginalidad social y no en el modo marginal de inserción al proceso de producción.
- Adopta la idea de carencia (física y psíquica). El niño pobre es el que no tiene condiciones para enfrentar los desafíos de la sociedad moderna.
- El llamado menor es visto como una anomalía de una sociedad que funciona bien. Como pieza de un engranaje que necesita ser reparada y ser devuelta para el mismo engranaje.

b. Carácter compensatorio y de control

- Tiene por finalidad compensar las carencias sociales de determinados seg-

mentos de la población, no cubiertos por las políticas sociales básicas, y al mismo tiempo controlar el comportamiento de esta población.

c. Objetivo general

Impedir que el carente se transforme en abandonado a través de políticas sociales genéricas, asistir al abandonado para que no se transforme en infractor, reprimir a los infractores, castigar su delincuencia y recuperarlos para una vida social integrada.

d. Estigmatizante y segmentadora

Divide y rotula a los hijos de los trabajadores en: menor carente, abandonado, de conducta antisocial, infractor, delincuente.

e. El modelo de tratamiento adoptado es:

- Asistencialista, paternalista y correctivo.
- Autoritario: elaborado y ejecutado de arriba para abajo. Parte de un comportamiento ideal de familia, integrada con rendimientos referidos legalmente al mercado formal.
- Irrelevante: En la práctica la institucionalización no evita la formación de una identidad delincuente. Los programas preventivos basados en el principio de ocupación del tiempo, no se traducen en aprendizaje pedagógico real.

f. El Sistema Nacional de Bienestar del Menor:

- Las acciones son aisladas, paralelas, superpuestas, con dispersión de recursos y conflictos entre las burocracias.
- Las políticas son discontinuas, no secuenciadas en términos de cobertura y franja etérea". (M.N.M.M.R, s.f. ,11,12).

En nuestro país han sido muchos los ensayos que, desgraciadamente, coinciden, por ejemplo, con lo que se acaba de referir en el literal f. El más reciente fue el que se llamó Plan Bono.

En 1993 el ICBF y el Despacho de la Primera Dama, hicieron un inmenso despliegue publicitario en torno al Plan Bono, *Regale a un niño un bono, no le dé plata*, como una estrategia para desestimular la calle como espacio de vida, y como mecanismo para involucrar a los menores de la calle en una extensa red de servicios institucionales, para su rehabilitación.

Para llevar a cabo esta acción, se constituyó la Corporación Acción y Futuro, como un espacio de integración y de coordinación entre diversas entidades. Entre otras se vincularon: ICBF, Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Salud, Departamento de Bienestar Social, IDIPRON, Fenalco, Cámara de Comercio, Albergue Infantil, Organización para la Protección de la Niña Indefensa- OPNI, Niños de los Andes, Unicef, Naciones Unidas, Diario El Tiempo, Noticiero CMI y Noticiero de las 7, además una extensa cadena de almacenes y supermercados donde se vendían los bonos.

Esta experiencia no duró más de un año, a pesar de que durante más de seis meses se hicieron coordinaciones y múltiples reuniones interinstitucionales para preparar la estrategia. La práctica demostró lo que muchas ONG's habían cuestionado a la propuesta: que la estrategia era errática, que no había garantía de que se continuaran las acciones más allá del gobierno de turno, y que revalidar la institucionalización no tenía sentido. Fue otra experiencia frustrada.

Similar suerte corrió el llamado Proyecto Capital de Indigencia, propuesto en la administración del alcalde distrital Jaime Castro. El Proyecto se proponía trabajar sobre cuatro estrategias: Servicio de orientación al migrante, Centro de atención Integral a la familia en condiciones de alto riesgo, Atención al indigente recuperable (nómada), y Atención al indigente de difícil recuperación. La propuesta incluía, por ejemplo, oficinas de orientación al migrante, albergues transitorios, programas de vivienda, programas productivos, patios de atención, etc. Para ello, se proponía una amplia coordinación y concertación entre entidades oficiales. Por múltiples razones el Proyecto se quedó en proyecto.

En la misma lógica puede ubicarse el reciente Decreto 897 del 29 de diciembre de 1995, que crea el Programa Distrital de Atención al Habitante de la Calle, en cumplimiento del Acuerdo 13 de 1995 del Concejo de Santa Fe de Bogotá. Dicho Programa pretende unificar los programas distritales, y distribuir las responsabilidades según grupos de edad de los habitantes de la calle, entre el Departamento Administrativo de Bienestar Social- DABS, IDIPRON, y la Secretaría de Salud.

La limitación que ofrece este Programa es que pretende recoger nuevas propuestas (recogidas por cierto, a modo de *colcha de retazos*), que por desarticuladas, no llegan a ser un cuerpo realmente propositivo. Además sale primando la concepción institucional e institucionalizante. La presencia y participación activa de los ciudadanos de la calle sigue estando ausente.

A pesar de estas propuestas y programas, se ha venido dando un proceso de replanteamiento de estas políticas, por lo general realizado por grupos y entidades que como las Organizaciones no Gubernamentales, han abierto el espacio para intervenir desde otras ópticas.

Desde estas instancias se exploraron (y se siguen explorando) otras alternativas para el trabajo con población de la calle, con mejores resultados por cuanto las ONG pueden actuar con mayor celeridad, mayor libertad, más agilidad y capacidad de iniciativa y de creatividad. Se buscan nuevas metodologías y se privilegia la apertura de espacios de participación de los beneficiarios en los proyectos.

Se ha ido superando el que la aproximación a la problemática se realice, desde lo que se considera carencial en la personalidad del menor de la calle, al que por cierto, siempre se ha definido por defecto (son menores con muy poco rango de atención, sin sentido de pertenencia, con muy baja autoestima, deficientes afectivos, etc.). Se busca ahora, tener en cuenta las características individuales, ubicándolas a su vez en el contexto social, económico y político del país. Los procesos de atención consideran acciones preventivas en los barrios y con las posibles familias expulsivas (sectores en riesgo y en alto riesgo).

Algunas de estas experiencias se han desarrollado al margen de los programas gubernamentales, tanto por razones de tipo político, como por desconfianza frente al burocratismo y a las limitadas perspectivas de la intervención estatal.

Por esta razón, muchas de las acciones llevadas a cabo por estas entidades, se convierten en política social alternativa y paralela a la oficial, supliendo por lo general, las deficiencias y limitaciones de ésta.

En esta línea, actualmente ha estado en desarrollo una lectura socio-cultural sobre los habitantes de la calle, que entre otras cosas reivindica, a la luz de la nueva Constitución y de los desarrollos teóricos sobre la democracia, la participación y la cultura ciudadana, los derechos humanos y civiles de esta población, y replantea las políticas institucionalizantes. Este es el tema del siguiente punto.

IV

UNA LECTURA SOCIOCULTURAL DE LA VIDA EN LA CALLE

Prácticamente todas las lecturas que se han realizado en los últimos años sobre el fenómeno de los *gamines* / *ñeros*, han sido lecturas que explican estructuralmente lo que de por sí se considera *problema*. El Estado/orden social y la familia son vistos como esas estructuras-orígenes que con su *funcionamiento* irregular, anormal, deficiente o enfermizo han llevado a que este fenómeno se produzca.

La explicación estructural es cierta pero insuficiente. Quienes habitan hoy nuestras calles, llegaron a ellas por múltiples motivos, no todos del orden estructural.

Cuentan otros factores que ameritan ser tenidos en consideración; factores que se mueven en el orden personal, en el cultural, en el orden de los imaginarios colectivos.

“El análisis causa-efecto queda corto para responder por la persistencia de un fenómeno que, independientemente de las condiciones de miseria de las que se ha revestido, ha estado presente de una u otra manera en la génesis y desarrollo de las ciudades como forma de vida de los grupos humanos.

“La calle convoca a muchos niños y jóvenes por cuanto se ofrece como respuesta a una necesidad, a una aventura, a una protesta, a un maltrato, a una curiosidad, a un abandono, a la búsqueda de libertad, o a un atavismo”. (Ruíz, 28 julio 1994, 1).

Así las cosas, la calle puede ser mirada desde dos puntos de vista:

“En primer lugar la calle, como espacio de vida que contiene y define al sector social de los pobladores de la calle, evidencia con la crudeza de su realidad, el resultado de un proceso social injusto y desigual, y con su actualidad, señala el fracaso de las propuestas preventivo-paternalistas y el agotamiento de las políticas de intervención institucionalizantes. Desde esta mirada la calle hace relación a la estructura social, al tipo de ordenamiento social. Las condiciones inhumanas en las que los pobladores de la calle viven hoy la calle, hacen que ésta sea el registro de la injusticia

“Por otro lado, la calle nos remite al tipo de civilización, al tipo de desarrollo cultural, al modo como nos hemos constituido como ciudad, al modo como nuestra organización socio-cultural ha devenido en organización urbana. Nos remite a un atavismo: una población nómada, recolectora, cazadora, viviendo al día, moviéndose en el corazón mismo de una población sedentaria, cultivadora, procuradora de futuros.

“Desde esta dinámica, la calle se erige como cultura, como otro modo de asumir y entender la vida, otro modo de construir el mundo, otro modo de percibir el tiempo y de ubicarse en el espacio social y físico, otra racionalidad, otra lógica.

“Es decir, en medio de condiciones de injusticia, la calle se ofrece también como oportunidad cultural”. (28 febrero 1994, 2).

Se trata entonces de legitimar la calle, no las condiciones en las que se vive la calle (tampoco las condiciones en las que se vive en un barrio popular). Legitimar la calle también como una opción válida para vivir la vida urbana, en la que el estilo sedentario no tiene que ser el único. Se trata de poder vivir con dignidad y justicia, sea la vida nómada, sea la vida sedentaria.

La calle es otro espacio, y no sólo otro espacio físico. Es otro espacio cultural, ético, moral, económico, político, afectivo, sexual. Es otro espa-

cio que no es el nuestro, y funciona en otra lógica, otra racionalidad; la vida tiene otra dinámica, lo privado tiene otros códigos y otros espacios, la cotidianidad tiene otros ritmos, los valores otra escala. La calle es un lenguaje. Allí la vida tiene la dinámica de la trashumancia.

Cecilia Muñoz y Ximena Pachón consideran que el gamín es un recolector y un migrante permanente:

“El niño que vive en la calle se encuentra permanentemente enfrentado a situaciones de déficit de medios de subsistencia. Podría decirse que, como algunas comunidades primitivas, tiene que optar por la búsqueda de frutos esporádicos. Como todo grupo recolector el de los gaminos tiene los elementos básicos: dispersión, cooperación y fluidez.

“Recorre la ciudad y su territorio conocido, explora nuevas áreas y utiliza momentáneamente el beneficio de cualquier lugar en que se encuentre. Posee gran movilidad pero con posesión y defensa de cierta territorialidad. Su supervivencia depende de una organización de la cooperación entre los miembros, con cierta especialización y complementariedad en sus actividades. Finalmente la organización dispone de cierta fluidez. El individuo puede moverse, en ciertas circunstancias, entre galladas. La supervivencia individual puede llevarlos a separarse del grupo y buscar otra gallada que le presente mejores oportunidades.

“(…) La ciudad es al niño de la calle lo que la selva para los pueblos primitivos: no puede cultivarse, pero sí buscar la oportunidad de recoger los productos.(…)”.

“El niño migra permanentemente entre su casa, la calle y la institución”. (1980, 122).

Todas estas consideraciones nos acercan a un concepto de cultura que entre los muchos, permite tener un cercano acceso interpretativo a lo que algunos consideran simples anécdotas de la calle.

El investigador José Darío Herrera, luego de hacer un breve recorrido por diversas nociones de cultura, concluye que es el enfoque filosófico el que ofrece un espacio que permite analizar la calle como también un espacio cultural.

“Es desde la hermenéutica que se entiende la cultura como ese horizonte de sentido que el hombre configura en su relación con el mundo y con los otros.

“La cultura no es, solamente, lo objetivo, lo que se puede describir y articular. Es también la interpretación, el significado y el sentido que los hombres dan a su existencia desde un horizonte muy particular que no es otra cosa que el mundo que los rodea y donde resuelven su existencia.

“Los pobladores de la calle constituyen cultura por el hecho de comprender y significar su mundo y el discurso sobre la cultura de la calle apuntaría a explicar esa comprensión e interpretación.(...)”

“Estas personas re-crean y configuran el espacio público conforme a sus necesidades y urgencias. Crean, también, relaciones y una dinámica propia de servicios económicos que les permite sobrevivir en el ambiente más adverso y agresivo al interior de la ciudad: la calle.

“En conclusión, el poblador de la calle tiene una manera específica de abrirse a la totalidad de lo real, tiene un aparato simbólico que le permite comprender eso real, él lo interpreta, lo comunica, lo transmite en cada acto de su vida. Tiene también una forma de transformar las condiciones de su existencia en la calle”. (1995, 176, 178)

En un texto que sobre los marginados tiene Larizza Adler, proporciona otra pista interpretativa:

“Los marginados sobreviven, comen, se visten, pagan renta, se casan, tienen hijos. Es necesario por lo tanto, que en la ciudad exista un nicho ecológico, creado en parte por ellos mismos, que haya resuelto positivamente el problema de adaptación a un medio urbano hostil. Sobre la precaria base económica de la marginalidad se ha levantado una estructura social específica, propia de este nicho ecológico...” (1981, 16).

Así, desde el nicho ecológico de la calle, se construye una cultura de la calle; unas explicaciones sobre la vida y la muerte, unos imaginarios, unos códigos, un universo simbólico, una escala de valores que regula y configura a aquellos que, por las razones que sean, han hecho de la calle su espacio de vida.

Ahora bien, aunque la cultura de la calle que hoy encontramos en nuestra ciudad es funcional a la calle de hoy y a su deterioro y miseria, no quiere esto decir que “per-se”, la calle sea funcional a la miseria. Ser de la

calle no es el problema. Por ello, aún desde la actual situación y dinámica de la calle, se generan mecanismos de resistencia y de esperanza, sobre los que sus habitantes se atreven a soñar mejores condiciones de vida, sea en la vida nómada o en la sedentaria.

En todo caso, la cultura de la calle no es, por lo pronto, una propuesta cultural o social. La lectura sociocultural es la propuesta de acercarse a una mirada que desde las aceras y parques, también mira, padece y piensa la ciudad/sociedad.

No son pocas las resistencias a la propuesta de entender la dinámica callejera como también cultura de calle. Sin embargo, desde los pocos análisis que se hacen al respecto en la actualidad, vale señalar que hoy en día están dadas las condiciones para el surgimiento de discursos y reflexiones acerca de la cultura de la calle, como lo plantea Herrera.

“1. Existe un sentido común respecto a la realidad de la calle, como ordenamiento empírico susceptible de ser criticado desde una o varias disciplinas científicas.

2. Existe la intención de buscar nuevos caminos para comprender la realidad de la calle. Esto es lo que hace posible la ruptura epistemológica con el sentido común.

3. La sociología y antropología urbanas, desde sus especificidades, van teniendo en cuenta la realidad de la calle como configurante de la ciudad.

“4. Existe la intencionalidad de orientar teóricamente, prácticas sociales y educativas no convencionales, que proponen la calle como espacio social, político y educativo.

5. Las nuevas tendencias de los movimientos sociales, implican trabajar con los pobladores marginados de las ciudades, desde la perspectiva cultural. (...)”

Algunas características constituyentes de este **saber** sobre la Cultura de la calle son:

1. Es científico: como discurso, no como teoría. Busca describir y articular aspectos de la vida en la calle, determinar relaciones, proponer hipótesis de interpretación e indagar por el sentido de vida de los pobladores de la calle.

2. Es histórico: son hipótesis que pretenden explicar, interpretar y potenciar la calle como espacio cultural, social, político y educativo. Rompe con modelos y

arquetipos que, más desde el sentido común, entienden la calle como espacio de exclusión, degradación y desajuste social.

3. *Es relativo: no se convierte en absoluto ni totaliza la realidad de la calle. No es omni-comprensivo, sólo se adentra en un aspecto de lo real-calle que es mucho más amplio que la realidad de los habitantes de la calle.*

4. *Es intencional: tiene una intencionalidad social. Con su aporte quiere transformar el mundo de la comprensión, y en este sentido, el mundo de lo real. La hipótesis básica es: si se van comprendiendo a los pobladores de la calle como sujetos culturales, las alternativas que se planteen estarán más acordes con lo que la gente de la calle quiere de su vida".* (Herrera, 183,184).

En este contexto analítico, las acciones, jergas, costumbres y pensamientos de los habitantes de la calle, y en particular de los gamines/ñeros, adquieren otra dimensión. Son otro discurso sobre la ciudad. Se convierten en lenguaje (y a veces en metáfora).

Por ejemplo, el autor del presente ensayo, interpreta algunos aspectos de la vida de la calle en los siguientes términos:

"En este mundo el lenguaje oral no sólo es el eje de la comunicación sino, sobre todo, el eje que estructura la confianza, la certeza, la verdad, la relación con los demás, el sentir y el conocer. Es una cultura oral en medio de una cultura escrita. La palabra tiene valor y de algún modo ejerce poder, el poder de regular las relaciones. Vale porque es lo único que permite hacer la transacción de todo lo del mundo de la calle. Vale porque es lo único que puede sostener el establecimiento de la confianza. La palabra más que nombrar, describe, reseña, pinta; es emoción y sentimiento. (...).

"La vida y sus acontecimientos no son la secuencia de causa-efecto. La vida y la realidad no son un siempre-movimiento-secuencial en línea de progreso. La vida es discontinua y la realidad que la surca un poco caprichosa. Hoy la sociedad se interesa por los niños de la calle, pero mañana puede matarlos. (...).

"Evidentemente, la vida es allí más frágil que en otros espacios sociales. Por eso sus habitantes viven la vida al diario.

"Tanta fragilidad y fugacidad pareciera necesitar una alta dosis de soporte religioso para no llegar a producir un estado permanente de angustia. Pero la calle

es más laica que religiosa. Es como si para la calle no existiera escape: al fin y al cabo para la muerte tampoco lo hay. La vida de la calle es la vida sin artificios. Tan incierto es el futuro como el más allá. Lo religioso no estructura la vida cotidiana. Más que una actitud religiosa propiamente dicha, existen momentos religiosos e instancias de manipulación de lo religioso-mágico para buscar favores puntuales.

"El bien y el mal no son valores absolutos, son relativos. Relativos a la necesidad y a la oportunidad. Más que bipolaridad en los valores, existe un continuum que va desde lo más a lo menos, pasando por infinitos matices. La vida es un movimiento entre varias posibilidades, todas reales, todas posibles, todas buenas / malas según el favor o desfavor logrado. (...).

"Del mismo modo, la racionalidad económica se estructura desde expectativas de corto plazo. Por ello es también una racionalidad de gasto más que de acumulación. Del uso inmediato para la satisfacción inmediata. La economía sexual tiene la misma lógica.

"Entonces, la calle transita por la historia como la historia del día. Esa historia que connota a sus habitantes, rehaciéndolos para incorporarlos a su naturaleza. Como si los reciclara". (Ruíz, septiembre 1993, 48).

María Antonia Zárate, proporciona otros datos:

"El tiempo social es más rápido. Sólo se vive hoy y ésa es su dimensión histórica. Las relaciones que se construyen son tan estables como el de la calle decida, y cambian según su conveniencia para mantener el puente que tiende continuamente con la ciudad que lo mantiene de día y lo acoge de noche, y que eventualmente lo devuelve a casa para volver a salir. Es un mundo en el que las fronteras son simultáneamente particulares y universales. No existe una pared que limite su horizonte visual, y las leyes que regulan su permanencia, configuran una escala de valores que responde a lo cotidiano". (abril 93, 5).

Y así, en la calle se seguirán encontrando múltiples referencias susceptibles de ser conectadas a una lógica de vida que, aparte de las actuales condiciones de deterioro, remiten, entre otras cosas, a un atavismo cultural presente en una ciudad cosmopolita como Santa Fe de Bogotá. Ser de la calle no tiene que ser necesariamente una patología. La vida en la calle debe ser también viable.

V

PROPUESTAS EN LÍNEA DE UNA POLÍTICA SOCIAL PARA
LOS GAMINES / NEROS COMO HABITANTES DE LA CALLE

El balance pedagógico de las instituciones puede ser bueno en términos generales, pero no el balance social. Definitivamente la política institucional e institucionalizante ya no es respuesta para los *gamines/ñeros*, por cuanto es sabido que el problema es fundamentalmente de calidad de vida, no exclusivamente de conducta.

En esta línea, vale traer a cuento los aportes del enfoque del Desarrollo a Escala Humana (DEH) de Manfred Max-Neef, para quien *“la calidad de vida dependerá de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales”*. (1995, 25).

Esto significa que las políticas de trabajo con los habitantes de la calle, no pueden limitarse a la búsqueda de la *coexistencia* de esta población con el resto de los grupos sociales, como modo de reorganizar la vida de la ciudad. Implican un cambio cultural, esto es, entre otras cosas, *“abandonar satisfactores tradicionales para reemplazarlos por otros nuevos y diferentes”*. (1995, 27), de acuerdo a otro modo de entender las necesidades humanas.

Max-Neef desagrega las necesidades según categorías existenciales (ser, tener, hacer y estar) y axiológicas (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad) y las combina en una matriz de doble entrada precisamente para que se puedan entender como un sistema de interrelaciones e interacciones dinámicas. (1995, 42)

Indica además que las necesidades se satisfacen en tres contextos:

- en relación con uno mismo
- en relación con el grupo social
- en relación con el medio ambiente

Siguiendo el pensamiento de Max-Neef, las necesidades humanas fundamentales no satisfechas de manera adecuada producen patologías no sólo de nivel individual, sino colectivas, y hasta el momento se han desarrollado *“tratamientos para combatir patologías individuales o de pequeños grupos, mientras que para las patologías colectivas los tratamientos aplicados han resultado ineficaces”*. (1995, 32).

Entre otras cosas, han resultado ineficaces porque las propuestas y proyectos han sido pensados fundamentalmente, en cuanto prestación de redes de servicios. La propuesta de *“Desarrollo a Escala Humana hace ver que ya no se trata de relacionar necesidades solamente con bienes y servicios que presuntamente las satisfacen; sino de relacionarlas además con prácticas sociales, formas de organización, modelos políticos y valores que repercuten sobre las formas en que se expresan las necesidades”*. (1995, 36).

Por todo esto, se requiere de una clara política social de largo alcance, tanto desde el Estado como desde la sociedad civil; una política social articulada al movimiento social general. Una política social incorporada a los planes globales de desarrollo del país: nacionales, regionales y locales (en cuanto satisfactores sinérgicos, podría decir la propuesta de D.E.H.).

En una propuesta de política social, las instituciones tienen un papel. Ya no sería el de suplantar el juego social, sino de ser un espacio facilitador para que en la dinámica social directa, puedan participar los *gamines / ñeros* y en general los habitantes de la calle. Con

su apoyo, éstos podrán tener mejor posibilidad de interlocución y de negociación.

Esto significa promover formas organizativas, como también lo dice Max-Neef, entre los habitantes de la calle, para potenciar su capacidad de incidencia y de concertación con el resto de la sociedad civil y el Estado.

La posibilidad de avanzar en este camino, pudo haberse dado en la coyuntura de la administración del alcalde Mockus, dada su propuesta de gobierno. Lamentablemente, esta propuesta quedó más en la letra que en la realidad. Sin embargo, vale resaltar algunos aspectos, a modo de referencia, para ilustrar lo que podría ser una posibilidad con mirada estratégica, de encarar el estado actual del fenómeno de la calle.

A. Los habitantes de la calle en el contexto del Plan Distrital “Formar Ciudad”.

Mediante el Decreto 295 de 1995, Antanas Mockus, adoptó el Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras públicas, 1995-1998, *Formar Ciudad*, con las siguientes estrategias:

- Artículo 1: Buscar una coexistencia viable y fértil del crecimiento del patrimonio colectivo con el mejoramiento individual, y hacer así más competitiva la ciudad y los individuos que en ella moran, buscando la equidad y el progreso de todos.
- Artículo 2: La acción del gobierno comprende la formación ciudadana, en donde todos aprendamos de todos con responsabilidad compartida, cooperación y participación; y comprende la formación de ciudad, en donde la gestión colectiva preserve el patrimonio común y lo enriquezca para bien de todos y especialmente de los más débiles.

La Administración ayudará a la gente a aprender a usar bien su ciudad. Dicha gestión se facilita con la autorregulación ciudadana, la regulación de la administración por parte del ciudadano y una nueva cultura institucional.

El Plan establece además seis prioridades, de las cuales las cuatro primeras tocan cercanamente con los *gamines / ñeros* y con el resto de los habitantes de la calle. Estas prioridades son: Cultura ciudadana, medio ambiente, espacio público y progreso social.

El mismo Plan nos especifica cada estrategia:

• *Artículo 7. Cultura Ciudadana:* Consiste en desencadenar y coordinar acciones públicas y privadas que incidan directamente sobre la manera como los ciudadanos perciben, reconocen y usan los entornos sociales y urbanos y cómo se relacionan entre ellos en cada entorno. Pertenecer a una ciudad es reconocer contextos y en cada contexto respetar las reglas correspondientes. Apropriarse de la ciudad es aprender a usarla valorando y respetando su ordenamiento y su carácter de patrimonio común.

• *Artículo 9. Medio ambiente:* Apunta a reorientar los actuales procesos que producen deterioro del entorno, desencadenando fuerzas y procesos que mitiguen, controlen y prevengan el deterioro de la calidad ambiental de la ciudad.

• *Artículo 11. Espacio Público:* Esta estrategia busca ampliar, redistribuir y cuidar el espacio público a través de programas y proyectos que intervengan en tres tipos de componentes: los físicos, que conforman el espacio público; los funcionales, que permiten el uso, manejo y mantenimiento; y los estructurales, que se refieren a cómo el espacio público se relaciona con otros elementos y sistemas de la ciudad como el medio ambiente natural, el sistema de transporte, la localización de la población y el valor cultural otorgado a ciertas zonas de la ciudad.

• *Artículo 13. Progreso Social:* Apunta a contribuir a mejorar el nivel de vida de la población más pobre y vulnerable, facilitando su acceso a bienes y servicios básicos y debilitando procesos de exclusión social.

De otro lado, en una de las políticas sectoriales consideradas en el Plan, se plantea:

• *Artículo 21. Protección Social:* Promover el bienestar de grupos poblacionales en condiciones materiales y sociales críticas, haciendo énfasis en acciones preventivas y de inclusión social, a través de la participación activa de la familia, la comunidad y las instituciones públicas y privadas.

Como puede verse, los anteriores planteamientos favorecían un acercamiento diferente hacia los habitantes de la calle, favoreciendo el desarrollo de nuevas propuestas, y el establecimiento de las relaciones habitantes de la calle-resto de ciudadanía, en otros términos.

Es importante resaltar, que el criterio que estructura todo el Plan sea el de *formar ciudad*. Esto significa, de un lado dar por sabido que la ciudad está desestructurada, y que está en plan de organización. De otro lado, y en línea de la primera prioridad, que los habitantes de la ciudad deben construir relaciones de pertenencia para con ella, y en tal medida ser sus ciudadanos. Pero *formar ciudad* también implica la búsqueda de nuevas formas de relacionarse entre los grupos de ciudadanos, de articular sus intereses individuales y colectivos.

Esto permite colocar la percepción tradicional de la ciudad/sociedad, respecto a los habitantes de la calle, a otro nivel. Podría decirse que en igualdad de condiciones: Nómadas y sedentarios se encuentran enajenados de la ciudad, cargan similar responsabilidad en cuanto a su deterioro, y la ciudad/sociedad está por reconstruirse. Incluso, por formarse. Se debilita el imaginario de una ciudad/sociedad buena, a la que unilateralmente deben integrarse, por principio, los llamados marginales.

Puestas así las cosas, también los habitantes de la calle pueden y deben ser entendidos como interlocutores de esta tarea colectiva. Esto es, deben ser tenidos en cuenta en cuanto sujetos sociales e his-

tóricos, conciudadanos del *crecimiento del patrimonio colectivo*. Pero también como interpeladores, como demandantes de la calidad de una propuesta como la de *Formar Ciudad*.

Esto implicaría, involucrar directamente a este grupo de ciudadanos, en acciones que los comprometa en el mejoramiento de la manera como *perciben, reconocen y usan los entornos sociales y urbanos*, en la manera de *reconocer contextos y en cada contexto respetar las reglas correspondientes*, y en la manera como se apropia de la ciudad y de sus espacios públicos físicos, funcionales y estructurales. Esto es, las carencias individuales y colectivas de este sujeto social --tradicionalmente marginal o excluido-- se convierten en potencial de integración y construcción ciudadana (Max-Neef, 1995, 34).

En este sentido, las políticas públicas (distritales) tendrían como líneas de acción, cuatro aspectos:

1. Que sobre la base de un seguimiento de las experiencias tenidas, de la sistematización de las experiencias renovadoras, y de las nuevas lecturas que se vienen haciendo sobre la ciudad, se propicie el acercamiento a una nueva teoría social que interprete, desde las nuevas vertientes teóricas y prácticas, el fenómeno de la calle como espacio que también circunscribe la ciudad, y el fenómeno de los habitantes de las calles en cuanto multicausal, y en cuanto diverso en su posibilidad de ser. Una herramienta valiosa en este campo, sería el enfoque de *Desarrollo a Escala Humana*, ya referido.

Ello lleva, entre otras cosas, a que se abran espacios para la generación, por ejemplo, de nuevos instrumentos jurídicos, que desde la legitimación de la posibilidad de la vida en la calle, conduzcan a una nueva lectura del derecho, o más aún, a los esfuerzos que desde distintos lados se vienen haciendo para desarrollar un nuevo derecho.

2. Que por lo tanto, el fenómeno de la calle pase a ser entendido y asumido como cultura de la calle (negociación cultural), susceptible, en cuanto tal, de participar en igualdad de condiciones de las tareas por la ciudad plural, desde sus imaginarios, desde sus expli-

caciones, desde su manera de vivir la ciudadanía, desde sus miserias y desde sus compromisos.

3. Que se propicien y faciliten mecanismos de organización entre esta población, de tal manera que el ejercicio interlocutor pueda ser realizado desde una posición socialmente reconocida y respetada. Desde formas organizativas, los habitantes de la calle podrán representarse públicamente en el juego social.

Lo organizativo es lo que permite empezar a posicionar a los habitantes de la calle en general y a los *gamines / ñeros* en particular, de cara a propuestas de largo alcance, propuestas de carácter estratégico, propuestas que hagan parte de los planes de desarrollo en cualquiera de sus niveles. Propuestas que, se entienden, apuntan a acabar con los factores que expulsan a muchos menores o jóvenes a la calle, sin que ésta sea querida por ellos como una posibilidad de vida.

Este proceso organizativo puede alimentar la conformación de un movimiento que sea el soporte reivindicativo y propositivo de los habitantes de la calle; movimiento vinculado activamente a los procesos sociales que buscan la concertación y/o el desarrollo de un nuevo contrato social, tanto para Santa Fe de Bogotá, como para el país.

4. Que se redefina el papel de las instituciones. Estas no pueden seguir moviéndose en una realidad virtual. No pueden seguir sustituyendo la dinámica social ni sustituyendo en su protagonismo a los habitantes de la calle. Deben incorporarse al movimiento social, haciéndose partícipes también de la construcción de la democracia en la ciudad. Deben diversificar las alternativas, incluyendo además de las institucionales, otras no institucionales, ninguna en todo caso al margen de los planes de desarrollo. Ya no pueden seguirse concibiendo proyectos y programas para los supuestos *marginales*, al margen de los planes que se conciben para el resto de la sociedad.

Así, por cuanto somos parte del problema, también somos parte de la solución, como en 1993 dijeron los *ñeros* en varios teatros de la ciudad. Así, formar ciudad de la realmente existente Santa Fe de Bogotá, se hace posible, y la tarea va más allá de un plan de gobierno transitorio.

B. Propuestas adicionales

Los habitantes de la calle, y en particular los *gamines* / *ñeros*, merecen entrar al Siglo XXI, con posibilidades reales de mejorar su calidad de vida, sea en la sedentariedad o en el nomadismo. Lo merecen tanto como los demás grupos poblacionales que durante años, han vivido en la exclusión social, económica, política, étnica, etc.

El proceso de replanteamiento de las políticas de intervención, iniciado con los años 90, debe conducir al desarrollo sostenido de proyectos y propuestas de largo aliento, en cuanto política de Estado.

Para alimentar este proceso, deben llevarse a cabo una serie de acciones y programas que permitan ir haciendo posible el propósito que se ha señalado. En términos de propuestas, algunas de estas acciones podrían ser:

1. A nivel de las Instituciones que trabajan con esta población, públicas o privadas, debe darse una democratización de la vida institucional, y un amplio reajuste de sus acciones y propuestas pedagógicas. Las propuestas institucionales pueden seguir siendo respuesta para muchos, es cierto, pero hay que garantizar que ellas se ajusten no sólo a los avances de la ciencia social, de la ciencia pedagógica, etc., sino también a las coyunturas históricas y, por cierto, a los marcos establecidos en los Derechos Humanos, en los Derechos del Niño, en la Convención de los Derechos de los Niños, en el Código Colombiano del Menor, y en la legislación sobre el Menor Trabajador.

Es de especial importancia que en la democratización, se abran espacios de participación y de concertación con los habitantes de la calle y/o *gamines* / *ñeros*, de tal modo que en el diseño y ejecución de propuestas y programas, las acciones no sigan siendo unilaterales, como en el esquema asistencialista.

Es importante también, que las distintas entidades no sólo unifiquen sus políticas de intervención (no necesariamente sus metodologías ni sus actividades), sino que se integren en espacios

interinstitucionales incluso con entes que no necesariamente trabajan de forma directa con esta población, de modo que se permita no duplicar recursos ni acciones, se agilicen procesos (aliviando burocracias), se potencien iniciativas, y se amplíe la interdisciplinariedad. Debe irse más allá de las simples coordinaciones de actividades puntuales, para saltar a concertaciones de largo plazo.

En este sentido, y en la medida en que todo ello esté articulado a una propuesta global de desarrollo social y humano, puede hacerse posible una real acción preventiva sobre los factores que desde las familias, expulsan a muchos menores que finalmente no encuentran en la calle un estilo de vida, es decir, menores que no debieron salir a la calle porque ésta no era convocante para ellos (atavismo nómada).

Por ello entonces, la necesidad de hacer integrales y permanentes, programas como: Las redes de lucha contra el maltrato infantil, los proyectos especiales de atención a grupos migrantes por desplazamiento forzado, los programas de atención a menores en abandono por razones de violencia, los programas de seguimiento y atención a familias generadoras de menores trabajadores, y los programas sociales complementarios como los de la Red de Solidaridad o similares. Se hace necesario también, entre otras cosas, que se diseñe una política laboral más realista para los menores trabajadores de la ciudad, aparte de políticas y acciones permanentes sobre uso del tiempo libre, de recreación y deporte, de promoción cultural, etc.

2. A nivel no institucional, es decir, de acciones que no dependen directamente del accionar de una institución, pero que no quita que ésta pueda cumplir un papel mediador y facilitador, deben buscarse posibilidades en la misma dinámica de la calle, y desde las iniciativas, intereses y posibilidades de sus habitantes.

En las Mesas de Trabajo y Foros que entre 1994 y 1995, llevó a cabo el Comité Interinstitucional para la Participación del Habitante de la Calle, se llevaron a debate varias propuestas planteadas por

habitantes de la calle tanto a nivel personal como de pequeños grupos. Una buena cantidad de ellas giraron en torno a aspectos como:

- Oportunidades de empleo justamente remunerado, en oficios y labores apropiadas para las características itinerantes de esta población (sobre todo para los jóvenes y adultos). En este sentido se solicitaba reconocer y dignificar el trabajo de los recuperadores o recicladores mediante regulación de precios, establecimiento de bodegas o centros de acopio, capacitación, y créditos para la creación de microempresas tanto para la recuperación como para el reciclaje.
- Acceso directo a servicios de salud, y en lo educativo, diseñar un currículo especial que, teniendo en cuenta las características del grupo de la calle, propicie su cualificación académica.
- Creación de dormitorios u hospedajes, que ofrezcan este servicio a quienes de tanto en tanto lo quieran o lo necesiten. Junto con este servicio, crear guarderías tanto diurnas como nocturnas, para los hijos de los padres que trabajan.
- Crear programas de tratamiento de la droga, distintos a los tradicionales, que desarrollen nuevas metodologías y técnicas, y que preferentemente no sean mediante internamiento ni correccionales.
- Apoyar y multiplicar experiencias culturales y artísticas de todo tipo: periódicos, pintura de murales, teatro, música, artesanías, etc.
- Capacitar a los líderes de la calle para que puedan generar distintos procesos organizativos y de representación de sus compañeros, en los distintos espacios de negociación y de interlocución. Promotores de formación y de organización, animadores de la movilización y referentes de lo que desde la misma calle puede hacerse en términos de progreso humano.
- Facilitar que los habitantes de la calle puedan hacer ejercicio del derecho veedor (Art. 103, C.P.), sobre los programas y pro-

yectos, institucionales o no, como un ejercicio de ciudadanía, y de organización.

- Que de manera urgente se definan políticas referidas a la seguridad, para que no se siga asociando de manera mecánica, indigencia con inseguridad. Generar espacios de interlocución que necesariamente pasan por negociar compromisos de parte y parte, sobre los factores que inciden en la inseguridad ciudadana (delincuencia droga, uso del espacio público, etc.), que apunten a la construcción de nuevas reglas de convivencia, de una nueva cultura política, y generen relaciones sociales de mutuo compromiso y aprendizaje (Veeduría Distrital, 15 de septiembre 1995,4).

Aparte de estas propuestas, pueden irse favoreciendo otras como la de vincular todos estos procesos a la dinámica de las localidades. Las localidades son el espacio privilegiado para desarrollar las políticas en torno a la prevención del maltrato infantil, al trabajo de los menores, al desarrollo de proyectos preventivos y de atención, etc. En este sentido deben promoverse y llevarse a cabo instancias locales de concertación y de coordinación entre las distantes autoridades y entidades, para que las acciones estén debidamente articuladas a las políticas globales y a los Planes Locales de Desarrollo. (5).

Para finalizar, vale traer a cuento la propuesta que el autor del presente ensayo, ha hecho en un borrador de proyecto de Ley, y en el cual sugiere considerar a los habitantes de la calle como una minoría social, con las posibilidades que ello daría en cuanto a ciertas prerrogativas, para que este grupo poblacional pueda recibir un trato prevalente respecto a ciertos programas sociales, económicos y políticos, hasta que se haya logrado una "nivelación" con lo demás grupos sociales, en cuanto a igualdad de condiciones en la negociación con el Estado y el resto de la sociedad.

Con la muerte del Siglo XX, debe morir también todo aquello que, por caduco, ya no tiene función histórica. Con la muerte de este siglo de tecnologías y energías atómicas, de guerras y de hambrunas, de descubrimientos y de nuevas enfermedades, debe morir un siglo que ha acumulado en el corazón de su desarrollo, tanta injusticia y exclusión.

Los habitantes de la calle, y en particular los *gamines*/*ñeros*, merecen terminar su transcurrir en este siglo, con muchas puertas abiertas, y con posibilidades cercanas de poder ser una fuerza social con incidencia en el desarrollo de su propia historia y en la historia del resto de la sociedad colombiana.

Merecen entrar al siguiente milenio, también bajo la égida de Acuario, con sus energías de sensibilidad, de humanismo, de cultura, de tolerancia, de realización personal. Merecen entrar apostándole a la justicia desde las ventanas abiertas del último internado, o desde las calles transitables para todos.

Entonces, el Siglo XXI podría ser el punto de encuentro de las dos ciudades que se transitan en el mismo cuerpo de la ciudad capital de Colombia.

Entonces, los amantes de la luna podrán hacer poesía a cielo abierto desde cualquier parque, sin los apremios de una sobrevivencia al vilo de la muerte.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El proceso de urbanización de la vida humana, que significó un estilo específico y cada vez más sofisticado de sedentarización, no ha significado la eliminación de la alternativa nómada, como una posibilidad de vida dentro de las ciudades. La evolución civilizatoria no tiene que ir exclusivamente en línea de la sedentarización.

Esta evolución, en todo caso, ha privilegiado el proceso de sedentarización, y ha excluido de sus beneficios, a la posibilidad nómada.

Esta exclusión, debida a múltiples factores, convirtió la vida trashumante, la vida en la calle, en un estilo de vida *marginal* y para *marginados*, llena de deterioro y de miseria. Así, la vida nómada en las calles de las ciudades, quedó asociada "*per se*", a patología tanto personal como social.

Entendiendo este proceso histórico, cabe considerar el esfuerzo de desbrozar en el fenómeno de la calle, los factores que remiten a un orden social injusto, de aquellos que remiten a una convocatoria atávica. Distinguir entre calle-injusticia y calle-cultura.

La idea es la de distinguir de entre los habitantes de la calle, a aquellos para quienes la calle es un extravío por cuanto llegaron a ella expulsados por razones sociales, de aquellos para quienes la calle puede ser una posibilidad, ya que buscaron la calle por aventura o por protesta, y

de aquellos para quienes la calle es una opción porque se sienten trashumantes de la vida.

Por eso en la calle *están todos los que son ni son todos los que están*.

En vista de esto, se trata de buscar entonces, propuestas que puedan ser respuesta a esta diversidad. Propuestas que en todo caso, desde una mirada estratégica de desarrollo humano (el *Desarrollo a Escala Humana* puede ser una posibilidad), apunten a aliviar las condiciones de miseria en las que tienen que vivir la calle, todos los grupos que la habitan, de manera temporal o definitiva.

En cuanto la calle puede ser otro modo de vivir la ciudad, las políticas de intervención para los habitantes de la calle, tienen que ser replanteadas.

Los científicos sociales, y entre ellos los Gerentes Sociales, tienen la tarea de desarrollar nuevas lecturas y de diseñar nuevas políticas estratégicas, para aquellos sectores excluidos del modelo de desarrollo que los ha producido.

BIBLIOGRAFÍA

- ADLER de L, Larizza. **Cómo sobreviven los marginados**. Ed. Siglo XXI, México, 1981.
- ARBELAEZ, Ana María. **Los Especiales. Historia de un proceso de autogestión**. UCPI y Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá, 1994.
- ARQUERO, Mercedes. (Coordinación). **Educación de calle. Hacia un modelo de intervención en marginación juvenil**. Asociación Cultural la Kalle. Comunidad de Madrid, Dirección General de Juventud. Madrid, 1995.
- BAUER, Arnodio y Eleanora Bauer (traductores). Pablo Freire y los Educadores de la calle: Una aproximación crítica. UNICEF/SAS/FUNABEM. Sao Paulo, 1985.
- BELTRÁN, Luis M. La metamorfosis del chino de la calle. Revista Colombiana de psiquiatría. No. 4. Septiembre 1970. Bogotá.
- BOYDEN, Jocelyn. **Niños en situaciones de alto riesgo en Lima, Perú**. UNICEF, Lima, 1988.
- CABRERA F, Olga. **La prostitución infantil en el centro de Bogotá. Un ensayo de investigación social urbana**. Cámara de Comercio de Bogotá. Santafé de Bogotá, 1993.
- CABRERA F, Olga y otros. **Pirobos. Trabajadores sexuales en el centro de Bogotá**. Cámara de Comercio de Bogotá y Corporación para el Desarrollo Integral de Bogotá y Cundinamarca. Santafé de Bogotá, 1995.
- **Habitantes de la calle. Un estudio sobre El Cartucho en Santa Fe de Bogotá**. Cámara de Comercio de Bogotá. Santafé de Bogotá, 1997.
- COMITÉ Interinstitucional para la Participación del Habitante de la Calle. Hacia nuevas políticas de intervención con los habitantes de la calle. Santafé de Bogotá, 6 diciembre 1994.

- Conclusiones del Primer Foro Distrital sobre Políticas de intervención con los Habitantes de la calle. Junio 30 de 1994. Santafé de Bogotá.
- Conclusiones generales de las Cinco Mesas de Trabajo. Santafé de Bogotá, julio a noviembre de 1994.
- Constitución Política de Colombia 1991.** Presidencia de la República.
- CAICEDO B, Joaquín. La población de recuperadores. Revista **Misión Local**, IDCAP, Año 3, # 5, octubre 1994. Santafé de Bogotá.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE BIENESTAR SOCIAL, DABS. Proyecto Capital de Indigencia. Ficha Técnica, noviembre 1993. Santafé de Bogotá.
- DECRETO No 897, del 29 de diciembre de 1995: Programa Distrital de Atención al Habitante de la Calle.
- ESPERT S., Francisco. **Apertura y humanización Institucional.** Serie Metodológica # 7, UNICEF, Bogotá 1989.
- FUNDACIÓN Misión Colombia. **Historia de Bogotá.** Tomos I, II, III, Villegas Editores- Salvat. Bogotá 1988.
- GOROSTIAGA, Xavier. Ciudadanos del planeta y del Siglo XXI. **CRIE**, Documento # 124, México D.F. junio 1995.
- GRANADOS Téllez, Marcos. **Gamines.** Tercer Mundo Editores. Bogotá 1974.
- GUIRADO, Marlene. **Instituição e relações afetivas. O vínculo com o abandono.** Summus Editorial, Sao Paulo, 1986.
- GUTIÉRREZ de Pineda, Virginia, y otros. **El Gamín. Su albergue social y su familia.** UNICEF, Bogotá, 1978.
- **El Gamín. Análisis de datos secundarios.** UNICEF, Bogotá, s.f.
- GUTIÉRREZ, José. **Gamín: Un ser olvidado.** Mac Graw Hill, México, 1972.
- GUTIÉRREZ, Gloria. **Diagnóstico de las instituciones de reeducación de menores en Colombia.** Tesis Pontificia Universidad Javeriana, Departamento de Sociología, Bogotá, 1975.
- HERNÁNDEZ, José Manuel. La dinámica actual de los habitantes de la calle. Junio 30 de 1994. Santafé de Bogotá.
- HERNÁNDEZ, José Manuel y Javier Omar Ruíz. Ñeralia: Un barrio piloto de desarrollo social para los habitantes de la calle. Mayo 10 de 1994, Santafé de Bogotá.
- HERRERA, José Darío y María Antonia Zárate. **Comanche. Comandante del Cartucho.** Fondo Editorial para la Paz. Santafé de Bogotá, 1995.
- INSTITUTO Distrital de Cultura y Turismo. Observatorio de Cultura Urbana. **Indigentes en Bogotá. Censo piloto.** Santafé de Bogotá, 1997.

- JIMÉNEZ, Carlos. Del menor y el joven, al ciudadano. Revista **Desde la Esquina**, #1, enero 1992, Santafé de Bogotá.
- KNAUL, Felicia. Menores en circunstancias especialmente difíciles: Su vinculación escolar. **Planeación y Desarrollo**- D.N.P. Vol XXIV. Diciembre 1993, Santafé de Bogotá.
- KNAUL, Felicia y Zoraida Castillo. **Análisis de situación. Niños y jóvenes en circunstancias especialmente difíciles y en situación de alto riesgo.** UNICEF-DNP. Santafé de Bogotá, 1994
- LIEBEL, Manfred. **Protagonismo infantil. Movimiento de Niños Trabajadores en América Latina.** De. Nueva Nicaragua, Managua, 1994.
- MAKARENKO, Antón. **Poema Pedagógico.** Ed. Progreso. Moscú, s.f.
- MAX-NEEF, Manfred y otros. Desarrollo a Escala Humana. Una opción para el futuro. CEPUR- Fundación Dag Hammarskold. Suecia 1995.
- MEJIA, Marco Raúl. **Educación y escuela en el fin de siglo.** Cinep, Santafé de Bogotá, 1995.
- MOJICA, Rocío y Martha Quintero. **Niñez y violencia. El caso de Colombia.** Save the Children Fund. UK-CINDE. Santafé de Bogotá, 1993.
- MOVIMENTO Nacional de Meninos e Meninas de Rua. Cidadao criança; cidadao adolescente: Contribuições para definição de uma política para infancia e juventude no Brasil. Brasilia, s.f.
- MUÑOZ, Cecilia. El gaminismo: ¿Un problema sin solución? **Estrategia Económica y Financiera**, # 16, octubre 1978, Bogotá.
- Los chinos bogotanos a comienzos de siglo (1900-1930). **Credencial-Historia**, # 12, diciembre 1990, Bogotá.
- MUÑOZ, Cecilia y Ximena Pachón. **Gamines. Testimonios.** Carlos Valencia Editores, Bogotá 1980.
- **La niñez en el Siglo XX.** Ed. Planeta, Bogotá 1991.
- NICOLO, Javier de. Informe a la Veeduría Distrital sobre IDIPRON Santafé de Bogotá, 1994.
- NICOLO, Javier de y otros. **Musarañas.** Servicio Juvenil, Bogotá, 1981
- OCHOA, Jorge. La infancia como construcción cultural. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación, CIDE. Santiago de Chile, 1983.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. **¿Calle sin salida? Informe sobre la fase I del proyecto "Niños Callejeros". Programa sobre abuso de sustancias.** s/c, s/f.
- ORTEGA RICAURTE, Carmen. **Aspectos históricos y lingüísticos del gamín bogotano.** Separata revista Universidad Nacional No.10. Bogotá. 1972.
- PACHÓN, Ximena y Cecilia Muñoz. **Gamines, pordioseros y delincuentes.** Bogotá

- 1920-1950. **Desde la esquina**. No.1, enero 1992. Santafé de Bogotá.
- PERÉZ G., Diego y Marco Raúl Mejía. **De calles, parches, galladas y escuelas. Transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy**. CINEP. Santafé de Bogotá. 1996.
- PEREIRA J., Almir y otros. **Os impasses da cidadania, infancia e adolescencia no Brasil**. IBASE. Río de Janeiro. 1992.
- PIMENTEL Y VARGAS, Fermín de. **Escenas de la gleba**. Imprenta de la Luz. Bogotá. 1905.
- PITTO B., Lenny. Pobladores de y en la calle del distrito capital. **Misión Local**. Año 3, No. 5. Octubre 1994. IDCAP. Santafé de Bogotá.
- PILOTTI, Francisco (coordinador). **Infancia en riesgo social y políticas sociales en Chile**. Programa Interamericano de Fortalecimiento de los Sistemas de Bienestar Infantil - Instituto Interamericano del Niño. Montevideo. 1994.
- PLAN DE DESARROLLO ECONÓMICO, SOCIAL Y DE OBRAS PÚBLICAS PARA SANTAFÉ DE BOGOTÁ, D.C. 1995-1998. Formar Ciudad. Decreto 295. Junio 1 de 1995. Departamento Administrativo de planeación distrital.
- PLATT, Anthony M. **Los salvadores del niño o la invención de la delincuencia**. Editorial Siglo XXI. México. 1982.
- PROGRAMA NUEVA VIDA Y OTROS. **Jóvenes de la calle de Bogotá. Derecho a la salud y prevención del VIH - SIDA**. UNICEF Nueva York. Santafé de Bogotá. 1992.
- RUIZ ARROYAVE, Javier Omar. Apuntes sobre la dinámica actual de los habitantes de la calle en la capital. Mayo 1996. Santafé de Bogotá.
- La calle, nuestras paredes y las instituciones: pensando desde los ñeros. Mayo 1994. Santafé de Bogotá.
- Desde la calle, un encuentro con la educación popular. Ponencia Simposio Metodología de la Investigación Social, Participación Comunitaria y Prevención de Desastres. Grupo de Apoyo y Rescate Universidad Nacional. 28 de febrero. 1994. Santafé de Bogotá.
- Cómo entiendo la propuesta de organización. Programa Nueva Vida. 29 de enero 1992.
- Proyecto de ley por la cual se establece la política nacional para los ciudadanos o habitantes de la calle. Mayo 1996. Santafé de Bogotá.
- "El habitante de la calle desde una lectura sociocultural". Documento para la Primera Mesa de Trabajo sobre el Habitante de la Calle. 28 de julio de 1994. Santafé de Bogotá.
- Para los habitantes de la calle: ¿una política institucional o una política so-

- cial?». Documento para la Segunda Mesa de Trabajo sobre el Habitante de la Calle. 29 de agosto de 1994. Santafé de Bogotá.
- Apuntes para una propuesta metodológica de trabajo con habitantes de la calle». Documento para la Cuarta Mesa de Trabajo sobre el Habitante de la Calle. 27 de octubre de 1994. Santafé de Bogotá.
- "La sexualidad del joven de la calle". Ponencia para el II Seminario Colombiano de Sexualidad en la Adolescencia. Asociación Salud con Prevención. Septiembre 1993. Santafé de Bogotá. Págs. 45 a 54.
- "La calle, el otro modo de ser ciudad". Revista **Consenso** No. 5. PNR-Consejería de DDHH-Consejería para el desarrollo de la constitución. Julio 1994. Santafé de Bogotá. Págs. 40 a 47 y 64 a 71.
- "Niños apostando a vivir. Una experiencia del Grupo Tarinakuy con niños marginados. Lima, 1988 (Relato inédito).
- RUIZ ARROYAVE, Javier Omar y José Manuel Hernández. "Una mirada a la historia y al presente del ñero bogotano". Santafé de Bogotá. 1994.
- "Una mirada a los programas distritales de atención a los habitantes de la calle". Veeduría Distrital. Santafé de Bogotá. 1995.
- "Una mirada a los habitantes de la calle de Santafé de Bogotá. Informe a la Veeduría Distrital". Santafé de Bogotá. 1995.
- ROGGENBUCK, Stefan. "Los niños de la calle en América Latina". Revista **Desde la Esquina** No.1, enero 1992. Santafé de Bogotá.
- ROJAS, Carlos. **La violencia llamada limpieza social**. Colección Papeles de Paz. CINEP. 2a edición. 1996.
- SÁNCHEZ OCAMPO, Carlos. "Una mirada a la palabra desechable". Magazín Dominical. El Espectador, No. 544. 26 de septiembre de 1993. Santafé de Bogotá.
- UMAÑA LUNA, Eduardo. **El menor de edad. Estructura legal y coyuntura social**. Corporación Colectivo de Abogados y Facultad de Derecho Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. 1991.
- URDANETA, Alberto. "Nuestros grabados". Papel Periódico Ilustrado No. 77, año IV. 15 de octubre de 1884. Bogotá. Pág. 76.
- VALVERDE OBANDO, Luis. "La sociedad y los niños de la calle". **Revista de Ciencias Sociales** Universidad de Costa Rica, No.59, mayo 1993. San José.
- VEEDURÍA DISTRITAL. "Los ciudadanos de la calle son también formadores de ciudad. Algunos elementos a considerar para integrar la problemática de la población de la calle al plan 'Formar ciudad' del Distrito Capital". 15 de septiembre de 1995. Santafé de Bogotá.

-----"Relatoría del pre-foro de habitantes de la calle". 8 de febrero, 1994. Santafé de Bogotá.

ZÁRATE, María Antonia y José Darío Herrera. "Programa Nueva Vida. Dos años de historia 1990-1992". Programa Nueva Vida. Corporación SOS Aldea de Niños. Diciembre 1992. Santafé de Bogotá.

ZÁRATE, María Antonia. "Cultura de la calle. Una interpretación desde lo urbano". Programa Nueva Vida. Corporación SOS Aldea de Niños. Abril 1993. Santafé de Bogotá.

GENERO
Y SEXUALIDAD
EN LOS
Y LAS JÓVENES
DE LA CALLE*

JAVIER OMAR
RUÍZ ARROYAVE

INDICE

Presentación	89
I.- De la familia a la calle y de lo que en ésta acontece	91
II. La lógica de la calle y su logística	95
III. Los tránsitos del sexo y su circunvalar	101
Las vertientes de la sexualidad de los de la calle	102
Actos sexuales colectivos	103
¿Homosexualidad?	105
El papel del falo	106
La pareja	107

** Una primera versión de este artículo ("La sexualidad del joven de la calle"), se presentó en el Segundo Seminario Colombiano de Sexualidad en la Adolescencia, 1993, y publicado en las memorias respectivas, por la Asociación Salud con Prevención, Santafé de Bogotá. 1993.*

La mujer	109
El lenguaje para lo sexual	111
Concluyendo	113
Algunos datos complementarios	114
Bibliografía	116

PRESENTACIÓN

Para los siguientes planteamientos, me he apoyado en la experiencia tenida en el *Programa Nueva Vida*, de la Corporación SOS Aldea de Niños - Colombia, entre 1991 y 1993, un proyecto que estuvo abierto a buscar nuevas respuestas a la realidad de los habitantes de la calle. Tuve en cuenta además, la valiosa experiencia de trabajo de los educadores de la calle José Manuel Hernández, José Rojas y Jorge Yandy.

Los planteamientos siguientes son todavía una interpretación, casi una hipótesis, sujetos a validación desde posteriores trabajos investigativos y, en gran medida, están centrados en el análisis de la cotidianidad de los grupos callejeros de los 80.

El *Programa Nueva Vida* entendió su labor como la de animación y apoyo a procesos que, desde la calle, permitieran a sus habitantes ser interlocutores con el resto de la sociedad civil, de los esfuerzos por acceder a una mayor justicia social.

Su trabajo estuvo indagando por la cultura de la calle en cuanto posibilidad de desarrollar desde allí, propuestas de dignificación y mejoramiento de la calidad de vida de sus pobladores. Se buscó superar el referente institucionalizante (rehabilitación, reeducación), en cuanto referente que termina siendo marginalizante mediante el internamiento y

la institucionalización. Se buscó posicionar la propuesta de entender a los habitantes de la calle como integrantes de nuestro tejido social, y como también posibles protagonistas del esfuerzo de construir ciudadanía.

Se trabajó en la línea de entender la calle como una realidad propia a nuestro ordenamiento social, como una realidad que ha ganado autonomía, y que independientemente de las razones estructurales o cotidianas que expliquen su existencia y permanencia, ha construido su propio modo de ver y vivir la vida y el mundo.

Junto a nosotros deambula una realidad que camina a otro ritmo, que se mueve en otra dinámica, que maneja otra lógica. Al lado de nuestro ecosistema urbano-sedentario, existe otro de carácter nómada.

Bogotá, como gran ciudad, también deviene en calle. Es dos ciudades que finalmente son una y la misma. No está la una marginada de la otra. Entre ambas corren circuitos de mutua relación y necesidad, aunque sus fronteras demarquen con claridad grandes diferencias que no necesariamente son de tipo antagónico.

En cada modo de ser ciudad, lo público y lo privado tiene connotación distinta. También la percepción y la apropiación del tiempo y del espacio. También los afectos, los hábitos, las necesidades básicas, la socialización, la recreación y la salud, la sexualidad, el modo de ser hombres o mujeres, y el modo de transar con la vida y de involucrarse con el mundo.

Desde esta lectura está hecho el siguiente acercamiento a la realidad de los y las jóvenes de la calle.

I

DE LA FAMILIA A LA CALLE Y DE LO QUE EN ESTA ACONTECE

Entre los 7 y 10 años es el promedio de edad en la que un joven de la calle ha salido de su casa. El referente inmediato es un contexto familiar en el que encontramos, en líneas generales:

- Situación económica altamente deteriorada.
- Familia generalmente numerosa. Promedio 4 hermanos.
- Vivienda precaria. Situación de hacinamiento.
- Padre ausente. Madresolterismo. Uniones libres sucesivas.
- Conflictivas relaciones afectivas en la familia.
- Madre trabaja fuera del hogar
- Nivel educativo promedio de los padres: primaria incompleta.
- Patrón dominante de conducta familiar: machismo, desde el que se establecen los roles sociales y sexuales, tanto de hombres como de mujeres.
- Generalmente la violencia media la relación entre padres e hijos.

Existencia del maltrato físico y de la agresión sexual, en particular para las niñas.

- Muy poca información sexual. Nula formación sexual explícita. Dominan las nociones de pecado, vergüenza, culpa, miedo.

El otro referente es el barrial —que para muchos es más inmediato que el familiar— en el que los niños encuentran un espacio de socialización de gran intensidad entre sus pares.

Como sabemos, en los barrios populares la vida transcurre más en el barrio y en sus calles, que en la casa —puertas adentro—. La frontera entre la vida pública y privada es además endeble. La vida privada es más de dominio público que de dominio privado. El barrio pone en común la vida familiar.

Ahora bien, no parece haber una relación directamente proporcional entre la vida familiar y la vida barrial, respecto a la salida a la calle. Si así fuese, todos los niños en esta situación irían a ella. Parece ser una relación en la que además de los factores sociales, cuentan las características personales del niño (en el caso de las niñas no queda claro si el proceso es similar, o si el menor número de niñas que salen a la calle a esta edad se debe a otros factores), su particular temperamento y carácter. El cómo estos niños procesan en tan temprana edad la decisión de ir a la calle, es difícil saberlo.

Muchos niños escogen ir a la calle no necesariamente por razones de familia o barrio. Muchos fueron convocados por la misma calle, por sus aventuras, por encantamientos que todavía no precisamos. Como si fuesen convocados por un atavismo. Otros van a la calle como acto de protesta. Otros, acaso de 4 años, fueron traídos a la calle por un hermano apenas un poco mayor, y se quedaron. Otros han nacido en la calle.

Para cualquiera de los casos, la calle se ha ofrecido como respuesta, como una opción. No vale juzgar ahora si la mejor o no. El caso es que para estos niños y niñas, en su momento, fue lo mejor, independiente-

mente de lo que hubiera venido después. ¿Cómo entienden las dificultades de la calle? Tal vez entiendan que lo que ocurra de ahí en adelante corre por su cuenta, es el costo de su decisión.

Por ello, prácticamente todos los y las jóvenes consideran que esta decisión fue una alternativa de libertad. La calle es libertad y definitivamente libertad. Lo que se sufre en ella queda matizado ante este supremo valor. Los hermanos que quedaron en casa tal vez no sufran tanto, pero no son libres.

En la calle, entonces, el niño o la niña empiezan a hacer su vida por su cuenta y riesgo. Empiezan a redefinir sus relaciones, sus códigos, sus afectos, sus hábitos y así, poco a poco, su lógica de pensamiento, su dinámica de vida, su modo de ver el mundo. Redefinen su identidad y empiezan por la civil: cambian de nombre, cambian de apellidos, y reciben el bautizo de un apodo.

Así, en la *gallada* (grupo de niños o jóvenes de la calle), van reconstruyendo su vida; se van socializando desde esa memoria cultural de la calle que en Colombia, lleva unos 354 años. En la *gallada*, como nueva unidad afectiva, encuentran *hermanos de calle* con quienes aventurar el nuevo mundo.

Pero en este mundo la vida tiene una dimensión particular. Está siempre demasiado cercana a la muerte. La vida en la calle es frágil. La vida se reconoce desde otros límites, desde el asedio de la intolerancia, desde el asedio de los 6 peligros de la calle como refiere un joven: *El cementerio, la cárcel, el hospital, el sapo, la policía y el denunciante*. La calle obliga a sobrevivir en el límite mismo de la muerte en cuanto metáfora del desorden social y su violencia.

Es entonces la sobrevivencia el eje que estructura toda la vida de la calle. Por ello el tiempo toma una sola dimensión, la de hoy. Mañana se puede estar muerto. La vida queda en el cada día como el esfuerzo por hacer del hoy una experiencia única y total que debe aprovecharse al máximo. Y se aprovecha con alegría y entusiasmo como si con la alegría de cada vivencia momentánea se conjurara la muerte.

Y el niño o la niña aprenden a sobrevivir de la mano de sus compañeros, o en el caso de los niños, de la de un *largo* o adulto de la calle (siempre varón).

El *chinche* o menor puede establecer con un *largo* una relación afectuosa, en contextos de protección y de inducción a la calle. El menor, sintiéndose solo en la calle, encuentra cariño en el *largo*. Este es un socializador de la calle en el marco de una especie de romance de carácter homosexual, visto por los demás como normal y necesario, aunque no completamente aceptado. Esta relación puede durar varios meses, hasta cuando el menor se independiza y se agrega a una *gallada*. Antes, la pareja siempre había estado sola, el adulto tendiendo el puente a la calle y transmitiendo la norma, y el menor aprovechando su edad para conseguir el sustento.

La calle, entonces, se va incorporando a la vida del niño o la niña hasta metérseles adentro; así, de tanto ser transitada, la calle termina por quedar transcurriendo en el alma.

II

LA LÓGICA DE LA CALLE Y SU LOGÍSTICA

*"El hombre no tiene naturaleza,
tiene historia."
Ortega y Gasset*

En la calle existe un pensamiento que, sin ser exclusivo de ella, en ella adquiere radicalidad, de acuerdo a lo que la dinámica de la calle requiere.

Es un pensamiento cercano al de los sectores populares. Al fin y al cabo comulgan de una misma dinámica de vida, la de la sobrevivencia. Pero en la calle, siendo aún mayor la situación de sobrevivencia, el pensamiento moldea una lógica que en alguna medida extrema la lógica popular.

Conjuga, además, la lógica institucional de las tantas instituciones que en la calle tienen presencia. La lógica de la re-educación, la de los *buenos hábitos*, la de entender a esta población como víctima, para

contraprestar su paternalismo. La lógica de la prestación de servicios que, en definitiva, hacen vivible la calle para que ésta pueda seguir siendo funcional a la institución sin que nada cambie. La lógica de usuarios y beneficiarios de servicios y de expectativas institucionalizantes.

Confluyen también otras tradiciones de calle, como la de los caminantes, la de los mendigos y los orates, la de la delincuencia y la droga.

La calle configura entonces un sistema heterogéneo de representaciones, rico en matices, a veces contradictorio, pero siempre regulado por la calle y sus leyes. En este sentido, un sistema uniforme en cuanto modelado funcional a la calle.

Pertenece este proceso a una dinámica cultural en cuanto los habitantes de la calle, como sujetos de historia y de sociedad, establecen relaciones de pertenencia con su entorno, y relaciones de manejo con otros entornos culturales; definen una manera de entender el mundo y la vida; establecen normatividad, axiología, una racionalidad que les es propia.

Una racionalidad que transita por la más simple y elemental cotidianidad; que se maneja por el más absoluto sentido común en el entendimiento y en el análisis de las cosas y de la realidad.

En este mundo el lenguaje oral no sólo es el eje de la comunicación, sino sobre todo, el eje que estructura la confianza, la certeza, la verdad, la relación con los demás, el sentir y el conocer. Es una cultura oral en medio de una cultura escrita. La palabra tiene valor y de algún modo ejerce poder, el poder de regular las relaciones. Vale porque es lo único que permite hacer la transacción de todo el mundo de la calle. Vale porque es lo único que puede sostener el establecimiento de la confianza (de ahí el desprecio a los *sapos*).

La palabra dice de un conocimiento del mundo que se ha procesado más por vía de la intuición y de las emociones, que del ejercicio de las facultades racionales, más por vía de la experiencia que del juego de las ideas. Por ello la palabra, más que nombrar, describe, pinta; es emoción y sentimiento.

La vida y sus acontecimientos no son la secuencia de causa-efecto. La vida y la realidad no son un siempre-movimiento-secuencial en línea de progreso. La vida es discontinua y la realidad que la surca un poco caprichosa. Hoy la sociedad se interesa por los niños de la calle, pero mañana puede matarlos. Dentro de un momento, tal vez se esté en un hospital o jugando en un parque. Las acciones y los sucesos son impulsos del momento. Pero no por ser del momento son arbitrarios. En la calle todos sus acontecimientos entran dentro de su ley. La calle tiene un guión que todos conocen, que regula y explica su devenir.

Este guión está en permanente cambio. Cambia porque debe adecuar constantemente sus mecanismos de defensa y de regulación. Cambia en cada presente porque en la calle es donde más rápidamente se perciben las resonancias de los ajustes y desajustes sociales. Cambia al ritmo acelerado de la calle, para responder a la fragilidad de la vida.

Evidentemente, la vida es allí más frágil que en otros espacios sociales. Por eso sus habitantes viven la vida *al diario*.

Tanta fragilidad y fugacidad pareciera necesitar una alta dosis de soporte religioso para no llegar a producir un estado permanente de angustia. Pero la calle es más laica que religiosa. Es como si para la calle no existiera escape; al fin y al cabo para la muerte tampoco lo hay. La vida de la calle es la vida sin artificios. Tan incierto es el futuro como el más allá. Lo religioso no estructura la vida cotidiana. Más que una actitud religiosa propiamente dicha, existen momentos religiosos e instancias de manipulación de lo religioso-mágico para buscar favores puntuales.

El bien y el mal no son valores absolutos, son relativos. Relativos a la necesidad y a la oportunidad. Más que bipolaridad en los valores, existe un *continuum* que va desde lo más a lo menos, pasando por infinitos matices. La vida es el movimiento entre varias posibilidades, todas reales, todas posibles, todas buenas/malas según el resultado logrado.

Esta polivalencia no se vive sin conflicto. El conflicto que provoca el manejar contradicciones respecto a la normatividad oficial hegemónica,

y respecto al bipolarismo ético de las instituciones que han dejado su huella en la calle.

Pero el conflicto no parece vivirse en condiciones de culpa. El conflicto se vive en cada circunstancia, y en ella misma se resuelve según el resultado. El discurso religioso no llega a ser protagonista en la generación de sentimientos de culpa o de alivio. El pecado como categoría prácticamente no existe en la calle. Esta obliga a una relectura de la formación religiosa recibida en la familia. Así, por ejemplo, particularmente en lo sexual, no es el pecado lo que define las pautas de comportamiento. La racionalidad ética y axiológica se inscriben en la lógica de la sobrevivencia y del hoy. ¿Para qué acumular méritos morales?

Del mismo modo, la racionalidad económica se estructura desde expectativas de corto plazo. Por ello es también una racionalidad de gasto más que de acumulación. Del uso inmediato para la satisfacción inmediata. La lógica nómada. La economía sexual funciona bajo la misma lógica.

Entonces, la calle transita por la historia como la historia del día. Esa historia que connota a sus habitantes, rehaciéndolos para incorporarlos a su naturaleza. Como si los reciclara.

III

LOS TRÁNSITOS DEL SEXO Y SU CIRCUNVALAR

Una circunvalar es una vía que se alimenta de muchas otras, pero las rodea porque va por los alrededores de la ciudad. Toma distancia de ésta; puede moverse a otra velocidad, no hay tantas reglas que respetar. Es una vía libre. Y es una vía rápida, sobre todo para los que la recorren de paso. Pero para otros es una vía que se queda con ellos.

Así es el sexo en la calle y el sexo de la calle. Ambos están allí, se encuentran, se retroalimentan, pero son distintos.

No hay otro punto de confluencia entre lo urbano sedentario y la calle, tan sintomático como el sexual.

De por sí la calle es funcional al ordenamiento urbano-sedentario como espacio físico y social de *drenaje*. En lo sexual la calle se ofrece como *punto de fuga* de la represión, de la apariencia, de las culpas. En el imaginario sexual urbano-sedentario es la posibilidad de vivir el reverso de la vida, el espacio donde es posible romper códigos y costumbres, transgredir límites, descotidianizarse. Donde se puede ser disfuncional sexual sin culpa y sin patologizaciones, ser polimorfo sexual, infiel o perverso. El

sexo en la calle es anónimo; puede darse el lujo de no tener identidad; ni la civil, ni la biológica, ni la cultural.

Este es el sexo para peatones; para quienes viniendo desde la sedentaridad formal, desembocan en esta circunvalar sexual para transitar por ella, bordeando la ciudad (léase su mundo cultural) por un momento, y luego regresar a sus cuatro paredes.

Para los habitantes de la calle la situación es distinta. La ley de la calle también va para lo sexual. El sexo tiene identidad, no es anónimo. Tiene su rutina y su escala de valores. Y si bien de cara a nosotros puede aparecer libertino, es un sin-permiso donde el que *faltonea* la paga.

LAS VERTIENTES DE LA SEXUALIDAD DE LOS DE LA CALLE

La vida sexual del joven de la calle tiene tres vertientes de donde se alimenta:

- La familia de origen

El común denominador en las familias populares, es que el sexo se concibe y se ejerce bajo las categorías de: machismo, miedo, pecado, incomunicación, subordinación de la mujer.

Es en este contexto familiar donde una gran mayoría de jóvenes ha tenido su iniciación sexual. En el caso particular de las mujeres, esta iniciación ha sido por lo general violenta. Según las hojas de vida de las jóvenes que pertenecieron al *Programa Nueva Vida-SOS*, en un 42% la primera relación sexual no fue voluntaria; por su temprana edad suponemos que en su gran mayoría ello ha ocurrido en las familias; sobre todo víctimas de los padrastros.

El imaginario central en esta vertiente familiar es el machismo.

- La institucional

Más del 90% de los jóvenes de la calle ha pasado por alguna institución, oficial o privada, o ambas, y de diverso tipo: de amparo, de rehabilitación, correccional, cárcel, de servicios educativos, y similares.

Por su naturaleza histórica, la institución parte de pretenderse asexual. El discurso sexual es, entonces, el de la negación de la sexualidad como realidad y como ejercicio. Lo sexual se maneja solamente en nivel de discurso teórico, como un esfuerzo más de ilustración que de formación. La información sexual como sustituto del ejercicio sexual.

No interesa entonces establecer convivencia mixta en las instituciones. Y cuando son programas mixtos, o programas femeninos, éstos están estructurados desde el imaginario masculino.

La institución educa en un *como si* el otro no existiera o pudiera existir también como objeto sexual, objeto de deseo; un *como si* que es su propia trampa. Las y los jóvenes de la calle refieren que su tránsito sexual en las instituciones, a más de diverso, estuvo obstinadamente presente (¿perversamente presente?) en las normas, en las fantasías, en los discursos pedagógicos, y en los pensamientos y actos de educadoras y educadores.

La institución no educa en la heterosexualidad (opción que se pregonaba), porque la considera *natural* e instintiva, y por lo mismo pretende que sus beneficiarios lo sean donde sólo la relación con otros del mismo sexo es lo posible.

La institución deviene entonces en imaginario homosexual masculino.

- La calle

En la calle se conjugan las anteriores, y se releen desde el imaginario masculino - machista que es el soporte de la lógica sexual y afectiva de ésta.

El ejercicio sexual en la calle, recibe toda aquella racionalidad de la que ya se ha hablado, y que hace que las y los jóvenes de la calle vivan su sexualidad al ritmo del día, con fugacidad, en condiciones de vulnerabilidad, al borde de la muerte, desde el reverso de lo oficial y de lo formal, haciendo del coito un acto de consumo de sobrevivencia.

ACTOS SEXUALES COLECTIVOS

En la calle la vida está organizada en dos modalidades gruesas: La *gallada*, que hace referencia a los grupos móviles de *gamines* o *ñeros* (me-

nores y jóvenes de la calle), y los asentamientos humanos (bajo puentes, en lotes abandonados o invadidos, y en zonas conocidas como *ollas*), donde establecen territorio y relaciones de vecindad entre sus subgrupos, y la comunidad de los alrededores. (En este texto me refiero sobre todo a experiencias con las *galladas*, puesto que la experiencia con los asentamientos humanos es incipiente).

La *gallada* es el núcleo inmediato de pertenencia de un o una menor o joven de la calle, y a su dinámica e intereses subordina sus comportamientos individuales. Cada individuo es libre dentro de su *gallada*, pero inscribe su libertad en el grupo.

Ya no habiendo jefes permanentes, como los había hace años, sino jefes circunstanciales, la cohesión la establece la dinámica misma del grupo. En lo sexual ocurre, por ejemplo, que si una muchacha pasa a ser pareja sucesiva de varios de la *gallada*, no hay conflicto, el que sí ocurre cuando pasa a ser pareja de alguien de otro grupo, y especialmente si es de otro tipo (grupo de delincuentes, por ejemplo).

Cuando por alguna razón una de las mujeres o uno de los menores de la *gallada* rompe la dinámica del grupo, los varones, droga de por medio — casi siempre marihuana — le hacen el *redoblón* o violación colectiva. Esto ocurre cuando se *essapo* o *delator*, *picado* u orgulloso, y cuando se *essano* (generalmente recién llegado). En el caso de los varones — cuando son menores de 13 años — ocurre también cuando son físicamente atractivos.

Este acto parece tener una función de castigo y como mecanismo de regulación para equilibrar la vida del grupo cuando su *orden* está siendo quebrantado por elementos como la traición, el orgullo, la novatada o la belleza. Pero puede ocurrir también cuando el grupo de jóvenes estimulados por la droga, busca el desfogue grupal con cualquiera de las chicas de la *gallada* o con otra de afuera. En este caso tiene otra connotación, no significa lo mismo para el grupo.

Vale indicar que para los ejecutantes del *redoblón*, hay un cierto reconocimiento por parte del grupo; a ninguno de ellos desprestigia el acto, excepto a la víctima, quien posteriormente sale de la *gallada*.

Similar al *redoblón* pero en otra perspectiva, encontramos el *cultive*, acto sexual colectivo resultado de un proceso de seducción, implícita en una actividad lúdica, generalmente juego de manos. Puede ocurrir entre varias muchachas y un muchacho, varios muchachos y una chica, o varios muchachos. Es un juego indiferenciado en cuanto a sexo y edad. Es un juego que incluso puede ser a la vista de la *gallada* u otros habitantes de la calle.

Se diferencia del *redoblón* porque en éste no hay juego sexual. Pero siendo ambos actos premeditados, en el *cultive* hay un cierto período durante el cual se *cultiva* a la víctima hasta que mediante engaño y entretención se llega al hecho. En este caso casi siempre la razón es la belleza. La víctima también sale del grupo.

¿HOMOSEXUALIDAD?

En los casos anteriores y en otros, el elemento homosexual es asumido como una práctica autónoma que no dice de conducta ni de identidad sexual homosexual. Más aún, esta práctica llega a reforzar el concepto de virilidad siempre y cuando quien realice el acto cumpla el papel penetrativo.

En la calle (y no solamente en ella, por cierto), la identidad sexual no se entiende como algo en construcción. Se nace con la identidad, y así el varón tenga relaciones con otro no deja de serlo en tanto cumpla el rol que lo identifica.

Pero si bien esta valoración es válida por principio al interior de la calle, se relativiza cuando el caso ocurre entre un menor o joven de la calle y alguien que no es de ella. En este caso ese alguien es tildado de *cacorro* (hombre al que le gustan los hombres, y puede ser activo o pasivo), así haya sido el activo. Sólo cuando alguien de la calle practica con frecuencia este tipo de relación sexual, se le califica en esta categoría. Como si fuese cosa de cantidad. En este caso y en el del que denominan *marica* (sólo *pasivo*), hay discriminación y en muy pocos casos tolerancia. Prácticamente no permanecen en la *gallada*, cosa que sí puede ocurrir con una

lesbiana *marimacha* —como se les llama— en la medida en que ésta puede ganarse el respeto de los demás por *dura*, por *macha*. Aún así tiene mayor aceptación la homosexualidad masculina que la femenina.

Esto nos remite al referente machista-masculino que existe en la calle. La mujer *marimacha* es competencia, que no el *marica* ni el *cacorro*. Estos están en evidente desventaja frente al resto de varones del grupo. El único arquetipo posible que organiza las relaciones y el *modus vivendi* de la calle es el masculino. Es el rol masculino, más que la identidad sexual masculina, el que establece y sostiene el ordenamiento de la calle. Si la lesbiana es *macha* puede tener su espacio.

EL PAPEL DEL FALO

Este modelo dominante se constituye alrededor del falo. Acaso más radicalmente que en otros sectores, la calle es falocéntrica. En la medida en que en la calle el acto sexual es más acto que relación, la función constitutiva del mismo la da el pene en cuanto que al acto sexual es fundamentalmente un acto de penetración. La vagina es como si fuese la metáfora del pene; es lo penetrable. Lo sexual es la vía que media de modo más expedito, el ejercicio de las relaciones de poder. Poder que sólo es real, vía la penetración. Penetrar es dominar. También es castigar (*redoblón*). Es afirmarse el varón como tal.

De este modo el acto sexual más que un ejercicio de todo el cuerpo, es un ejercicio del pene. Como si el cuerpo fuese percibido fraccionado. El cuerpo como tal no tiene un rol erótico. En lo sexual es el imaginario del pene el que estructura deseos y prácticas. La respuesta orgásmica de la mujer poco cuenta.

El pene en particular, y los genitales en general para varones y mujeres, frente al resto del cuerpo, dispensan bienestar, dispensan los placeres que permiten compensar los dolores que proporciona la vida, y que recibe el resto del cuerpo, las magulladuras de cada agresión. Esta disociación es más un mecanismo de defensa, que una concepción moral como en nuestro ámbito cultural.

Así, en lo genital, descansa la posibilidad del reconfortarse consigo mismo, y también ahí la posibilidad de dominio.

LA PAREJA

En esta lógica, la actividad sexual no necesariamente entra en la dinámica de generar vínculos ni relaciones, no se liga necesariamente a lo afectivo. En la calle se hace más patético el desinterés por vincular aspectos que bien pueden tener una realización autónoma, encontrándose como complementarios en algunos momentos de la vida. En la calle el sexo sin afecto no genera ninguna culpa.

De hecho la constitución de pareja no se define sobre la base de legalizar o legitimar la convivencia sexual, sino sobre el *aseguramiento* de una relación afectiva. La conquista es para ser pareja, no para tener sexo. Antes del proceso de enamoramiento se pudo haber tenido sexo sin que ello hubiera significado ningún tipo de vínculo ni compromiso.

En la calle el acto sexual conserva su carácter de necesidad biológica, regida sólo por la lógica del deseo y del placer.

El no estar estrechamente vinculado el sexo al amor, tampoco lo está a la fidelidad en tanto ésta entendida en relación directa a lo sexual. De este modo la fidelidad es más a la relación de pareja, a la relación afectiva que se ha establecido, que a lo sexual.

¿ En qué términos se establece entonces la relación de pareja?

La pareja de la calle se da como relación *más en intensidad que en duración*. Como todo lo de la calle. Una relación afectiva en la que por cierto las partes no parecen llegar con el mismo sentimiento o la misma necesidad. Por la manera como éstas procesan la ruptura, se nos indica que los varones establecen más un nexo afectivo, y las mujeres un nexo más sexual.

Es el varón quien más sufre con la ruptura, regresando, sintomáticamente a niveles de deterioro personal que seguramente había superado, por lo general, durante el período de pareja. Parece que el varón se enamora más del afecto mismo que de la mujer concreta. Como si con

este tipo de relación quisiera restituir el ciclo roto del cariño materno. Como si su pareja fuese una proyección de la madre, y en la transitoriedad de la vida de la calle, buscará, casi al escape en cada relación sucesiva, a contrapelo de la dinámica de la calle, la seguridad afectiva desarticulada en aquella temprana edad. La nueva ruptura pone de presente su desamparo y vulnerabilidad.

La ruptura confronta además su rol de macho dominante. La mujer puede conseguir otro hombre. La dominación tiene límites y la mujer muy bien los conoce.

La mujer en cambio, asimila la ruptura con mayor rapidez y menor duelo. Como si en la relación no se hubiera entregado a fondo. Tal vez por temor a fantasmas que prefiere no despertar. O tal vez la mujer conserva para sí un espacio de reconciliación con su género, permitiéndose, mediante la manipulación —no necesariamente deliberada— de lo sexual y afectivo, tomar revancha del varón, para demostrarle que puede ser vulnerable en la fuente misma desde donde construye su poder. Desde ahí también la mujer, no si sutileza, levanta una relación de poder.

Ahora bien, no quiere decir todo esto que la relación de la pareja en la calle no sea posible sino en estos términos, que pueden parecer si no patológicos, viciados. Si bien en parte lo dicho puede explicar la continua constitución—ruptura de pareja, no explica todo el fenómeno en sí. Cabe indudablemente en la calle, el encuentro amoroso, el encuentro de pareja que, independientemente de su duración, se estatuye frente a los demás como una relación de mutuo compromiso y cariño.

También la calle es un espacio para el amor, para el romance, para la conquista.

De hecho, el noviazgo como paso previo al establecimiento como pareja, sigue cuatro fases marcadas por la iniciativa del varón:

El muchacho empieza a acompañar a la chica en su rutina diaria. Va con ella en su itinerario, la orienta y la apoya. Así se va haciendo su protector.

Luego empieza a cubrirle sus necesidades: ropa, alimentación, salud, droga. Va estableciendo lazos de compromiso, de deuda...

Vienen entonces las exigencias de correspondencia. Esta es una fase un poco conflictiva. Es la de definir en qué términos deben entenderse los roles de cada uno de los dos.

Si la chica ha aceptado, se comprometen y definen términos de la relación, las responsabilidades y los proyectos. Ya como pareja empiezan a vivir juntos, y así son reconocidos por los demás. Ahora la mujer ya es exclusiva. Los celos rondan la relación. Ahora lo sexual (que lo pudo haber habido antes sin obligación alguna), fortalece el compromiso. La señal de que se ha constituido pareja son los *chupados* o marcas en los cuellos de ambos, fruto de la primera relación sexual como pareja.

LA MUJER

A todas estas vale señalar que el rol de la mujer se juega en un doble frente, el sexual y el social, por decirlo así.

En la vida cotidiana la sobrevivencia de la mujer esta mediada por el varón. Es éste quien se la garantiza. Por eso aparece que la mujer no se plantee retos propios para la vida. (Se adscribe al hombre más por comodidad que por sometimiento). El varón en cambio sí establece propósitos, aunque sean tan vagos como los de *salir adelante*. La sobrevivencia depende de él mismo. Visto así, la mujer es una subordinada en la vida social de la *gallada*.

Pero no en lo sexual, aunque parezca lo contrario. Mientras la mujer no esté comprometida, maneja su libertad a discreción de sus propias decisiones. No sostiene relaciones sexuales con cualquiera sino con quien quiera. Elige y seduce. Sabe que es dispensadora de placer, y no teniendo mucha competencia por el poco número relativo de mujeres de la calle, puede manejar ciertas reglas de juego. Sabe que no las tiene todas consigo pero apuesta. El conflicto no está ausente. Los varones reaccionan. Estos incluso, mediante el *redoblón*, pueden buscar someterla por *picada*.

Aún en la vida de pareja, la mujer puede manejar ciertas libertades a sabiendas de que no es difícil conseguir nuevo marido. Los varones sobran.

La relación varón-mujer es en la calle bastante conflictiva. Aparece como una lucha permanente de dominación-insubordinación porque la mujer, sabiéndose escasa y necesaria, resiste a subordinarse, y ni el varón ni las leyes de la calle quieren admitirlo. Tal vez les cueste reconocer que a comparación de años anteriores, la mujer de la calle evidentemente ha ido reivindicándose.

Para insistir en el punto, me parece importante referir el sentido de apropiación que la *gallada* maneja respecto a la mujer y a la prostitución.

Habiéndose dado en años anteriores una relación más o menos fluida entre niños y jóvenes de la calle y las prostitutas (había menos mujeres en los grupos), ahora la relación es distante. Cuando una de las chicas del grupo pasa a ser prostituta, es inmediatamente rechazada y hasta puede ser agredida. El grupo siente que ha sido *faltoniado*, traicionado. Tal vez siente peligrar su estabilidad al ir perdiendo integrantes femeninas por una ruta que por cercana a la calle, debe ser bloqueada mediante su condena.

Pero deja abierta una pequeña posibilidad que no lleva a romper con el grupo: las chicas pueden hacer *ratos* (prostitución eventual) para conseguir dinero para una necesidad puntual.

La verdad es que al final, una alta proporción de las mujeres de la calle termina en la prostitución. Sus clientes más asiduos indudablemente no serán sus antiguos compañeros, y no porque falte dinero. Son dos mundos que ya no parecen necesitarse como antes.

Otro aspecto importante de señalar en relación con la mujer de la calle, es el de la maternidad, del que vale resaltar tres aspectos:

En primer lugar en la maternidad hay mucho de opción. En un consultorio médico para atención a los pobladores de la calle, cada vez son más los casos de chicas que se acercan para solicitar la remoción de los DIU, a fin de quedar embarazadas en un momento escogido. Este dato

nos indica además, que entre esta población ya se vienen dando prácticas de planificación, quedando éstas prácticamente en manos de la mujer, ya que los varones presentan todavía alta resistencia al uso del preservativo o de otros métodos. Entonces, podría decirse que cada vez son menos los embarazos no deseados entre la población de la calle.

En segundo lugar, el hijo se convierte para la madre en una fuerte motivación para *salir adelante*, en una razón para luchar en la vida. Esto significa que empieza a valorar muchos aspectos que tocan son su salud, al menos durante una temporada significativa.

Y en tercer lugar, a partir de más o menos un año de vida, el hijo empieza a ser encargado al grupo para su cuidado. La madre empieza a delegar en sus compañeros —así viva con el padre de su hijo— algunas de sus responsabilidades. El grupo asume a los niños como parte de su responsabilidad general. Pero la madre nunca renuncia a la suya, lo que sí ocurre frecuentemente con los padres. Estos finalmente terminan desentendiéndose.

EL LENGUAJE PARA LO SEXUAL

Para finalizar este capítulo, se hace importante referir brevemente el lenguaje verbal de la calle referido a lo sexual, el mismo que tiene una alta carga emotiva, como ocurre también entre varios sectores populares.

En la cultura oral de la calle, como ya se ha dicho, el lenguaje es ante todo gráfico, descriptivo. En este sentido mueve a la persona emocionalmente. En el terreno de lo sexual esta característica se subraya. El lenguaje, tomando comparaciones de toda índole (alimentos, animales, objetos inanimados, etc.), pinta imágenes que, además de nombrar involucra reacciones emocionales y sensoriales, porque en lo sexual no se puede estar neutral.

El lenguaje científico va al intelecto. Como lenguaje aséptico y esterilizado no puede decir nada a los jóvenes de la calle (tampoco a otros). Ellos de hecho ya manejan esa información, pero no les es útil. Para ellos el lenguaje científico deviene en eufemismo. En su lenguaje, las palabras

para denotar lo sexual más que ocultar, pretenden resaltar, y de mil maneras y nombres, lo que por tantas otras vías se oculta o distorsiona.

Así la calle, desde esa periferia humana y cultural, que anda metida tan en el centro de la ciudad y de lo urbano, nos ofrece la posibilidad de transitar por sus vías para reconocer en su otra mirada del mundo, otras posibilidades de acceder a la vida. No para convencernos de nada. Pero si hemos dejado de ser peatones oportunistas, es suficiente. Entonces podremos ir por la circunvalar a la velocidad de la vida.

CONCLUYENDO

La actividad sexual de la calle es como un acto de libertad, ejercido como un logro de la sobrevivencia, arrancado a la posibilidad de la muerte cercana.

Este conjunto simbólico marca definitivamente el sexo en la calle.

El sexo, por estar en aquel especial lugar de la existencia, permite desde ahí reconciliar a los y las jóvenes de la calle con ese impulso de vida que, no por agreste y acelerado, deja de proporcionar placer y gratificación. Es el último rincón desde el que cada uno puede extraer satisfacción de sí mismo, sintiendo la vida y sintiéndose posibilidad de vida. Es el rincón de la resistencia a la muerte.

El sexo en la calle es un acto eminentemente egoísta, pero no en el sentido peyorativo. Vale entenderlo como un canto al egoísmo, al derecho a serlo. Entenderlo no como el desencuentro del *yo* para el encuentro del *otro* (no puede haber un encuentro sobre un desencuentro), sino como que el *otro* es un *yo* que también accede al sexo desde su interés y necesidad específica. En el sexo el varón busca identificarse, la mujer encontrarse. El encuentro sexual no funde al uno en el otro, es un encuentro de dos individualidades. La práctica sexual de la calle confronta el predicamento cristiano de las instituciones que por ella han pasado, en el sentido de que el *yo* se debe al *otro*.

La calle, como gran transgresora, nos pone de presente, tal vez con demasiada contundencia, pero con una certeza atávica que guardamos todos en la libido sexual, que el sexo copulativo vale también por sí mismo. En la calle se exorciza la culpa de copular por el simple gusto de hacerlo.

Sin embargo, en esta misma dinámica reside su límite. Muere en el mismo acto. La cópula queda cercada por lo instantáneo, por lo inmediato, por la satisfacción ya lograda. Al finalizar, queda muy poco que pueda sostener el sexo como relación, por lo tanto como mañana. La reivindicación del hoy es su propia trampa.

Pero por lo pronto los y las jóvenes de la calle no pueden apostar a más. El establecimiento social tiene cercadas las posibilidades que puede ofrecer la calle. En los sueños de futuro los pobladores de la calle no son soñados. Por eso la posibilidad de morir de SIDA dentro de 5 años, en absoluto preocupa a un joven de la calle, cuando la posibilidad de morir de un balazo es inmediata.

La zancadilla a nuestra sedentariedad urbana y a nuestra urbanidad está puesta. La calle también va con nosotros; no sólo cuando es nuestra cómplice en noches de escapada (¡siempre de noche!). Va porque tenemos muchas cosas comunes, muchas diferencias, y en otras tantas nos reivindica. Va porque nos interpela.

ALGUNOS DATOS COMPLEMENTARIOS

De un estudio llevado a cabo en 1993, de las hojas de vida, y de una encuesta anexa que el Programa Nueva Vida-SOS aplicó a las y los jóvenes participantes de sus actividades, me permito referir la siguiente información sobre 42 varones entre 14 y 35 años, y 19 mujeres entre 14 y 22 años:

PREGUNTAS	% VARONES	% MUJERES
ACTUALMENTE TIENE RELACIONES SEXUALES?		
SI	95.3	100
NO	4.7	
LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL FUE		
VOLUNTARIA	81	57.9
NO VOLUNTARIA	19	42.1
EDAD PRIMERA RELACIÓN		
4 A 5 AÑOS	5	
7 A 11 AÑOS	42	21.1
12 A 15 AÑOS	42	63.1
16 A 17 AÑOS	5	15.8
NO RESPONDEN	6	
POR QUÉ TUVO LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL?		
CURIOSIDAD	33.3	10.5
AMOR	21.4	31.5
VIOLACIÓN	19	42.1
PLACER	14.3	5.3
OTROS	12	10.6

BIBLIOGRAFÍA

CHILDHOPE, Programa Nueva Vida-SOS, Asociación Salud con Prevención, La Bergerie, **Jóvenes de la calle de Bogotá, derecho a la salud y prevención del VIH/SIDA. Un estudio cualitativo con jóvenes del Programa Nueva Vida-SOS.** Bogotá, 1992.

VARIOS. **Hacia la construcción de un marco teórico para la investigación de la lógica popular.** Revista Aportes 24/25. Dimensión Educativa. Bogotá, s.f.

ZÁRATE, María Antonia. **Cultura de la calle, una interpretación desde lo urbano.** Documento Programa Nueva Vida-SOS. Bogotá, 1992.

DINÁMICA
SOCIAL DE LOS GAMINES
EN SANTA FE DE BOGOTÁ,
ENTRE 1970 Y 1996

JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ

A MARVIN

Y WENDY

INDICE

Presentación	123
I. ¿Quiénes son los gaminés?	125
II. Análisis de la problemática de los gaminés en los últimos 25 años en Santa Fe de Bogotá	131
A. La vida de la calle entre 1970 y 1980	134
B. La vida de la calle entre 1980 y 1990	143
C. La vida de la calle entre 1990 y 1996	150
III. Las instituciones en los años 90	159
IV. Estado y gaminismo	165
V. Propuestas para abordar el problema del gaminismo para el Siglo XXI	167
Bibliografía	175

PRESENTACIÓN

El niño de la calle es un personaje que desde hace más de 300 años, ha estado al lado de nuestra historia.

Justamente ha estado al lado de esa historia que por *oficial*, no siempre da cuenta de todos aquellos sucesos y de todos aquellos personajes que también han tenido presencia y han dejado *historia* desde la calle.

Los niños de la calle, a quienes durante este siglo hemos reconocido con el nombre de **Gamines**, han estado a nuestro lado, con sus travesuras, con sus miedos, con las angustias que producen, con las cientos de obras de caridad que en su nombre se han hecho. Han estado y han ido permaneciendo en las calles de la ciudad, a pesar de las cientos de instituciones y de programas creados para atenderlos. Hacen parte de la ciudad como nosotros, como nuestros automóviles, como nuestros huecos. Hacen parte de una ciudad que los ha ido retroalimentando también de intolerancia, de desidia, de amenaza. Una ciudad que hoy se refleja en el *gamín* actual (*ñero*), que nos evidencia una ciudad deshumanizada.

Ciudad y *gamín* han andado juntos y por eso se parecen tanto. Recuperar la historia de esta complicidad es una larga tarea, pero indudablemente necesaria. Recuperar la historia de la ciudad desde la calle sería un reto de largo alcance.

Por la calle transcurre una tradición subcultural que viene construyéndose con frío, con hambre, con travesuras y sueños; una tradición que ha sido la instancia socializadora de todos aquellos que, por diversas circunstancias van llegando a la calle.

Esta tradición ha ido tomando características propias en cada época histórica. Sin embargo en esta oportunidad vamos a centrarnos solamente en las últimas décadas.

El criterio de agrupar estas dinámicas por décadas, es más por sentido práctico que porque correspondan coincidentemente con coyunturas históricas significativas. Se trata más bien de hacer un breve recorrido cronológico que nos permita percibir estos últimos años como un proceso continuo de desarrollo de un fenómeno de largos años.

Por lo pronto, y tal vez para ir dando un primer paso en este propósito, en esta oportunidad se dará cuenta de los últimos 25 años, analizando ante todo en qué se ha caracterizado la dinámica de la vida de los *gamines* en estas décadas.

Esta realidad, en crecimiento permanente, viene exigiendo a la ciudad una solución, al menos unas alternativas sociales que permitan a esta población, hacer parte activa del propósito de construir una ciudad más vivible y más justa para todos.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento al padre Camilo Castrillón por su apoyo para la edición del presente texto.

L

¿QUIENES SON LOS GAMINES?

Niños y jóvenes de la calle han habido en Santa Fe de Bogotá desde hace más de 300 años, como nos lo dicen algunas referencias de crónicas y periódicos de finales del Siglo XVIII. Por ellas sabemos que en 1774 el virrey Manuel de Guirior abrió un hospicio, el Hospicio Real, para albergar a los niños expósitos, hijos, entre otras, de mujeres que vagaban por las calles (Ortega 1972).

Estos, que eran conocidos con el apelativo de *chinos de la calle*, empezaron a ser llamados *gamines* a partir de 1884, como lo refiere un artículo de Alberto Urdaneta en el *Papel Periódico Ilustrado* de aquel entonces (1884, 76). Hacia los años de 1970 también fueron llamados *ñeros*, apócope de compañero, y en los años 80 el apelativo de *desechables* se agregó como un nombre que mostraba la actitud del resto de la sociedad para con ellos.

Durante todos estos años, han cumplido distintos oficios y realizado múltiples tareas para garantizar su subsistencia. Han sido limosneros, limpiabotas, vendedores de prensa, voceadores de rutas de buses, vendedores de dulces, carteristas, cantantes de bus, limpiadores de chimeneas. Y para

mitigar el hambre, el frío o la soledad han consumido cigarrillo, chicha, gasolina, pastillas (Roxel), marihuana, pegante (sustancia industrial empleada para pegar objetos y materiales diversos), basuco (basura de cocaína).

También durante estos años ha crecido su número. En 1789 en el Hospicio Real habían 47 (Ortega 1972). Hoy en una sola institución (de las 45 que se calculan actualmente), IDIPRON, se atiende a cerca de 3.000. Afuera, en las calles pueden haber tal vez 10.000 niños, jóvenes y adultos de la calle, de ambos sexos y de todas las edades.

Pero si los *gamines* están desde hace tantos años en nuestra ciudad, es porque ellos también tienen una historia, han tenido un origen, una o muchas causas que los condujeron a la calle. En 1907, por ejemplo, Julian Páez, refiriéndose a los *chinos de la calle* que eran emboladores o lustrabotas, decía:

“¿En dónde nace el chino, quiénes son sus padres? Nadie lo sabe; él mismo lo ignora; quizá en un cuchitril sucio y desmantelado, quizá en los negros calabozos de una prisión, lo arrojó su madre sobre el mundo (...). Pasó presto su vida de lactancia y cuna, porque presto pasa todo para él; apenas pudo posarse sobre el suelo su pierna endeble y vacilante cuando la madre, urgida por las angustiosas necesidades del vivir, en tanto que iba al mercado, a la fuente pública, o a servir por días en la casa donde se hallaba concertada, dejaba abandonado y solo, al chiquitín, sufriendo las crueldades del hambre, del silencio y de la oscuridad”... (1907, 61). Y así, Páez va describiendo cómo aquel *chino* entra a trabajar como *mandadero*, hasta que un día cansado de los golpes y de las hambres, se fuga con un billete.

En su andar, pasa por el Parque Santander y allí se queda. Un grupo de *chinos* lo ha aceptado como uno de ellos.

En 1918, una crónica de la Revista Cromos hablaba de ellos diciendo que “son ellos los hijos del vicio, del arroyo, de la bestia humana. Nacen en la sombra, crecen en el desamparo y, en la calle, en la ciudad, en la vida, vienen a ser -ya lo dijo Dicenta- como esas piedrezuelas de los caminos a las cuales les dan con el pie para que rueden...” (Nº 118, junio 15, 1918).

De este modo entonces, se entiende por *gamín* o niño/joven de la calle:

“A aquel que ha roto total o parcialmente los vínculos con su familia y que ha adoptado la calle, como su medio sociocultural y de sobrevivencia, permaneciendo día y noche en la calle, conformando galladas y parches, y asumiendo diferentes niveles de peligro físico y/o moral, y problemas de conducta que se manifiestan en actividades como: vagancia, mendicidad, robo, y consumo de sustancias psicoactivas”. (Lozano, 1991, 3). Y así, a lo largo de todos estos años, los diagnósticos han apuntado a una serie de variables que se asocian directamente, a la pobreza y a la marginalidad en la que viven sus familias de origen.

Virginia Gutiérrez de Pineda, en su texto ya clásico (1978) sobre los *gamines*, hace una interesante referencia de causas lejanas del fenómeno de los niños de la calle. Trae a cuento el cómo en la zona oriental colombiana y en la de influjo africano, muchos niños *ilegítimos*, y muchos hijos nacidos de las relaciones de los terratenientes y hacendados, con sus sirvientas o con indígenas, al amparo de una tributación sexual que se consideraba válida en la época, llegaban a la calle. Se presentaban también relaciones con los padres, sin mayores implicaciones de compromisos legales o estables. Este *madresolterismo* fue un factor importante en la explicación del origen de niños callejeros. El hijo debía autovalerse precozmente mediante tareas y labores, por lo general en el ambiente callejero.

En la zona antioqueña y cafetera, la tradición de tener hijos numerosos llevaba a que a veces, familias de bajos recursos obligara a los menores a *buscarse la vida* tempranamente, por lo general en otros territorios a los que iba en búsqueda animado por el mito aventurero. En todo caso, las fuentes laborales no siempre podían absorber estas manos de obra, o lo hacían temporalmente, quedando muchos jóvenes en vagancia. “Entonces contingentes pueblerinos de jóvenes vagos, saturan periódicamente esta sociedad, produciendo en cada generación imágenes infractoras juveniles casi infantiles de común ocurrencia.

“De este modo o en otro, las ciudades de cada región fueron produciendo grupos de muchachos que dada la estructura familiar y el proceso económico del momento, o se incorporaban normativamente sin mayores traumas, o quedaban flotando como unidades asimiladas a las categorías de gamines de hoy y que, en su

dinámica, viraban hacia un acontecer divergente tal como ocurre actualmente". (Gutiérrez de P, 1978, 36).

Otro factor incidente, ya para épocas más recientes, es el de la calidad de vivienda en los barrios populares y en zonas de inquilinato, en donde la calle, dadas las limitaciones de espacio en las viviendas se convierte en alternativa para los juegos y para estar durante el día. A esta situación se agrega la generada por las dobles jornadas escolares, que dejan a los menores con un amplio tiempo de ocio que es ocupado en actividades de calle en el barrio.

Esta situación se agrava cuando la unidad familiar está incompleta y la madre trabaja jornada completa fuera del hogar. Los hijos quedan con menores posibilidades de control, más disponibles para la franca vagancia.

Así, poco a poco el menor va ganando apropiación del espacio circunvecino, y paulatinamente va extendiendo su radio de reconocimiento y exploración. Desde esta dinámica, va rompiendo los lazos cotidianos con el hogar.

Este proceso lo hace el menor junto con otros pares, y en él se van involucrando acciones de *depredación* incipiente contra el vecindario que, de ser esporádicas se convierten en sistema de sobrevivencia. El terreno de acción se va ampliando. Así, va llegando a otros barrios y en ellos, va llegando a la interrelación con otros grupos similares. Luego el salto a las calles centrales y su vinculación a grupos de la zona, es un proceso relativamente sencillo.

Esto no significa que se rompa definitivamente con la familia. Todos los estudios (Gutiérrez de Pineda, Granados, Muñoz, Pachón) coinciden en afirmar que la mayoría de los *gamines*, no han roto totalmente con sus hogares.

Marcos Granados introduce en su texto un análisis estructural que merece retomarse, como contexto de la problemática que nos ocupa:

"Dada la inconcordancia que existe entre el proceso de urbanización y el de industrialización en Colombia, se presentan una serie de desequilibrios no sólo en

cuanto a la localización de las fuentes de empleo, sino de los servicios institucionales del Estado (educación, nutrición, salud y vivienda).

"Por otra parte, y en el medio rural suburbano, la carencia de estos servicios unido al impacto producido por los medios de comunicación masiva, crean expectativas, las cuales dan como resultado el fenómeno (...). Por lo tanto, la supervivencia del migrante es condicionada por ambientes socioeconómicos "marginales", es decir, que debe vivir en calidad de agregado a la ciudad, sin poder disfrutar de algunos de los elementos mínimos que necesita el ser humano para llevar una forma de vida equilibrada a las exigencias que afronta". (1974, 15).

Por otra parte, Virginia Gutiérrez de Pineda congrega las diversas variables en tres motivaciones que llevan a un menor a vivir en la calle:

"a. Condiciones peculiares de la personalidad del niño.

"b. Un ambiente familiar indeseado, con cobertura mínima de necesidades vitales de sobrevivencia y de seguridad psíquica afectiva. Ambos factores constituyen un trasfondo peculiar a manera de causas mediatas que se van acumulando en la experiencia infantil cotidiana, provocando en él una frustración permanente.

"c. Una causa inmediata que aparece como razón desencadenante de la situación gestada, estímulo final que precipita su huida." (1978, 38). Con relación con la segunda motivación, la autora trae a cuenta situaciones como:

"Sucesivas uniones de la madre, frustrantes relaciones fraternales, castigos excesivos, trabajo infantil extenuante y poco retributivo, consumo habitual y extralimitado de alcohol del progenitor o de éste y la madre, relaciones progénitofiliales traumáticas e interconyugales de idéntica calidad, pobreza generalizada en la familia, bajo nivel ocupacional de los progenitores y falta de apoyo moral al menor en el ambiente de su grupo familiar".

El trabajo de Granados, ofrece para el *gamín* bogotano un panorama cuantificado de las causas inmediatas de su salida. *"El fuerte castigo corporal, ocupa más de la mitad de las razones que estimulan la fuga, y jerarquía secundaria, el ser expulsado del hogar por sus padres". (39).*

"Otros tipos de gamines en transición o de índole mixta, son los trabajadores callejeros, conformados por los ayudantes familiares o los que trabajan independientemente. En sí y en un momento dado, no son gamines pero su actividad

callejera, colabora a familiarizarlos con su transcurrir y los habilita en actividades paralelas e infractoras de ocasión, o para convertirse en elementos que colaboran con personalidades delictivas. Tampoco es forzoso asegurar que los entren en la corriente del gaminismo". (37).

Por lo general, la salida a la calle no es abrupta. Primeramente hay un período que se ha denominado de *pregaminismo*, en el cual el menor va rompiendo poco a poco con su familia, con cada vez mayores temporadas de estadía en la calle, tanto en su propio barrio como en el centro de la ciudad. Luego se integra a la dinámica callejera como *gamín*. Luego es *largo* (Joven adulto), cuando más allá de la mayoría de edad, adopta características más cercanas al mundo de la delincuencia, y hace mayor uso de sustancias psicoactivas. En este proceso de calle, el menor recorrerá varias instituciones, como usuario y beneficiario, por cortos o por largos períodos, de los servicios que ofrecen. Los *largos* quedarán excluidos de la mayoría de éstos beneficios, excepto de los que se ofrecen en los programas que tienen servicios puntuales y diarios, a través de los llamados *patios*, sitios de estar durante el día.

"Los gaminos son aquellos muchachos que pasan las 24 horas del día en la calle vagabundeando, pidiendo limosna o robando. Durmiendo apiñuscados a la intemperie, cubiertos con cartones y periódicos, buscan resolver el problema del frío. Vagan en grupos llamados galladas y se caracterizan por el argot o jerga que usan. Generalmente llevan ropa ancha y andrajosa; en ella esconden lo que roban y con ella provocan la caridad pública (y a la vez el miedo de la gente). (...)

"El gamín es un muchacho que trata de dar una respuesta a la situación de pobreza y desamparo afectivo en que ha vivido, independizándose. En el fondo éste es un gesto de superación. Entre una miseria sin libertad como la que han vivido en su pseudo-hogar, y una miseria con libertad como se vive en la calle, el muchacho ha optado por lo segundo". (Nicoló, s.f., 31).

Así, por la calle, transcurre una historia que es como el reverso de la ciudad.

II.

ANÁLISIS DE LA PROBLEMÁTICA DE LOS GAMINES EN LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS EN SANTA FE DE BOGOTÁ

La Momia es tremendo acelerado y empieza a aplicarla en la camada cuando todos estamos achantados. Entonces a uno le da la rabonada y le dan ganas de darle materile.

¡Pero que va! la gallada se rebota y le dicen a uno: ¡No gapa, a la final ese man es severo cirilo!

A. LA VIDA EN LA CALLE ENTRE 1970 Y 1980

La década entre el 70 y el 80 puede caracterizarse por el enorme protagonismo tenido por el movimiento social, en la escena política del país. La década se abrió trayendo de los 60 la convulsión juvenil y estudiantil que, desde el 68 en París, se extendió por todo el hemisferio occidental (aún dentro de países del este) con toda aquella reivindicación que

no por haber sido generacional, no dejó de tener significaciones sociopolíticas grandes en el devenir de los movimientos sociales.

En Colombia el movimiento juvenil tuvo ante todo desarrollo en el espacio estudiantil (bachillerato y universidad), en torno a reivindicaciones de tipo académico y político. En el año 1972 los estudiantes se levantaron en torno a un *Programa Mínimo* que aunque no logró más que resultados concretos, logró canalizar con bastante organización, la voz de los estudiantes a nivel nacional.

Otro grupo de jóvenes, que necesariamente no se excluían de la participación en el movimiento estudiantil, pero tomaba su distancia, caminó por el mundo del *hipismo* y de todo lo que en torno a él se levantó como filosofía de la vida. Dadas las características de nuestro país en aquella coyuntura, junto al movimiento estudiantil se levantó también el movimiento campesino y el movimiento poblacional en los barrios periféricos y en pequeños y medianos municipios. Las marchas campesinas, las tomas de tierra bajo la consigna *tierra para el que la trabaja*, dieron cuenta del cuestionamiento a una reforma agraria (1968) que no estaba cambiando las reglas de juego, como era el propósito. El sonado debate en el Congreso del caso Fadul y Peñalosa y José Ignacio Vives, fue telón de fondo de lo que la reforma agraria de Lleras Restrepo no tenía de reforma. Por su parte el movimiento poblacional posicionó su presencia a través de los cientos de paros cívicos que en todo el país, brotaron para protestar contra los malos servicios públicos, contra los desalojos urbanos, etc.

Paralelo a estos escenarios de carácter cívico, el movimiento guerrillero siguió su crecimiento y desarrollo, retroalimentándose en todo caso, de la ebullición en la que se encontraba el país. En el 74 el *Movimiento 19 de Abril* fue otro grupo guerrillero más que se sumó a los ya existentes *Ejército de Liberación Nacional*, a las *Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia*, y al *Ejército Popular de Liberación*.

De otro lado, vale la pena reseñar también dentro de éste período, el trabajo realizado por amplios sectores de la Iglesia Católica, a la luz del caso del padre Camilo Torres (1966), de los documentos de la Conferen-

cia Episcopal de Medellín (1968), y de la *Teología de la Liberación*. Podría hablarse de un movimiento de compromiso político de carácter cristiano, que tuvo su expresión, por ejemplo, en las llamadas *Comunidades de Base*, de gran influencia entre sectores campesinos y barriales.

Hacia finales de la década, y bajo el gobierno del presidente Turbay Ayala, se inició un período de respuesta bastante represiva, a las demandas sociales y a las acciones de la guerrilla, equiparándose ambas en similar tratamiento, a la luz de lo que se llamó el Estatuto de Seguridad. La violación de los derechos humanos fue casi sistemática, si nos atenemos a los cientos de pronunciamientos y denuncias de organismos nacionales e internacionales sobre el tema.

Los *gamines* de Bogotá indudablemente, no estaban por fuera de este contexto brevemente reseñado. Hacían parte de él como víctimas la mayoría de las veces. Fruto de esta coyuntura muchos niños alimentaron la calle, por orfandad, por abandono, por la crisis social, económica o política que tocó la puerta de muchos hogares. Veamos cómo era la calle en aquella época.

“La calle es una fiesta”.
(P. Irenarco Ardila. IDIPRON.)

La década de los 70, como se reseñaba, fue una década agitada tanto a nivel internacional como nacional, y en gran medida renovadora. Así mismo ésta es vivida por los *gamines* como una época marcada también, en cierto modo, por un halo romántico y renovador.

El *gamín*, tuvo en la época una imagen jovial, vinculada al concepto de aventura, a picardía, a espíritu de grupo (*gallada*), que a pesar de las penurias, expresaba cierta alegría en sus desplazamientos por la ciudad. Por lo mismo, la actitud ciudadana era más benévola, de más apoyo y comprensión.

Los autores de *Musarañas*, texto que recoge gran parte del proceso de la calle y explica el proceso institucional del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y de la Juventud, IDIPRON, entre muchas otras traen a cuento historias como la siguiente, que nos ilustran acerca de las muchas (travesuras) vividas en la calle:

"Las galladas se alegran si ven venir a una muchacha, pasan corriendo y le levantan las faldas, se tiran al suelo como dormidos y al cruzar la señorita, ruedan hasta quedarle enredados entre las piernas. Se divierten atacando a las damas al descuido para tocarles los senos. Una niña, tendría los dieciséis años, se sintió ofendida y le dijo al muchacho que se le reía adelante después de una travesura: ¡mocososo, vaya a una escuela y aprenda educación!. Bueno hembra, pero si usted es mi maestra!. Respuestas así terminan cualquier diálogo". (88).

El proceso de socialización de un menor en la calle, llevaba más tiempo y era un proceso que ciertamente iba pasando por pequeñas travesuras de aprendizaje. El proceso se iniciaba en el barrio como etapa de *pre-gamín*, para luego ser *gamín* en el centro de la ciudad o en otros barrios, y finalizar su proceso (si no moría antes o era rehabilitado por una institución), como delincuente, generalmente de poca monta.

Cuando el menor empezaba a ser *gamín*, era acogido en una *camada*, grupo con el cual dormía y establecía especiales lazos afectivos y sociales, que le servían de puente a su incorporación a posteriores grupos o *galladas*. La *camada* por lo general, se subdividía en varias *galladas* para las actividades del día. La vida de la *camada* establecía en sus integrantes vínculos fraternales tan estrechos que, en muchas ocasiones, muchos de ellos se refieran a un compañero de *camada* como *hermano de calle*.

En la *camada* se duerme al estilo militar, sobre periódicos y cartones, acostándose en círculo, cada uno acostado sobre la pierna del anterior, cubriéndose con cartones, plásticos y cobijas viejas. Cuando la *camada* se hacía en un lote baldío, se hacían pequeñas chozas de latas y cartones. Pero en general no se acostumbraba hacerlas en un sitio fijo.

En 1972, Marco Granados identificó 53 *camadas*, de las cuales 40 estaban ubicadas en el centro de la ciudad; 36 durmiendo en andenes y 11 en lotes abandonados. Todas sumaban un total de 2.241 gamines.

La absoluta mayoría eran varones, ya que las niñas salían en menor proporción a la calle, y la mayoría de las que salían eran rápidamente absorbidas por instituciones y fundaciones, o por la prostitución.. Esto explica que en un buen porcentaje los menores eran objeto de abuso sexual por sus compañeros. Era frecuente lo que se llamaba *la cirugía*, que consistía en aprovechar cuando un menor dormía, para cortarle el pantalón con un bisturí y abusar de él.

Los jóvenes mayores de 18 años y los adultos a quienes se les denomina *largos*, por lo general se refugiaban en lotes baldíos y lugares similares, cuando no era que por haber ingresado en el mundo delincriminal (en la época lo más frecuente era ser *apartamentero*), se alejaba de la dinámica *gamín*.

Las *galladas*, que se ubicaban preferentemente en el centro de la ciudad, en San Victorino y en Chapinero (habían también pequeños grupos en Antonio Nariño, las Ferias, Avda El Dorado, La Concordia, Las Cruces, etc.), podían estar compuestas por 20 o 30 menores y jóvenes, siendo éstas, por lo general, un grupo cerrado, y en gran medida, esquivo a agentes externos, con resistencia particular a los medios de comunicación.

No se tienen datos estadísticos sobre cuántos *gamines* menores de 18 años, habían en las calles de la capital, en los años 70. Sólo contamos con los datos del investigador Marcos Granados, quien para 1972 señala que habían 4.790 *gamines*, habiendo encontrado que 2.549 se hallaban en instituciones (Granados 1972). Para 1975 el periódico (mensual) *El Comercio*, del mes de octubre, en la página 8, plantea que en la Bogotá de 5 millones, habían 5.000 *gamines*. De éstos, estaban 500 en la *Arcadia*, 1.000 en la Florida y 300 en Bosconia, todos ellos programas de IDIPRON.

Las *galladas* se centraban en torno a un jefe al que se le llamaba *perro* (por lo de vigilante). Este lo era ante todo por su capacidad de iniciativa y

de decisión, más que por ser el más grande, aunque éste factor también contaba. Aparte del jefe, en el grupo se encontraban los *chinchés* que eran los más pequeños, y los utilizados para pedir limosna y pequeños robos; estaban los *largos*, los *coicos* o recién llegados y a quienes se asignaban tareas *domésticas*, como conseguir cartones, agua, leña, etc. Y no faltaban los *jilipos* o los tontos.

La dinámica en la calle en la época, se caracterizaba por cuanto giraba en torno a la *gallada*, que además, daba identidad y sentido de pertenencia a sus miembros, no sólo por el nombre con el que era conocido el grupo, sino porque dicho grupo se constituía en una "unidad familiar" en la que se tejían o restablecían importantes lazos afectivos que, en definitiva, hacían posible vivir la calle con menos sobresaltos.

Las *galladas* por lo general, se reconocían por la referencia del lugar donde operaba. De la época puede darse cuenta de las *galladas* de la Avda 19, de la 22, de la Flota Bolivariana, del Parque de los Periodistas, de la Flota Rápido Tolima, de Galerías Nariño, del Barrio Las Cruces, etc. También tomaba el nombre según el apodo del jefe, como la *gallada de Mele-nas*, la de *Momia*, la de los Botero, etc. (Granados 1974).

Esta agrupación tenía establecidas ciertas reglas de juego, para garantizar su estabilidad y su seguridad. La regla número uno era (y en cierta medida todavía lo sigue siendo), la del silencio para con extraños, respecto a lo que ocurría al interior del grupo. Ser considerado *sapo* era una humillación, condición que además se sancionaba con violencia física y sexual, o con la expulsión. Otra norma en muchos de los grupos, era la prohibición de ingerir drogas; sólo la marihuana era aceptada, así como la gasolina.

Otras normas establecidas tácitamente eran las de no robar a ancianos, no herir en un atraco o robo, si no era estrictamente necesario, no robarse entre sí, no robar si no era necesario, y *responder* ineludiblemente por un encargo dado por otro compañero.

Las *galladas* se constituyen como unidad de cohesión en torno al logro de la sobrevivencia física, emocional y afectiva. No importa que se

tengan lazos familiares, la *gallada* llega a convertirse en un eje de familiaridad importante.

"Como constituyen grupos marginales de la sociedad, (las *galladas*) reúnen las características peculiares de las instituciones divergentes:

- Un fuerte sentido de grupo y de cohesión interna, frente a las distintas modalidades de agresión externa, proveniente del ambiente donde actúan, y de las instituciones públicas de control.
- Una organización de fuerte autoridad, nacida de un líder natural, que se alcanza por la configuración de una imagen que responde a las exigencias del grupo.
- Disciplina interna rígida. Impuesta con firmeza.
- Sentido de igualdad entre los miembros rasos y de superioridad jerárquica.
- Un fuerte sentido de lealtad frente a lo que se percibe como extraño.
- Un disfrute equitativo de los bienes del grupo. (...)
- Las *galladas* no perduran por largo tiempo, porque la calle es nómada, es errabunda". (Gutiérrez de P., 45).

Seguramente bajo la influencia del movimiento hippie, y en todo caso al modo de los de la calle, desde el espíritu de la *gallada* se construyeron especies de ritos que servían para alimentar la unidad y la estabilidad del grupo. Se hizo clásico, por ejemplo, el rito del fuego, hoguera que se encendía en las noches, y en torno a la cual se fumaba marihuana, se contaban y recreaban los sucesos del día, se hacía la *agenda* del día siguiente, se cantaba y se soñaba. También en grupo se cocinaba, se pedía limosna o se robaba. Lo que se conseguía era socializado.

El espíritu de los colectivo era bastante fuerte. En relación a la propiedad de ciertos bienes, Muñoz y Pachón (1980), nos traen un análisis que por su importancia merece referirse:

"Dentro de la *gallada* existen dos tipos de propiedad: la colectiva y la individual.

“La colectiva no está sometida a distribución sino que es de uso del grupo.

“Son de propiedad colectiva aquellos lugares, objetos y conocimientos básicos para la existencia del grupo. Dentro de ésta cabe destacar la zona de trabajo, la camada y la historia delictiva del grupo, lo mismo que ciertos conocimientos útiles para la defensa y la subsistencia de éste.

“Todos los actos que atenten contra éste tipo de propiedad son los más fuertemente sancionados, ya que, en última instancia, de éstas propiedades depende la misma estabilidad del grupo (...).

“También el producto de las acciones colectivas, aunque en éstas no participe la totalidad de los miembros, es una propiedad colectiva de la gallada; por lo tanto, lo común es que los individuos en forma aislada no pueden disponer de los objetos.

“Las acciones que se cumplen individualmente se consideran como acciones del grupo. Si un niño comete una falta contra otra gallada, la venganza recaerá no contra el individuo que cometió la falta, sino contra el grupo al cual pertenece.

“La propiedad individual se reduce a la parte correspondiente a cada uno de los miembros después de que el jefe distribuye lo logrado por la totalidad del grupo. En este caso la distribución se refiere a dinero u objetos con algún valor dentro del mercado”. (Muñoz y Pachón, 1980, 65).

En esta lógica, tenía especial importancia el llamado *pormis*, mecanismo de regulación para garantizar que se hiciera distribución equitativa de lo que el grupo lograba conseguir.

“En una situación de acceso individual limitado, que es en la que normalmente se mueve la gallada, éste tipo de repartición asegura que los miembros que no logran en determinado momento obtener lo suficiente para su subsistencia, de todas maneras reciban algo; se establece así un sistema de reciprocidad que da seguridad de supervivencia. Mediante esta clase de repartición, el grupo asegura a cada uno de sus miembros una relativa estabilidad en la satisfacción de sus necesidades. (...).

“Se encuentran dos tipos básicos de pormis: el pormis a dos, o sea la división y repartición por mitades de los logros conjuntos o individuales de dos personas. (...).

“Está además el pormis de grupo o de gallada, que encierra dos pasos sucesivos: el primero es la entrega al jefe del logro individual o colectivo, y el segundo la distribución en partes idealmente iguales, efectuada por éste o por la persona encargada de hacerlo, de la totalidad de los logros entre los miembros del grupo.

“(…) Dentro de estos grupos el pormis es una de las normas más estrictas, y cualquier intento de contravenirla es sancionado fuertemente. La norma se aplica tanto en la entrega de los bienes robados por los miembros, como en la repartición efectuada por el jefe. De esta manera una de las cualidades más valoradas de los jefes es la de que sepa repartir justamente, y son muy frecuentes los casos en que un jefe es destituido y los miembros expulsados o fuertemente castigados, por no cumplir a cabalidad con esta obligación.

“Ello nos demuestra en parte la importancia de ésta actividad dentro del grupo.

“En las galladas menores, el pormis se muestra como un sistema de normas menos estricto que en los grupos estructurados”. (66).

El grupo contagiaba un cierto aire de aventura, y en grupo, entonces, se caminaba, se jugaba, se bañaban (en *La Rebeca* era la preferida), se *colinchaba* en los vehículos, buses y troleys. Lo que se hacía no tenía un propósito previo. Era literalmente vivir a la aventura. Estaban además, el chorro Padilla, Monserrate, las areneras de lucha libre, los circos y el *colincharse* en tren para Santa Marta.

El pelo largo era la moda, así como los sacos enormes que podían llegar hasta los pies. Vestir andrajosamente era una condición de su modo de vida.

“Pueden vestir mejor, pero para ser gamín lo más conveniente es vestir mal. Se puede decir que los andrajos son el uniforme o distintivo dentro del mundo de la gaminería. El vestido descuidado ayuda a provocar la caridad pública; además los pantalones y sacos anchos permiten esconder con facilidad lo que han robado”. (Nicoló, 84)

Por lo general eran menores con un promedio de edad entre los 10 y 14 años, con no más de tercero de primaria, la gran mayoría procedente de los barrios del sur de Bogotá, y que habían salido de

sus casas por maltrato, desintegración familiar, abandono o extrema pobreza.

Aparte de la marihuana, se inhalaba la gasolina y el thinner, y se tomaba *pipo*, una mezcla de gaseosa y alcohol a la que se le agregaba a veces mejoral, eucalipto y marihuana. El uso de la gasolina llevó a que muchos de aquella generación murieran quemados, o quedaran con quemaduras en su cuerpo, fruto muchas veces del juego o de rencillas y venganzas.

Todo este circuito de vida, marginal a las modas, a las *buenas costumbres*, a las reglas de urbanidad, ha tenido siempre su propio *idioma*, su propia manera de manejar las palabras y sus significados. Ha tenido su jerga que, junto con las demás características, ha ido cambiando y actualizándose en cada período de tiempo.

De los años anteriores, llegaron a los 70 palabras como:

Chencha: Cartera

Cana: Cárcel

Apañar: Acaparar

Llave: Amigo

Estuchar: Robar a un carro

Gofia: Detective

Marcando chulo: Estar muerto

Nepor: Ir por partes

Papayaso: Dar oportunidad para robar

Pipo: Mezcla de alcohol y bebida gaseosa

Sapo: Ser delator

Parcharse: Quedarse con algo que debía ser repartido

Bacán: Persona elegante.

En la década del 70, aparte de aquellas palabras que daban continuidad a la tradición de la calle, encontramos palabras que se incorporaron al imaginario de la calle:

La Mona o Baretá: Marihuana

Cuero: Papel delgado para armar un cigarro de marihuana

Estartazo: Darse cuenta de algo

Fierro: Arma cortopunzante

Fulastro: Feo, malo

Galo: Muchacho que roba y se viste bien

Mano negra: Juego en el que se pierde algo que se tenga en la mano

Jaula: Carro de la policía

Patecabra: Espejo retrovisor

Pepa: Reloj

Pucho: Colilla de marihuana

Pepenador: Reciclador

Tarriar: Tocar las nalgas a otra persona

Torcido: Alucinado

De otro lado, el trabajo institucional se caracterizaba por el internamiento, por el sistema correccional, al amparo todavía, de criterios legalistas respecto a la conducta de los gamines a quienes se les calificaba de *pequeños delincuentes e infractores* y que exigían un tratamiento en reformatorios o correccionales, y cárceles para menores. Se trataba de *enderezar* las conductas sociales *anormales*. Se pensaba que el problema era únicamente conductual.

No faltaron, incluso, estudios que desde la psicología o la psiquiatría consideraban al *gamín* como un niño o joven con limitaciones mentales o de personalidad.

Luis M. Beltrán dice al respecto: "*Diremos que: El niño vago, callejero, es un sedimento, un producto de decantación y segregación social. Un niño que desde muy temprana edad presenta una desventaja, ya porque es un débil mental; o un niño que presenta trastornos cerebrales crónicos poco notorios y sólo comprobables con la ayuda de la electroencefalografía, o un neurótico con un conflicto grave en cualquiera de los niveles señalados en las descripciones clásicas. Excepcionalmente, puede ser un psicótico o un epiléptico declarado.*" (Beltrán, 1970, 296).

Para la época, dentro de la línea correccional encontramos la llamada Correccional de la carrera 30, Cajicá (a cargo de ICBF), Sesquilé, El Redentor, el Amparo de Niños, y los Alicios.

No era extraño tampoco que algunas instituciones, las entregara el gobierno a "señoras de buena voluntad que en su gran mayoría no han recibido la formación específica ni la preparación necesaria que les permita orientar su acción a solucionar siquiera en forma relativa este problema. Generalmente estos cargos son el pago de un servicio político prestado a los partidos tradicionales". (Muñoz y Pachón, 114). Por cierto, era frecuente que tampoco los profesores o educadores tuvieran la formación suficiente como para atender adecuadamente a esta población.

Otras instituciones de la época, eran: La Cruz Roja (con su famosa ambulancia llamada *la gamina*), Centro de la Media Torta, Bosque Popular, Cinerama (Primer patio abierto), ACJ y CHILDHOPE (que hacían visitas a las *galladas*).

Ahora bien, con la fundación de IDIPRON en 1967 por parte del Padre Javier de Nicolás, se empiezan a explorar otras metodologías, otras propuestas pedagógicas, otras categorizaciones.

A la propuesta del *correccional*, se empieza a anteponer una propuesta re-educativa de largo plazo, a través de programas sucesivos. El proceso se iniciaba, por ejemplo, en los llamados *patios*, a donde llegaban los muchachos para estar durante el día. Luego pasaban a programas de internamiento, en donde a través del estudio y de la habilitación laboral, el muchacho iba progresando hasta llegar a la última fase, llamada La Florida o República de los Muchachos, en donde terminaba el proceso reeducativo. (Nicoló, Javier y otros. Musarañas).

Esta propuesta, fundamentada en experiencias y aportes teóricos como los de San Juan Bosco, Antón Makarenko, Celestín Freinet, la teología y la filosofía de la liberación, se desarrolló en los 70 como una experiencia que acercaba al *gamín* a la realidad del país, y a la toma de conciencia sobre la necesidad de un profundo cambio social. Por ejemplo, popularizó como himno entre sus beneficiarios, la canción chilena *Venceremos*. La intervención institucional, en todo caso, estuvo marcada durante la época, por el paternalismo y el asistencialismo que venía de las décadas anteriores, aunque ya no con el sesgo religioso (caridad), sino a

la luz de lo que se entendía como sistema de bienestar infantil (conciencia de los derechos de los niños, papel del Estado como garante del bienestar social, nuevos enfoques metodológicos y nuevos desarrollos teóricos sobre pedagogía, sobre análisis de lo social, etc.), y a cuya cabeza estaba el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, que había sido creado en 1968.

El Fleque *venía cargado con la maracachafa. El Nalgaeléctrica consiguió el cuero y después lo armó el gordo Oblea. ¡Había qué pillarle al chinche Misiricodándole candelita a ese bareto! ¡A la final, había que ver a toda la gallada en severa traba! ¡Nos dio severa risueña, pues Mediajeta en vez de quemar la chicharra se fumó el dedo éste pirobo! Ja, ja, ja.*

B. LA VIDA DE LA CALLE ENTRE 1980 Y 1990

Pues conmigo, paila de bareta. Yo a lo único que le meto es al surumbo, y me voy a mercar 10 papeletas y usted compre la bareta, porque a mí me gusta fumar en pistocho. El calillo sólo lo hacen los gargantas como el loco Pastrana.

Los años 80 en el país, se iniciaron trayendo como experiencia política, una de las épocas más duras para la democracia colombiana. El gobierno de Julio César Turbay, entre 1978 y 1982, se caracterizó como uno de los gobiernos de mayor represión política y de mayor violación de los Derechos Humanos en la historia moderna del país. La sombra de lo militar estuvo siempre presente (*Estatuto de Seguridad*), mientras decreció el movimiento social en casi todas sus facetas.

En el año 82, Belisario Betancur inaugura un gobierno que quiere desandar políticamente el cuatrienio anterior, mediante políticas de carácter populista, que permitieran recuperar la confianza de la gente en las instituciones políticas y en el Estado.

Durante su gobierno se adelantaron conversaciones y negociaciones con las organizaciones armadas, se adelantaron programas sociales como los de *casa sin cuota inicial*, pero no se pudo neutralizar la fuerza de la presencia militarista en las acciones gubernamentales. La intervención militar en la toma del Palacio de Justicia realizada por el M-19, fue prácticamente el quiebre del modelo populista y parroquial que el presidente Betancur quiso mantener como característica de su gestión. El siguiente gobierno, el del presidente Virgilio Barco, significó una continuidad de esta constante.

Durante los 80, el país vivió también el crecimiento del narcotráfico y sus manifestaciones violentas. La violencia desmedida tuvo un doloroso crecimiento respecto a épocas anteriores. En este fuego cruzado entre narcotráfico, ejército, guerrilla y paramilitares, muchas personalidades y políticos, candidatos a la presidencia, etc., cayeron asesinados.

Así, la década del 80 fue para la vida política y social del país, una década de desesperanza, de desintegración del cuerpo social, de frustración de aquellas grandes utopías sociales y políticas que habían alimentado el romanticismo de los años 70. En 1989 caía el Muro de Berlín, metáfora del derrumbé de los paradigmas socialistas, y del fortalecimiento del modelo capitalista, en su variante neoliberal que en América Latina tomará especial fuerza en los años 90.

"En general para América Latina, el decenio de los ochenta, conocido también como la década perdida, estuvo dominado por el peso de una asfixiante deuda externa que convirtió a la región en exportadora neta de recursos financieros, paralizando la inversión productiva. En general, las políticas de ajuste adoptadas para hacer frente al problema de la deuda, se caracterizaron por sus efectos regresivos a través de mecanismos tales como la reducción del empleo y de los ingresos derivados de él, particularmente en los hogares más pobres; el aumento de los precios de los productos básicos, especialmente alimentos; y la reducción del gasto público en servicios básicos, como salud, educación y saneamiento. Como resultado de estos procesos, el porcentaje de pobres en relación al total de la población aumentó del 41% en 1980 al 44% en 1989. (CEPAL, 1990)". (Pilotti, 1994, 15).

Dígale al chinche Pedro que arme los baretos bien bacanos, que les quite las semillas porque se revientan en el maduro y no es bueno p'a la salud.

La vida de la calle no circulaba al margen de éstas coyunturas. La vida de los gaminos cambió considerablemente en esta época, sobretudo por los siguientes factores: Por la desintegración de las *camadas* y las *galladas*, por la represión y persecución *limpieza social*, por el ingreso de una nueva droga, y porque en general la calle se volvió más violenta, tanto para sus habitantes como para el resto de los ciudadanos. No sobra agregar, además, que el crecimiento del número de gaminos siguió su tendencia, con un proceso de llegada de cada vez más mujeres (niñas y adolescentes).

La paulatina desintegración de las *galladas*, como unidad organizativa y de familiaridad, fue un fenómeno que empezó a presentarse en esta época.

Debido a razones como las de la *violentización* de la vida social, y por lo tanto de la vida en la calle, y en particular a la persecución y a los asesinatos, los grupos perdieron capacidad de integración, y así como muchos grupos sociales y organizaciones de la época perdieron consistencia (*militarización* de la vida social y política), las *galladas* no fueron, por el contrario y como reacción, un espacio de cohesión y de defensa de sus miembros. La *camada* sufrió un cambio todavía más radical. Prácticamente desapareció.

Todos aquellos ritos, aquellas normas, aquellas estructuras organizativas que caracterizaban a las *galladas*, se fueron debilitando. La centralización no se siguió haciendo en torno a un *perro* o jefe, el *pormis* ya fue dejando de ser una regla de juego de la vida colectiva, la aventura encontró mayores riegos, y la actitud ciudadana se hizo más intolerante. Los miembros de las *galladas* pudieron circular más fácilmente entre los diversos grupos.

Las acciones institucionales, estatales o privadas, siguieron su accionar tradicional. Cada vez mayor número de ex-institucionalizados si-

guió alimentando la calle. Entonces, si el promedio de nivel educativo en los 70 era de tercero de primaria, en los 80 sube a un quinto de primaria o tal vez a un primero de bachillerato.

Las principales instituciones destacadas durante éste período, son: IDIPRON, Cajicá (que fue asumida por IDIPRON entre 1986 y 1990, cuando pasa a los Padres Capuchinos), la Ciudadela del Niño o El Puente, Club Michín, Granjas del Padre Luna, Villa Javier (ICBF).

En la medida en que los grupos sufrieron de mayor asedio, necesitaron de mayor movilidad (trayendo mayor desarraigo), para poder sobrevivir. En todo caso los grupos ya pocas veces pasaban de 10 integrantes. Las relaciones entre los mismos grupos se hicieron también distantes.

Por estos años, los grupos o *galladas* de la ciudad eran aproximadamente 35. Se podrían referir las de la carrera 13 con 10 o de Sancho Panza, Santa Lucía, Caldo Parado (Kennedy), Las Banderas o calle 8 con 10, Venecia, Planetario, Teatro Ponce, la 63 con 68, etc. Entre éstas, la *gallada* de la 26 seguía caracterizándose por su dureza, su violencia, sus actividades delictivas.

La frontera entre *gamín* y delincuencia se hizo más cercana y posible. Muchas otras costumbres cambiaron. Aparece la costumbre de pasar algunas veces la noche, en una residencia (La Bucaramanga es la de moda entre los *gamines* y *ñeros* de hoy). Muchos cambiaron el tradicional pelo largo, por la *calviada* (¿incidencia de la militarización de la época?).

Muchos menores y adolescentes no siguieron el camino de ser *pregamín* para luego ser *gamín*. Simplemente se quedaron en sus barrios, haciendo parte de las nuevas pandillas que empezaron a aparecer en aquellos años.

Nuevas costumbres y nuevos ritos fueron surgiendo. Bajo efectos de la droga fue común el que se hicieran cortes en manos y brazos.

La inhalación de gasolina se cambió por la inhalación del *pegante* (pegante industrial), y se introdujo el basuco (base de cocaína, o llamado

también, basura de cocaína). (Según el toxicólogo Camilo Uribe, los primeros casos clínicos referidos al basuco son de 1982. El Espectador 23 agosto 1987).

Antes de llegar a los pobladores de la calle, el basuco en la década anterior, era droga usada entre delincuentes y prostitutas, y entre algunos sectores medios, especialmente jóvenes. Luego que baja la calidad (por mezcla de otros productos), baja su precio y se hace accesible a los habitantes de la calle y en particular a los gamines.

Así como empezó a ser frecuente ver a más niñas de la calle, también lo fue ver a los *largos* haciendo reciclaje de basuras por las calles de la ciudad.

Muchas palabras de la jerga de la calle fueron cambiando y otras se fueron inventando. Por ejemplo:

Estrile: Darse cuenta

Fierro: Arma de fuego

Fulero: Feo, malo

Mano negra: Grupo de *limpieza social*

Parca: Carro de policía

Parcharse: Irse

Pepa: Pastilla

Pelpa: Papeles de identidad

Alfalfa: Marihuana

La patica: Colilla de marihuana

Pedir canoa: Pedir auxilio

Chiriguaya: Marihuana

Hacer un cruce: Hacer un favor

Dieciocho: Alerta, peligro.

El propio: La persona clave, el más vivo, el fuerte.

Jíbaro: Vendedor de droga

Finalmente es importante indicar que la política institucional continuó, durante esta década, caracterizándose por el asistencialismo, el pa-

ternalismo, y, todavía en muchos casos, por la concepción correccional y sancionadora.

En todo caso, en medio de todas estas acciones institucionales, IDIPRON continuó desarrollando su propuesta que, en gran medida, fue obligando a que se replanteara desde otros criterios, el accionar de las demás instituciones.

El propósito institucional seguía siendo el de sustituir la calle por la vida institucionalizada. En esta línea, la intervención en las calles se hace para desintegrar a los grupos y en tal medida, y ante la desprotección, ofrecer los servicios institucionales como alternativa. Se hacía especial insistencia en que la calle era mala, y de por sí, la fuente de las condiciones deprimidas de vida que tenían los *gamines*.

Varios recursos se tenían para ir *enganchando* a los interesados. El preferido por éstos era el de los paseos. Estos se presentaban como una prolongación de la libertad, pero organizada; como una aventura protegida, ... imagen de la vida en la institución.

Una vez en la institución, era la regla hacer un proceso de desintoxicación de la droga, del *vicio* del cine, del robo, de los juegos violentos y de los juegos de manos. Y se iniciaba un proceso de enseñar al niño o menor a vivir en comunidad. No contaba su vida comunitaria anterior con todos sus lenguajes simbólicos y definitivamente vitales.

Era también primera regla y exigencia, todo lo referido a la absoluta limpieza en el cuerpo, en la ropa, y en las instalaciones de la institución. En IDIPRON se ha puesto especial empeño en este aspecto. La calle es la suciedad, y ella debe ser radicalmente superada. La presentación personal es indicador de progreso.

Sobre este imaginario se trabaja la ruptura radical con el pasado, trabajando sentimientos de vergüenza respecto a la vida en la calle. Más que reconciliación con ella, ocurre frecuentemente el mecanismo de rechazo y desconocimiento de este trozo de la vida personal. La familia de origen podía también ser cubierta por esta misma actitud (en la calle, la imagen de la madre es sagrada). La institución se erigía como la sustitución de la calle y

de la misma familia. Ciertamente no lo podía lograr más que a nivel material y de representación ya que el nivel afectivo, quedaba sobreviviendo en una especie de limbo; en situación similar quedaba la vida sexual.

Para la intervención institucional, el *gamín* es prácticamente el culpable de su situación, el responsable de sus conductas y de sus hábitos. De su voluntad depende que salga adelante. Demasiada exigencia para un problema que tiene demasiadas causas y variables. No son pocos entonces los sentimientos de frustración y, en consecuencia, el regreso de muchos a la calle.

En el proceso educativo la humillación y la ridiculización eran, lamentablemente, un recurso de frecuente empleo, y se orientaban ante todo a sancionar faltas a los reglamentos y a las normas establecidas, o para incidir en la ruptura con el pasado.

Ahora bien, en las instituciones en las cuales se tenían etapas progresivas en el proceso educativo, como en el caso de IDIPRON, se presentaba un fenómeno que iba en contravía de todo el proceso. Con el paso al nivel siguiente por lo regular se desintegraban los grupos que en el nivel previo se habían cohesionado y habían establecido lazos amicales. Se producía una nueva ruptura emocional... Así, la vida de un joven de la calle se iba *construyendo* sobre rupturas emocionales sucesivas: En la familia, cuando dejó la gallada para ir a la institución, y luego en el cambio de cada fase del programa... En esta lógica entra también la norma de no recibir en la institución (al menos en IDIPRON), a hermanos o familiares inmediatos en el mismo programa o nivel.

Se encuentra también, en la racionalidad institucional como la de IDIPRON, la negativa a recibir menores que no hayan tenido un largo recorrido de calle.

Desde el punto de vista preventivo parece una política lógica, en cuanto la institución no podría aceptar que un menor relativamente *sano* se *gaminizara* en sus programas.

Sin embargo ello ocurre en la calle: Deseando el menor entrar en la institución, y siendo la *gaminización* el prerrequisito, pues entonces hace

el curso acelerado de calle para poder entrar a las comodidades ofrecidas, bajo el pretexto de la rehabilitación.

"Huyy ñeritos. ¡Sí saben que a los de la gallada de la 22 los pillaron haciendo un negocio cuando salían de donde el reduciendo? Los empailaron. El Germán estaba medio loco y se las prendió. Los tombos le pelaron la escuadra y ¡tun! lo quemaron en una pata. Los demás mingas se pusieron trágicos y un montón de gente se puso a montarles la horrorosa a los tombos".

C. LA VIDA DE LA CALLE ENTRE 1990 Y 1996

Entonces qué cucho, anoche se tumbaron al Patas de cinco pepazos en ese cráneo. Ya no se puede robar. Ahora toca es retacar. ¡Grave se puso la lleca!

Lo que va de los años 90, ha ido configurando en la vida política y social del país, una época de profundos cambios, al motor de la Nueva Constitución Política de 1991, y del quiebre del modelo político tradicional. La Constitución del 91, fruto de un acuerdo nacional entre nuevas y tradicionales fuerzas políticas y sociales, abrió nuevas posibilidades para el desarrollo de la democracia en Colombia, al darle especial atención a la amplia participación ciudadana. Las posibilidades que se han ido abriendo para que esta participación se realice, ha ido cambiando poco a poco, el panorama político y administrativo del país. La experiencia de los alcaldes populares y cívicos, las acciones de tutela, las acciones de veeduría ciudadana, y todas aquellas otras formas de acción ciudadana, vienen abriendo la puerta a otro país.

El quehacer político tradicional está enfermo. La corrupción, la ineficiencia, el narcotráfico lo han debilitado. Hoy por hoy es el fantasma del desgobierno y el de la ilegitimación, el que recorre al país en toda su

extensión. El vacío es de propuestas alternativas de carácter nacional.

El deterioro de la situación social y económica acompañan al deterioro de la situación política. Las medidas neoliberales aplicadas durante el gobierno de César Gaviria ampliaron las fronteras de la pobreza.

El llamado *orden público* tampoco mejoró, a pesar de las negociaciones con algunos grupos alzados en armas y de la nueva Constitución. El paramilitarismo siguió creciendo. Los derechos humanos siguieron siendo objeto de violación sistemática.

Estas situaciones no han mejorado durante el gobierno de Ernesto Samper Pizano. Más bien se agrega el componente del desprestigio político que en estos años ha tenido la llamada clase política tradicional.

Vale resaltar en este período, el incremento de las acciones violentas, con pavorosos saldos de masacres indiscriminadas, y por lo mismo, de significativos fenómenos de desplazamiento y migración interna. Las grandes y medianas ciudades (Montería, por ejemplo), vienen siendo las receptoras de nuevos pobladores que llegan a presionar con sus nuevas necesidades. En ciudades como Bogotá y Medellín, ya muchos niños que ingresan a la calle, traen de referencia una historia de desplazamiento y de orfandad violenta.

En Santa Fe de Bogotá, la elección de Antanas Mockus como alcalde mayor, abrió nuevas perspectivas para la esperanza de los capitalinos. Terminado su período, quedó en la ciudad el sabor de una nueva frustración.

El escepticismo, la falta de gobernabilidad, la ilegitimación de las instituciones públicas, la falta de alternativas políticas y la desmovilización de la sociedad civil, parecen ser las constantes de la situación del país y de la ciudad capital.

Hacer una lectura o hacer una aproximación a la dinámica callejera de los años 90, se hace en estos años difícil ya que desde diversas posiciones ideológicas, se intenta negar el marginamiento como hecho social, para situar al hombre marginal, en una posición de conflicto entre categorías culturales como las de la cultura hegemónica y la del marginamiento y la exclusión.

Este hecho, ha llevado a que en definitiva, la calle se convierta en un amplio espacio donde converge la diversidad de la marginalidad, entre ellos: La policía, los vendedores ambulantes, las y los trabajadoras/res sexuales, los travestis, los ancianos de la calle, los educadores de la calle, los ladrones, los jíbaros o vendedores de droga, los recicladores, y naturalmente los *gamines* y *ñeros*.

Esta diversidad, que aunque en buena medida ha estado presente en otras épocas, ahora toma una connotación especial, dada la coyuntura de la calle. El cruce permanente de dinámicas entre estos sectores y los *gamines*, ha modificado las conductas propias de este grupo.

El policía, por ejemplo, al no tener políticas claras de intervención diferentes a las represivas, apela a su moral interiorizada, reflejando en sus conductas, los patrones clásicos de crianza, legitimando su accionar ante sí mismo. De ahí que desde este tipo de conductas, se tienda un puente de asimilación a la dinámica de la calle, en donde cabe la extorsión, la violencia, la violación de los derechos humanos, el chantaje, la mentira, etc. Cercano a estas conductas, está también el de otros como el F2 y el DAS, que terminan por justificar la eliminación física de los *gamines*, bajo el concepto de *limpieza social*, reproduciendo los patrones de intolerancia social que vienen caracterizando esta época.

Por su parte, los vendedores ambulantes convergen en la cotidianidad del *gamín*, por su permanencia en la calle, por su itinerancia, por estar en la *ilegalidad* en el uso del espacio público, y por tener en la policía un tácito enemigo. El vendedor ambulante se ha ido convirtiendo en un referente laboral, aunque sea ocasional. Es frecuente ahora ver a *gamines* haciendo el oficio de vendedores de dulces y cigarrillos, de bus en bus, en los semáforos, o con una *chaza* medianamente surtida.

Las trabajadoras sexuales, a su vez, son el referente de la mujer para los *gamines*, entre otras cosas, porque aparecen en su imaginario como la imagen del sufrimiento, de la injusticia, de los atropellos de la *sociedad* y de la policía. Tiene además, un cierto estatus de reconocimiento en cuanto, a su vez, es la mujer de los *duros* de la calle, ladrones, jíbaros y policías.

Para las niñas *gaminas*, todo esto hace que la trabajadora sexual se convierta en un referente posible de imitar.

Los travestis, por el contrario, se han ido convirtiendo en un referente de burla, maltrato y como motivo de comparación para cuando se ve la necesidad de humillar a un par. Los trabajadores sexuales, fenómeno de más reciente data y que ya tiene un significativo espacio en la calle de hoy, se han convertido para algunos *gamines*, en una opción laboral, que implica por cierto, una desvinculación total respecto a sus pares. Este fenómeno vitalmente vinculado a la dinámica de la calle, está, sin embargo, ubicado en esa cara oculta y reservada del transcurrir cotidiano de la calle.

Los ancianos indigentes son, por su parte, los excluidos de los marginales, figura de la que se toma distancia en cuanto representa la indefensión y en cierta medida la degradación final.

Los ladrones son el imaginario de la agilidad de la calle, el imaginario de lo que puede ser posible de *progresar* en la ilegalidad que facilita la calle (tener familia, tener electrodomésticos, etc.). Es un referente de estatus social que actúa de día, que actúa de cara a la gente, que es un personaje público.

El vendedor de droga o *jíbaro*, es, en cambio en el imaginario de los *gamines*, el referente de lo oculto, de lo que se hace en silencio, de los negocios ilegales. Es el personaje de la noche, el proveedor de todas las necesidades y el comprador de toda oferta, es el personaje escondido.

El educador de la calle es un personaje que entra a cumplir un papel mediador entre los *gamines* y las instituciones, es el que va a ofrecer recursos y servicios, es el apoyo moral al que puede recurrirse, y de modo particular, es el que interviene la calle con recreación y deporte. Es un eje que conecta los diversos factores y grupos de la calle, y articula, en cierta medida, la tradición y las historias de la calle.

En esta dinámica la *sociedad* de hoy reacciona de manera distinta a las décadas anteriores. Es una reacción más cargada de recelo, de retaliación, de miedo. Demanda además respuestas inmediatas, entre las que se encuentran algunas extremas como las del exterminio, y otras que termi-

nan siendo más efectistas que efectivas, como en el caso de la carnetización (ICBF, 1992), o en el del Plan Bono (ICBF y otras instituciones, 1993).

Durante estos años, la vida en la calle ha ido cambiando considerablemente. Se han profundizando las tendencias que han venido de la década anterior, respecto a la desintegración de las *galladas* como grupo, a la fuerza que ha tomado el individualismo (*casas-solas*), a la *violentización*, a las acciones de exterminio, a la ilegitimación de las instituciones como alternativa, etc.

“El ñero de hoy ya no es como el gamín de ayer. En lo formal tal vez tengan muchas cosas en común todavía, pero en lo conductual, en lo social, en lo imaginarios son distintos. Los cruza otra dinámica social, otros intereses, otras expectativas.

“La crisis institucional agrega un poco más de escepticismo y sentimiento de frustración al ya existente respecto a la sociedad en general, al Estado y sus aparatos. Antes las instituciones podían sostener la esperanza, ahora ya no se cree en ellas. Más bien se las usa con un claro propósito oportunista.

“Antes las instituciones eran mediadoras de la sociedad y a través de ellas el gamín se relacionaba con ésta. Ahora, la relación con el resto de la sociedad es más directa y conflictiva. Sin embargo de otro lado, hay pequeños esfuerzos de establecer una relación de interlocución. Si de un lado las acciones de limpieza social han reforzado una conciencia de exclusión en los de la calle, de otro lado algunos de ellos empiezan a reaccionar desde todavía borradores de propuestas para negociar un lugar, todavía difuso, en medio de la sociedad. (...)

“Ayer habían otras reglas de juego en la calle. Hoy gana terreno otra ética, otros valores, otras normas. El gamín seguía un proceso de adaptación y de socialización en la calle, durante un cierto tiempo. Para ello la gallada era su aval. Hoy este proceso es más rápido, es un curso acelerado. Además, como las características de la gallada han cambiado, el individuo tiene que hacer su adaptación por su cuenta y riesgo. Ya prácticamente no hay gallada, hay parche, sólo sitios donde parchan varios individuos. Se han roto las relaciones de afectividad y de solidaridad que se construían en la gallada. La calle ya es un sitio de sobrevivencia individual y no colectiva.

“La sobrevivencia individual tiene además un doble sentido: La sobrevivencia física y la social, vinculándose ésta a unos modelos de consumo que permitan

sobrevivir y destacarse sobre los demás. Ahora el deseo de poder acceder a las zapatillas de moda o a la chaqueta de cuero, se agrega a la necesidad de comer. De ser ñero se aspira a ser gomelo.

“Este referente del consumo, como ocurre entre otros sectores populares, cruza de violencia la relación con los demás. Hoy hay más agresividad en la calle. El consumismo y los referentes de violencia que alimenta nuestro ordenamiento social, toman cuerpo en la calle con mayor dramatismo. Hoy los que roban al escape son menos, y más los que matan para robar.

“Las normas también han entrado en crisis... no se cumplen, como tampoco las cumplen los choferes, los ediles, los comerciantes, el vecino o el peatón. Además en esta realidad viene interviniendo otro actor, no tan nuevo, pero sí con otra fuerza: la familia de la calle. Su presencia en calidad y cantidad, ahora es mayor. También la presencia de la mujer de la calle”. (Hernández y Ruíz, 1994, 3).

Junto a estos aspectos, otros llegan también para caracterizar la vida en la calle en estos años.

En cuanto al uso de droga, podría decirse que en la actualidad se presenta un fenómeno de *basuquización*, dado el protagonismo que tiene este producto, al que por cierto, acceden ahora más rápidamente hasta los menores de edad de la calle.

A esta situación ha contribuido la política del alcalde Mockus de recuperación del espacio público. Esta política en gran medida ha afectado a los *gamines* y *ñeros*, por cuanto ha llevado a acabar de desintegrar las agrupaciones originarias (*galladas*), y a acelerar el proceso de socialización en la calle.

Esto ha significado que se agudicen los fenómenos de violencia por parte de los de la calle, y que éstos lleguen más rápidamente a las llamadas *ollas* (en donde todavía no se aplica la política de recuperación del espacio público), y por lo tanto sea más rápido su proceso de deterioro personal. En los años 70 la llegada final a las *ollas* se podría dar hacia los 20 años. Hoy muchos niños de 10 a 14 años son residentes o frecuentes visitantes de estos lugares.

Durante estos años, la mal llamada *limpieza social* no ha tenido el crecimiento que de pronto podría suponerse. Según el investigador del CINEP, Carlos Rojas (1996), en el año 1992 se dieron en el Distrito Capital 37 casos de *limpieza social*, mientras que en 93 se dieron 16 casos. Para los 183 que el autor señala entre 1988 y 1993, el mismo indica que como responsables, 118 se adjudican a desconocidos, 35 a la policía y 30 a organizaciones declaradas de *limpieza social*.

Entre el 95 y el 96 este tipo de casos siguen presentándose, pero se tiene conocimiento a través de referencias de habitantes de la calle, que, particularmente en las *ollas*, se ha incrementado el asesinato entre este mismo grupo poblacional, por ajuste de cuentas y otras razones.

De otro lado, la jerga callejera sigue siendo referencia de los nuevos imaginarios que circulan en la calle. Algunas palabras de las décadas anteriores han cambiado de significación, y otras hablan de nuevas realidades:

Parce: Ñero, compañero.

Astilla: Colilla de marihuana.

Parcharse: Estarse, quedarse.

La panel: Carro de la policía.

Patecabra: Navaja.

Pelpa: Papeleta de basuco

Lleca: Calle.

Respecto al nivel educativo de los *gamines* y *ñeros* de hoy, puede decirse que el promedio de educación es de 1o a 2o grado de secundaria (6o y 7o grado), dado el acceso que la inmensa mayoría de ellos (tal vez el 85 %), ha tenido a servicios educativos institucionales. Esta misma experiencia, la misma situación del país y de la ciudad, y el trabajo institucional no clásico, han favorecido el que esta población tenga hoy una mayor conciencia relativa de su marginación, de las causas, y de las posibles soluciones. Es decir, a que tengan un mayor manejo de su situación, cosa que incluso en muchos

casos, ha llevado a que establezcan relaciones de reivindicación y de negociación con instituciones y con el Estado.

En este sentido, éstos años han sido bastante ricos en posibilidades de buscar nuevas alternativas de intervención, y de favorecer mayor protagonismo a la reivindicación social de este grupo urbano. Vale reseñar para este caso, las siguientes experiencias:

- El Programa Nueva Vida, de la Corporación SOS Aldea de Niños Colombia. Entre 1991 y 1993 exploró nuevas posibilidades de trabajo con menores y jóvenes de la calle de ambos sexos, en torno a aspectos como: la investigación sobre la cultura de la calle, trabajo con parejas y con familias, trabajo en derechos humanos, promotoría en salud y en comunicación, trabajo de género, y tal vez el trabajo que tuvo mayor impacto en la ciudad, el de teatro, con el *Grupo Sin Visaje*.

- Veeduría Distrital: Entre 1994 y 1995 promovió y favoreció la constitución de un Comité Interinstitucional que estuvo trabajando en torno a la definición de nuevas políticas de intervención con los habitantes de la calle.

- Varias instituciones privadas, especialmente en 1994, desarrollaron experiencias en torno a lo cultural y a lo artístico: Murales en el centro de la ciudad, publicaciones de poemas, varios boletines y periódicos, y teatro.

- Se han ido creando otras entidades con el ánimo de explorar nuevas políticas de intervención, como en el caso de *Extramuros-Ciudad y Cultura*.

- A nivel de personas y pequeños grupos interesados, se han discutido y planteado, propuestas diversas, orientadas a buscar alternativas no tradicionales al fenómeno de los de la calle. Algunas han sido: *Ñeralia*, un proyecto de organización y de vivienda; Teatro el Globo, de desarrollo de un centro cultural; varios sobre centros de acopio y reciclaje; otros sobre investigación de diversos aspectos; sobre proyectos de ley; etc.

En todas estas propuestas, ideas y experiencias, hay una constante: Buscar que los habitantes de la calle tengan mayores espacios de participación, de modo que desde estos, puedan también ser interlocutores de la sociedad, sobre la base de propuestas de negociación y de entendimiento. En este proceso se ha hecho famosa una frase que se planteó en la experiencia de teatro Sin Visaje: *Nosotros solos no somos el problema. Nosotros también tenemos propuestas. Conversemos.*

Con esta intención, y en este contexto, la dinámica de la calle se ubica en otra perspectiva. De puertas al año 2000, se hace necesario indagar por nuevas respuestas a una pregunta que no por vieja, hoy está siendo planteada por las voces y los gritos nuevos que están llegando a las calles de la capital.

III

LAS INSTITUCIONES EN LOS AÑOS 90

Se amerita hacer un examen más detenido, del significado de la intervención institucional en la dinámica callejera de los años 90, por el papel histórico que ha cumplido la intervención institucional en la calle, y por lo que en la actual coyuntura de crisis ha entrado a significar.

En primer lugar, es necesario señalar que he entrado a denominar a las instituciones para el trabajo con *gamines*, como Sistemas Masificados de Atención (S.M.A.), debido al deterioro metodológico y pedagógico que han venido presentando estas entidades.

Esta situación podría ilustrarse con el siguiente diálogo ficticio, pero real en cuanto a lo que expresa:

-¿Sabe qué llave? me voy a un internado.

-No loco, no la cague. Ahí nos roban nuestros sueños, se apropian de nuestras historias, se hacen víctimas de nuestros sufrimientos y nuestras hambres, nos niegan nuestra palabra, manipulan nuestros rostros y nuestras lágrimas para justificar su que- hacer pedagógico .

Este texto ilustra la percepción que hoy tienen los *gamines* de la intervención institucional. La ilustra como una realidad porque después de varios años de experiencia institucional, éstos se encuentran al final de un proceso, con las manos vacías. Pasaron más como objetos de intervención que como sujetos históricos. Llegaron al final de una etapa, sin la posibilidad real de construir un proyecto de vida, porque se les negó la posibilidad de crear y de poder creer en sí mismos.

Este texto indica el estado de ilegitimación a que los S.M.A. han llegado, frente a los pobladores de la calle. Indica la distancia que se ha ido construyendo entre los seres reales que viven una determinada coyuntura histórica, y unos intereses institucionales que, ahora, poco tienen en cuenta los intereses reales de los supuestos *beneficiarios*. Las propuestas se siguen repitiendo, prácticamente de memoria, y casi por pura inercia de una tradición que ya queda corta en sus respuestas.

Los S.M.A. van quedando entonces vacíos. Los *gamines* los han desbordado con una dinámica y un ritmo de vida y de necesidades, que sí han ido evolucionando con la historia. Los diagnosticadores y planificadores muy poco han percibido la profundidad de estos cambios. Por lo tanto sus proyecciones, siguen quedando cortas, como en el caso de la propuesta del llamado *Plan Bono*, que entre 1992 y 1993, impulsaron el ICBF y el Despacho de la Primera Dama

En este tipo de propuestas, y en las experiencias tradicionales, no han tenido cabida aspectos fundamentales de la vida de los *gamines*, en cuanto simples personas humanas. Uno de estos aspectos es el afectivo, tal vez el que en gran medida, originó aquella ruptura original con la familia.

Por las características, por sus metodologías y por su misma propuesta, los S.M.A. no dan la posibilidad real de que sus *beneficiarios*, logren despertar y desarrollar ampliamente la afectividad, el amor, y todos aquellos sentimientos que permiten construir una vida emocional sostenida.

Como plantea Javier Omar Ruíz, hace parte del *modus operandi* institucional, el debilitar, de hecho, la vinculación familiar, para erigirse la

institución como su sustituta. Al mismo tiempo, genera un enfermizo proceso de inhibición de sentimientos y afectos que imposibilita, literalmente, la generación de espacios y relaciones de amor. El cuerpo y sus impulsos, la sexualidad, la amistad, la ternura, la lúdica corporal, etc., terminan siendo condenados como posibilidad de expresión de la vida. Así, una vez egresados se ven en desventaja cuando se trata de construir vida familiar.

Entonces el círculo vicioso se reactiva. Los S.M.A. terminan siendo funcionales a la dinámica de la calle. En los 90 ha podido percibirse que la calle tiene hoy las características que tiene, fruto en gran medida, de una intervención institucional que se fue viciando paulatinamente.

Los S.M.A. nunca imaginaron que los *gamines* sí se apropiarían, a su manera, de sus metodologías y paradigmas, adaptándolos a su propia dinámica callejera, sabiendo que un alto porcentaje de los *gamines* que están siendo *beneficiarios* institucionales, regresan a la calle por cuanto los S.M.A. no plantean una propuesta sostenida de largo plazo. Los S.M.A. siempre plantearon:

- Hay que progresar
- Hay que cambiar
- Hay que ser alguien en la vida
- Hay que construir un proyecto de vida
- Hay que ser productivos y eficientes.

Hoy, estos planteamientos los implementan los *gamines* dentro de su propia lógica. El joven, ya fuera de la institución, y por lo general en la calle, asume que para significarse y valorarse tiene que construir un proyecto de vida. Por lo general lo construye creando su propia familia callejera, e inculcando a sus hijos (los nuevos *gamines*) que deben progresar. Un progreso que va enmarcado en la dinámica callejera, porque incluso, los S.M.A. siguen facilitando el abastecimiento de todas sus necesidades básicas sin salir de la calle (salud, alimentación, recreación, e incluso salvación eterna).

Este progreso significa la asimilación y la cualificación de todos aquellos valores de la calle que van en contravía, por lo general, de los establecidos socialmente. Es además la construcción de un proyecto de vida en la calle y dentro de él, progresar. No aparecen otras alternativas. La propuesta institucional cayó en su propia trampa en cuanto siempre se planteó como un sistema cerrado y aislado del resto de la dinámicas social. No es extraño encontrar en algunos S.M.A. que incluso, funcionan con su propia moneda, con su propia constitución, y su propio sistema de gobierno. Este tipo de experiencias van más allá de lo meramente pedagógico. Es un sistema descontextualizador.

El egresado, de otro lado, llega nuevamente a la calle con un lenguaje y con una lógica, que ya no son los propios, son los institucionales. Este lenguaje y esta lógica son rápidamente asimilados por sus pares, marcando de otra manera la vida de relación entre las instituciones y los gaminés que se encuentran en la calle. La relación ha devenido en ser difícil, en estar cifrada en la desconfianza y la ilegitimación. Los muchachos de la calle han aprendido, entonces, a utilizar, a manipular los S.M.A., como simples prestadores de servicios, sin que esto comprometa al *gamín* en nada con la institución (hay casos en los que en la institución se empuja más al *gamín*, que en la calle).

Desde los S.M.A. traen también los *gaminés* a la calle, una alta carga emocional contra los ciudadanos, puesto que en definitiva todo el proceso pedagógico, tiene como telón de fondo, más un propósito de protección para la sociedad que para el mismo *gamín*. Un *gamín*, por lo tanto, recién salido de un S.M.A. es más agresivo, más receloso, más rencoroso. Además creen estar seguros de que la sociedad los desprecia, los aborrece, los rechaza y los odia, pues inconscientemente o conscientemente los S.M.A. les inculcaron siempre a los *gaminés* que ellos solo le causan daño y deterioro a la sociedad.

Más grave aún, es cuando un *gamín* es expulsado de uno de los S.M.A. Llega nuevamente a la calle sin opción de vida, pues podría

decirse que tuvo el cielo en las manos y lo perdió cuando fue expulsado. Esto conlleva a que en muchas ocasiones, no le tomen el más mínimo valor a la vida, se siente un ser desahuciado primero por la sociedad y ahora por los S.M.A.

Cuando el *gamín* ingresa nuevamente a la calle entiende que ahora, la calle ya no es una aventura; ahora se ha vuelto definitivamente su hogar; por esta razón se ve obligado a incorporar definitivamente la calle como parte de su vida cotidiana. A la vez ésta se aferra más a los *gaminés*, metiéndoseles en sus almas, sus cuerpos, sus pensamientos. La calle les da una marginalidad propia de esta población. Pareciera ser que la calle cobra vida y se inserta en sus más profundos sentimientos.

"A veces nos mandan a la cárcel. Si la tomáramos como una prisión, creo que no la toleraríamos y terminaríamos suicidándonos. Lo que hacemos es tomarla como uno de los riesgos inherentes de estar en la calle; por eso la tomamos como la mejor de las escuelas. Allí nos enseñan a idolatrar al mal, nos alimentamos de las demás historias, nos apropiamos de las historias de los malos y las hacemos nuestras para vencer, de esta manera, nuestros propios fantasmas. Diríamos entonces que la cárcel nos enseña a ser hombres". (Hernández, 1994,16).

Bajo estos planteamientos, el *gamín* de las instituciones de los años 90 es:

- Altamente itinerante: No tiene lugar fijo de residencia, Los lugares cerrados son sinónimo de castigo y separación de la vida cotidiana, no soportan normas que rijan el tiempo y los afectos.
- Es más agresivo e individualista: No contempla beneficios colectivos, ni el compartir, o el cooperar, a menos que le reporte ganancias.
- La organización callejera está más estratificada: existe al interior de esta población la conformación de ciertos estratos. Unos se imponen sobre otros, dependiendo del poder, de los recursos, o actividad social que realicen.

- Se sectoriza más por actividades comunes y sobre esta base establecen su territorialidad, con el establecimiento de normas específicas reconocidas por ellos y no por otros.
- Desconfiado: No cree en ningún tipo de propuestas de las que se le ofrezca; busca sacar provecho sobre todo en términos asistencialistas.
- Mayor vulnerabilidad: La desarticulación de la gallada y de las camadas, los ha dejado en mayor vulnerabilidad, y en cuanto son más individualistas, quedan en mayor riesgo de ser víctimas de acciones de exterminio.

“El carisucio, el pelafustanillo, el galopin, en fin, el ñero de ayer ya no es el gamín de hoy. El de ayer esperó pasivamente a que le construyeran un mundo, una utopía. El de hoy construye familia en sus propios ambientes marginales. Están negando la propia existencia del Estado Social de Derecho del que tanto nos preciamos. Al construir sus familias, están insistiendo en su capacidad de crear, creer, e incluso de criar. Nos están enviando un llamado de alerta, para que revisemos junto con ellos de una manera creativa y lúdica nuestros propios paradigmas”. (Hernández, 1994, 18).

IV

ESTADO Y GAMINISMO

El marginamiento de los *gamines*, se da por exclusión de los espacios de participación, de los espacios de análisis y de reconocimiento como actores sociales, llegando incluso a la negación o exclusión de los espacios de concertación.

Existen para la seguridad nacional peligros que tendrían la capacidad de desestabilizar el establecimiento. Esos peligros son reales y están representados en: El narcotráfico, el narco terrorismo, grupos políticos extremistas, la corrupción política y económica, en fin todos estos fenómenos que representan una amenaza muy clara contra la democracia tal como esta concebida.

Para el Estado los *gamines*, los locos, las prostitutas y los pobres en general no representan ningún riesgo. En últimas es en estas poblaciones donde confluyen y se reflejan todas las mediocres decisiones políticas y sociales del Estado. Los *gamines*, por lo mismo, son el reflejo donde se manifiestan todos los desajustes estructurales de este país.

La ineficiencia del Estado se manifiesta en su incapacidad para moverse de manera simultánea entre los problemas sociales creados por sus descuidos y la falta de decisiones políticas. Establece planes de trabajo muy puntuales y completamente desarticulados,... sólo apaga los incendios so-

ciales sin mostrar ningún interés por establecer una política de prevención de incendios.

Para el Estado los *gamines* prácticamente no existen. Este no les reconoce su palabra, no les reconoce sus posibilidades de comunicación, no existen como actores sociales. La verdadera disyuntiva que hoy se nos presenta no es entre Estado y mercado, sino entre Estado y sociedad civil. (*El Espectador* abril 5 de 1.994 página 5). Debemos buscar que el Estado se adapte a unas nuevas condiciones que le permitan representar socialmente a los sectores excluidos de la sociedad civil.

Es evidente que la política social ha sido la gran ausente durante las últimas administraciones, no sólo por los escasos recursos destinados a la inversión con prioridad social, sino sobre todo por la falta de voluntad política que para estos aspectos encontramos en el modelo neoliberal.

La agudización de la pobreza, la acentuada concentración del ingreso, la desarticulación de las entidades del Estado encargadas de diseñar y ejecutar los programas sociales y la preeminencia de una política de asistencialismo social, son algunas de sus manifestaciones más generalizadas.

Hay que puntualizar que los últimos gobiernos no han tenido la capacidad efectiva de traducir sus intenciones en mecanismos de regulación de las actuaciones del mercado en las condiciones en que ha transcurrido esta década. No ha sido posible que los beneficios del crecimiento económico se distribuyan en pro de la equidad y la justicia social; ello se evidencia en las calles de las diferentes ciudades donde cada vez hay más *gamines*, especialmente en la capital, sede de nuestros gobiernos.

A lo anterior se suma la incapacidad del Estado de convocar un proceso de concertación democrático, donde tengan expresión los diferentes agentes económicos y sectores sociales tales como los excluidos.

La tarea está planteada. Frente al Estado, los *gamines* deben tener interlocución. La política de intervención debe ser una política de Estado.

V

PROPUESTAS PARA TRABAJAR EL PROBLEMA DEL GAMINISMO PARA EL SIGLO XXI

De cara a la búsqueda de alternativas de desarrollo social para los *gamines* de Santa Fe de Bogotá, deben concertarse todas las fuerzas sociales e institucionales posibles, de tal manera que se superen las prácticas aisladas, las propuestas repetidas, los celos burocráticos, la duplicación de recursos. Especialmente deben concertarse criterios de trabajo y políticas de intervención, y sobre todo, concertarse la participación directa de los *gamines* en los procesos de diseño y ejecución de propuestas de trabajo.

La Constitución Política de Colombia de 1991, justamente resultado de un alto consenso político, ofrece un marco de política que es referencia para el propósito señalado. Lo realmente significativo es la definición del propósito de hacer de Colombia una democracia participativa como una nueva utopía.

En este contexto se ubicarían propuestas como las que a continuación se indican, en términos de estrategias para el trabajo con esta población en Santa Fe de Bogotá.

A.- Hacer una *expedición por las rutas de vida y de tránsito de los gamines*, que genere un conocimiento de sus costumbres, sentires, y problemas, para la aplicación de una política hacia la tolerancia.

Los *gamines* agobiados por sus múltiples problemas cuyas, dimensiones parecen insolubles, parecen proyectar a los ciudadanos una no posible convivencia mutua. Esta imagen y las vicisitudes de la vida cotidiana, alimentan en buena parte nuestro malestar colectivo.

El pesimismo, la apatía, la agresividad, la exclusión y similares actitudes y situaciones que hacen parte de la cotidianidad de la calle (y de la ciudad), van en contravía del ideal de ciudad de los antiguos griegos: una comunidad de casas y de familias con el fin de vivir bien y de conseguir la vida perfecta y suficiente.

Por eso se trata de levantar la propuesta de construcción de un nuevo contrato social urbano, que incorpore a su dinámica, aparte de la búsqueda de la felicidad y del bienestar, valores como los de la tolerancia, que permitan, en el proceso, incorporar a los *gamines* en la interlocución y en la construcción de la nueva dinámica social. Una tolerancia real, no una tolerancia que, paradójicamente podríamos llamar excluyente, por cuanto al «respetar» a los otros y a su situación, deja las cosas como están. Una tolerancia real que busque acercar la justicia a la diversidad de formas de vida.

A partir de esa tolerancia real y del reconocimiento al derecho a vivir dignamente, se canalizarían los proyectos colectivos que incluyan toda la gama de diversidades sociales o formas de vivir la ciudad. Proyectos que superen definitivamente la exclusión y las desigualdades sociales y económicas. Proyectos que vayan más allá de las homogenizaciones, para incorporar en su propuesta, la multiplicidad de los lenguajes sociales y culturales.

Para los *gamines* que han vivido la ciudad como un colapso y para los demás ciudadanos como una amenaza, estas posibilidades se ofrecen como oportunidad para participar en el proyecto colectivo de encontrar, además de la ciudad deseada, un soporte de identidad y sentido de pertenencia.

Para hacer viable estas aspiraciones, desde el resto de la sociedad debe hacerse un proceso de reconocimiento de la dinámica callejera, de sus territorios, de sus recursos, de sus oficios, de su cotidianidad.

Este reconocimiento podría realizarse a través de una expedición a través de la vida de los *gamines* de Bogotá, en donde ellos mismos, por cierto, serían sus principales expedicionarios. Una expedición en todas las direcciones: desde la administración hacia ellos, desde ellos hacia las instituciones, desde la *sociedad* hacia ellos y viceversa.

Pueden participar también en esta expedición, las universidades, las academias, las asociaciones profesionales, las agremiaciones y los investigadores. Desde sus respectivas especialidades y vocaciones, deben participar también las organizaciones sociales, religiosas, deportivas, artísticas, culturales y todo aquel que aspire a vivir y a convivir en tolerancia.

La expedición por los *gamines* recogería y sistematizaría el inventario de problemáticas y el inventario de potencialidades. Debería explorar todo el material bibliográfico y documental, técnico, científico, e histórico, y corregiría su dispersión, asegurando su accesibilidad mediante los modernos instrumentos de la informática, la interpretación y la evaluación.

A partir de la expedición por los *gamines* de Bogotá, se produciría un diagnóstico más confiable y más actualizado que permita una planificación real según el mandato constitucional. Una planificación en la que los *gamines* tendrían participación directa.

Además de aportar datos más confiables, la expedición sería el encuentro del resto de los ciudadanos con el universo de las diferencias y de las semejanzas, el descubrimiento de toda la variedad que ofrece la vida humana. Sería la posibilidad para el conocimiento compartido y construir un clima favorable a la convivencia y a la solidaridad.

Obviamente el conocimiento de la ciudadanía sobre las dinámicas callejeras, de sus estructuras, fortalezas, y debilidades, deberá ser hecho fuera de los laberintos institucionales y jurídicos, para no viciar la percepción y la real dimensión del mundo de la calle. Esto no quita que la expedición puede ser también una expedición por las instituciones y por las tantas leyes escritas pero muertas.

Desde este tipo de experiencias, y en cuanto en definitiva lo que se realiza es una evaluación también de la acción del Estado y de los Sistemas Masificados de Atención públicos o privados, se hace ejercicio del derecho constitucional de hacer control social (Art. 103 de la C.P.) a éstos desde el sentir de los *gamines*.

La expedición por los *gamines* buscaría, aparte del conocimiento o del diagnóstico, derroteros que conduzcan a un proyecto de ciudad deseable tanto para los *gamines* como para los demás ciudadanos.

Esta estrategia tiene como finalidad de mediano y largo plazo, viabilizar los canales que faciliten a la sociedad y a la administración, un diálogo con los *gamines*, dirigido a acercar la ciudad deseable. En esta estrategia la administración juega un papel importante en cuanto a la coordinación y al facilitamiento de recursos.

B.- Promover un *Movimiento de Gamines*, que articulado a los demás movimientos de otros grupos sociales, conquiste para todos un orden social de más justicia y democracia.

Hay que tener claridad que el problema de la calle se resuelve desde dos vertientes: desde las políticas del Estado/sociedad, y desde la misma calle. La acción transformadora desde la misma calle, parte del supuesto de que es desde quienes sufren directamente la exclusión y la miseria, que puede levantarse una reacción cuestionadora que promueva y sostenga la lucha por cambiar el actual estado de las cosas. Esto implica promover, al interior de esta población, un consciente y deliberado sentir de indignación, y un propósito organizativo, que permitan alimentar una acción movilizadora que por tanto, pueda incidir como acción transformadora en las actuales condiciones de desigualdad y de injusticia.

Este proceso pasa por el esfuerzo de que se re-construya el sentido de comunidad, al interior de la población *gamín*, y de que se re-constituyan los lazos de solidaridad y de compañerismo que se han ido debilitando en los últimos años, como ya se ha visto anteriormente.

Todos estos procesos, en cuanto intervenciones de agentes externos (institucionales o no), y en cuanto intervenciones de personas o grupos de los mismos *gamines*, deben ser ante todo, intervenciones de tipo social y político. Este aspecto se señala, para salirle al paso a la *manía* de absolutizar como acción pedagógica, todo tipo de intervención con sectores excluidos como en el caso de los *gamines*. Debe quedar claro que es distinto el que las acciones sociopolíticas puedan o deban tener un saldo pedagógico, y otra el que se considere que la problemática de la calle se resuelva pedagógicamente.

La intervención debe ser sociopolítica, en cuanto es claro que el cambio que se necesita, no va a darse espontáneamente, y tampoco el Estado está dispuesto a hacerlo por propia iniciativa. Los *gamines*, así como muchos otros grupos organizados de la sociedad civil, deben convertirse en otro grupo de presión que, por acción de su capacidad de movilización, obliguen al Estado y a los Sistemas Masificados de Atención, a negociar y a concertar sobre sus reivindicaciones fundamentales.

El primer paso para poder llegar a este nivel de presencia y de movilización, no es el de la resolución de las necesidades inmediatas, como hasta ahora se ha venido haciendo, sino en lograr que esta población se convierta en interlocutora, por cierto, respetada y respetuosa.

El convertirse en interlocutor implica que los *gamines* tomen conciencia, en un primer momento de que son sujetos sociales e históricos y que como tal pueden tener un lugar propositivo en el juego social. En un segundo momento, de que se supere la resignación a ser víctimas o victimarios, en cuanto entiendan que su situación no es un destino fatal, sino que realmente es posible cambiarla.

Sobre estas bases, que necesariamente implican la participación activa de los *gamines*, va tomando forma como expresión organizativa, un movimiento que pueda ser el espacio reivindicativo de esta población, y pueda situarlos en posibilidad real de hacer ejercicio de una ciudadanía deliberante y propositiva.

El cómo sería éste movimiento, cómo se organizaría, etc., es asunto que toca con el proceso y las características de la coyuntura en la que se inscriba la experiencia organizativa. Sin embargo vale referir que, desde hace más de cinco años, especialmente en Santa Fe de Bogotá vienen dándose ejemplos de búsqueda, tanto de nuevas políticas y metodologías institucionales, como de organización entre algunos de los grupos que componen los habitantes de la calle.

Entre 1991 y 1993, ya se refería el caso del *Programa Nueva Vida* de la Corporación SOS Aldea de Niños-Colombia.

Otras experiencias en los años subsiguientes exploraron posibilidades similares: Varias organizaciones no gubernamentales, e incluso iniciativas personales de algunos *gamines*, sacaron a la luz varios boletines y periódicos y otras acciones de tipo cultural, con el objeto de establecer un puente de interlocución con el resto de la sociedad: periódicos como *La Ñerada*, *El Rebusque*, *La Lleca*; varios libros de poemas; varios murales pintados en varios sitios de la ciudad; graffittis como los del muro en el costado occidental del Cementerio Central, etc.

Se dio también entre 1994 y 1995, una experiencia de coordinación interinstitucional en la definición de algunos criterios de nuevas políticas de intervención para la población de la calle. Alrededor de éste comité, se realizaron varios foros y mesas de trabajo, y se ha venido posicionando entre instituciones estatales, la propuesta de replanteamiento sugerida en las actividades señaladas.

C.- Diversificar las propuestas de trabajo con los *gamines*, de tal manera que ellos en su heterogeneidad, encuentren espacios de realización personal y social.

Durante más de 300 años, las propuestas de intervención (no eran realmente propuestas de trabajo), han sido exclusivamente institucionalizantes. Pero dada la actual coyuntura, se necesita promover la generación de múltiples propuestas de trabajo, de modo que ofrezcan a todos, distintas alternativas según los intereses.

Un ejemplo de este tipo de propuestas, puede ser el de un Centro de Creatividad y Cultura, de modo que pueda ser un espacio de encuentro y de construcción de ciudad.

Podrían ser sus objetivos:

- Canalizar a través de las expresiones artísticas y culturales, aquellas conductas y hábitos que en cuanto se expresen, posibilite a los *gamines* la reflexión acerca de la calidad de vida que tienen en cuanto son de la calle y de sectores populares.
- Ofrecer la posibilidad de un manejo creativo del tiempo libre.
- Ofrecer un espacio para la creación artística del talento, de los anhelos, de las capacidades, y de las habilidades.
- Ser un espacio de intercambio social y cultural entre los distintos grupos de los habitantes de la calle, y entre el conjunto de la sociedad civil, de los artistas y de entidades y organizaciones sociales.
- Incorporar a los *gamines* al juego social de construcción de ciudad, a través del desarrollo urbano-cultural de sus habitantes.
- Ofrecer un espacio de reflexión en torno a la construcción de imaginarios que puedan mostrar, nuevas alternativas contra la violencia y la exclusión.

Una propuesta como éstas debe caracterizarse por su metodología eminentemente participativa, porque tiene en la vida cotidiana su punto de partida y su espacio de trabajo, porque fortalece la solidaridad y la consolidación de relaciones comunitarias entre los grupos de la calle, y porque vincula esta experiencia de trabajo a otros procesos sociales.

Y así como en esta idea, deben abrirse posibilidades heterogéneas de buscar solución a la miseria en la que viven estos pobladores de la calle.

La puerta queda abierta. También los *gamines* deben ser ganados para la democracia participativa, para la tolerancia, para la lucha contra la injusticia.

No puede entrarse al Siglo XXI con un grupo poblacional carente de deterioro.

BIBLIOGRAFÍA

- Beltrán Cortés, Luis M. *La metamorfosis del chino de la calle* Revista Colombiana de Psiquiatría. No 4, septiembre 1970. Bogotá.
- Castro C, Germán. *Gamines*. Revista Cromos, números 3141 (29 de marzo de 1978), 3142 (5 de abril de 1978), 3143 (12 de abril de 1978) y 3144 (19 de abril de 1978). Bogotá.
- Comité Interinstitucional para la Participación de los Habitantes de la Calle. *Hacia nuevas políticas de intervención con los habitantes de la calle*. Santa Fe de Bogotá, diciembre 1994.
- El Espacio. *Yo fumo marihuana, soy gamín, y qué?* Bogotá, marzo 23, 1972
- Idem. *La violencia y el hambre lanzan a los niños a la calle*. Bogotá, abril 10, 1978.
- El Espectador. *El gamín, problema social*. Bogotá, marzo 3, 1974
- Idem. «Los gamines». Bogotá, julio 4, 1978
- El Tiempo. *El chino antepasado del gamín*. Bogotá, octubre 3, 1976.
- Equipo de Consultores. *Diez estrategias que incrementan aliados en el control social de la gestión pública para la ciudad que queremos*. Veeduría Distrital, 15 febrero 1996.
- Granados Téllez, Marcos F. *Gamines*. Pontificia Universidad Javeriana. Dpto de Ciencias Religiosas. Ed. Tercer Mundo, 1a ed, Bogotá 1974.

- Gutiérrez de Pineda, Virginia y otros. **El gamín. Análisis de datos secundarios**. UNICEF. Bogotá 1978
- Gutiérrez, José. **Gamín: un ser olvidado**. Ed. Mc Graw Hill, México, 1972.
- Idem. **Gamines Influidos**. Magazín Dominical, El Espectador 21 de febrero de 1971. Bogotá.
- Hernández, José Manuel. **La dinámica actual de los habitantes de la calle**. Ponencia al Primer Foro Distrital sobre Políticas para los Habitantes de la Calle. Santa Fe de Bogotá, junio 1994
- Hernández, José Manuel y Javier Omar Ruíz. **Ñeralía: Un barrio piloto de desarrollo social para los habitantes de la calle**. Santa Fe de Bogotá mayo 1994.
- Idem. **Proyecto Centro Cultural para los habitantes de la calle**. Programa Nueva Vida-SOS. Santa Fe de Bogotá, julio 1993.
- I.C.B.F. «**Ponencia al Primer Foro Distrital sobre Políticas para los Habitantes de la Calle**», Santa Fe de Bogotá, junio 1994.
- Jaramillo, Oscar. **El submundo de los gamines**. Nueva Frontera No 73, marzo 25 de 1976. pág. 5-6. Bogotá.
- Lozano, Ángel. **Los muchachos de la calle (gamines) de Bogotá, y el consumo de sustancias psicoactivas (SPA)**. Informe de investigación. Santa Fe de Bogotá 1991.
- Muñoz, Cecilia y Ximena Pachón. **Gamines- Testimonios**. Carlos Valencia Editores. 1a ed, Bogotá 1980 .
- Muñoz, Cecilia. **El gaminismo: ¿Un problema sin solución?** Estrategia Económica y Financiera. No 16, octubre 1978, págs 31-34, Bogotá.
- Nicoló, Javier de y otros. **Musarañas**. Servicio Juvenil. Bogotá, s.f.
- Ortega Ricaurte, Carmen. **Aspectos históricos y lingüísticos del gamín bogotano**. Separata Revista Universidad Nacional, No 10. Universidad Nacional, Bogotá 1972.
- Páez, Julian. **Los emboladores**. Bogotá Ilustrado. Serie 1a No 4, febrero 28 de 1907, pág. 61-62, Bogotá.
- Pilotti, Francisco, (coordinador). **Infancia en riesgo social y políticas sociales en Chile**. Instituto Interamericano del niño- Programa Interameri-

- cano de Fortalecimiento de los Sistemas de Bienestar Infantil. Montevideo 1994
- Programa Nueva Vida. **Sin Visaje: Una propuesta diferente**. Programa Nueva Vida-SOS. Santa Fe de Bogotá, 1993.
- Rojas, Carlos E. **La violencia llamada limpieza social**. Colección Papeles de Paz. CINEP, 2a ed. Santa Fe de Bogotá, 1996.
- Ruíz, Javier Omar. **La interpretación de una práctica. Programa Nueva Vida: Un proceso con perspectivas de futuro**. Programa Nueva Vida-SOS, Octubre 1991. Santa Fe de Bogotá.
- Veeduría Distrital. **Una mirada a los programas distritales de atención a los habitantes de la calle**. Santa Fe de Bogotá, junio 1994.
- Idem. **Los ciudadanos de la calle son también formadores de ciudad**. Algunos elementos a considerar para integrar la problemática de la población de la calle al plan **Formar Ciudad** del Distrito Capital. **Propuesta desde la Veeduría Distrital**. Santa Fe de Bogotá, septiembre 1995.
- Urdaneta, Alberto. **Nuestros Grabados** Papel Periódico Ilustrado, No 77, año IV, 15 de octubre de 1884, pág. 76-77, Bogotá.
- Zárate, María Antonia y José Darío Herrera. **Una experiencia de trabajo con jóvenes de la calle. Dos años de historia: 1990-1992**. Programa Nueva Vida-SOS, mayo 1993, Santa Fe de Bogotá.

LA CALLE:
DOMINIO DE LO
IMPREVISTO
Y DIMENSIÓN
CULTURAL

*LUIS ANTONIO BOLAÑOS**

La calle no es un límite entre propiedades ni una separación de actividades, sino una superficie de contacto, un espacio de comunicación que en cada sociedad posee y asume ciertas reglas de juego que la van convirtiendo en un lugar con una subcultura especial, con argot propio y ritmos específicos de interrelación. Es la vía por donde fluyen -o fluían, ya que con las autopistas informáticas y las redes financieras integradas se globalizan y tornan simultáneos algunos de los principales elementos para la producción económica- dinero y capitales, mercancías y materias primas, informaciones y plegarias, trabajadores y contratantes, lumpen-proletariado y sacerdotes, máquinas y vehículos, usuarios-consumidores y soldados.

La cultura magdaleniense (y otras culturas *primitivas*), caracterizadas por la presencia de hermosos murales, arpones de hueso, tallas en asta, microlitos y azagayas, introduce reformas a la vivienda confirmados por hallazgos de pavimento, tanto al aire libre como en cuevas, y de albergues revestidos con suaves pieles. Es evidente que para las bandas constituidas por una treintena de familias, el área común y colectiva reservada para las manifestaciones sociales y religiosas, era esencial, y podemos considerarla un antecedente remoto de la calle.

Hacia el 3.000 a.c. empiezan a aparecer en Mesopotamia las primeras ciudades-estado y las primeras calles genuinas, donde se mezclan el bullicio comercial con los gemidos de las ejecuciones. Para el 1800 a.c., en varios puntos geográficos, desde el punto de vista urbanístico, se registra el surgimiento de grandes poblados, que crecen espontánea y confusamente.

* *Sociólogo multidisciplinario e investigador colombiano residente en Lima. Columnista de varios periódicos y revistas. Especialista en temas referidos a medio ambiente, cultura, desarrollo y ciencia ficción.*

En Mohenjo-Daro y Harappa, las desaparecidas urbes del valle del Indo, encontramos precedentes suficientes para admitir que su diseño, funcional y cómodo -que incluye baños temperados y recojo de basuras-, es ya deliberado. Los cretenses del período minóico contaban con calles pavimentadas, desagües y piscinas, casas de varios pisos y paredes decoradas con elegantes frescos: la dulzura de vivir estallaba por doquier y podemos imaginar que tal fusión de arte, servicios y cotidianidad bosqueja un comportamiento psicológico tan similar al actual, que nos parecen contemporáneos en sus inquietudes.

No se puede aseverar lo mismo de los conglomerados poblacionales asirios, sumerios, hititas y aún egipcios y chinos, donde las rigideces militaristas por un lado, y las elucubraciones religiosas con su habitual descuido por la calidad de vida de la gente por otro, parecen plasmarse en laberínticas y enrevesadas callejas, atiborradas y probablemente hediondas. Usualmente la anchurosa avenida central flanqueada por estatuas de dioses guerreros o animales míticos, es la extensión dispuesta para los desfiles celebratorios, las manifestaciones públicas y las artimañas ordinarias del comercio al menudeo.

En *Loto dorado o las aventuras eróticas de Hsi-Men*, un clásico de la literatura china, podemos encontrar mientras se describen los encuentros entre los personajes, diversas referencias a la forma como se despliegan los comercios-viviendas en la calle y como actúan quienes las transitan, laboran, y habitan. Asombra la precariedad del ambiente -con seguras consecuencias letales para la salud-, y lo deleznable de las construcciones -por la facilidad para conquistar sus interiores-.

Para el desplazamiento fluido, rápido o meramente eficiente de tan polícromos protagonistas, la tecnología ha ido proporcionando algunos de sus artilugios de transporte más llamativos, y los arquitectos planificadores de urbes, las ofertas más variopintas y anonadantes.

Ya en el 450 a.c., Hipódamo de Mileto había preparado y presentado a Pericles, un proyecto de reconstrucción de El Pireo (puerto de Atenas) que en el mundo mediterráneo surge como el primer intento de cons-

trucción planificada de ciudades (recordemos que la Acrópolis es una de los conjuntos arquitectónicos más hermosos levantados por manos humanas). El concepto de ágora, como ámbito para deliberar, debatir y conseguir consenso, es un precursor de la definición de calle. El desorden multitudinario de las calles de la Suburbia romana, con sus talleres de artesanos que producen ánforas masivamente para el trasiego de vino, aceites y cereales, los baños y sus termas, las nubes de esclavos acarreado mercancías o literas, extienden lo helénico hasta fusionarlo con lo latino bajo el rubro de grecorromano.

Otro aviso de lo que llegará a ser la calle, brota en las postrimerías del Medioevo: del enfrentamiento entre autoridad y experimentación -durante las épicas batallas por ampliar las fronteras del conocimiento- ya que con la primera se permanecía aparentemente en un mundo ordenado y sin fisuras en lo filosófico, que se expresaba en el sitio que cada gremio y persona tenía adjudicado, mientras que con la segunda se provoca un desbarajuste de los planos del burgo, que dejan de estar predefinidos para ser meramente facetas a ser investigadas, exploradas e invadidas cuando se tiene la fuerza, la inteligencia -o el dinero- para tales acciones.

La pérdida de la inmanencia, el desencantamiento del mundo y el novísimo proceso económico capitalista, arrojarán a las calles una muchedumbre de marginados, de seres que han perdido el sentido de vivir y no le encuentran relevo.

Posteriormente, una vez consolidado el capitalismo con su monumental injusticia y su proverbial crueldad, y para evitar que los protagonistas de los levantamientos y asonadas urbanas, aprovecharan los inverosímiles recodos y vericuetos generados por las intestinales callejuelas, para levantar sus barricadas durante las crisis irreparables de los gobiernos de la realeza, son derribados y reconstruidos barrios enteros en las capitales europeas, delineados a regla y cordel, y desprovistos de las parábolas que suavizaban la dureza de las calles rectas, para hacer más eficaz la represión.

Luego, tras la presencia de las multitudes en pugnadas o apoteosis teñidas por lo ideológico y la bipolaridad, rematadas por los enfrentamientos de dos guerras mundiales y su apéndice la *guerra fría* y las *guerras de baja intensidad* (que demolieron desde urbes a villorrios), el colofón finisecular será:

Historias múltiples, la retribalización de Occidente -con impregnaciones orientales, americanas y africanas-, y como nos augura Carlos Fuentes para el Siglo XXI: una era sin culturas centrales y sin *egocentrismo cultural*, propulsada por las migraciones y el barroco; heterogéneo, multidimensional e innovador universo de la postmodernidad que ya moramos, hacia una *sociedad del conocimiento*.

Con el surgimiento de la economía-mundo capitalista y la planetización de sus procesos, que incluyen trasvases étnicos colosales con su consiguiente mixtura conceptual y vivencial, la tercerización y el omniactuante comercio ambulante, y la mestización de ideas sobre espacios urbanos, la complejidad se ha instalado para ya nunca abandonarnos.

A los efectos provocados por las migraciones del campo a la ciudad, se añaden los estimulados por los exilados internos, que han aprendido a sobrevivir en los intersticios urbanos, construyéndose una subcultura a retazos, acogidos a prácticas que oscilan desde la recolección y reciclamiento de basuras, al simple latrocinio.

Quizás, ante la precariedad y la pauperización, por la necesaria calidez que debía proveerles lo rapiñado o asimilado, para paliar su esperanza perdida y su cosmovisión extraviada, la cultura generada por los moradores de la calle, deviene ambigüamente para los observadores externos, en repelente y/o atrayente, dependiendo donde se ubiquen sus coordenadas de identificación social.

Esta cosmovisión callejera va engendrando con su desparpajo, insolencia, descarado y desvergüenza, también con su desgarrado, dolor y transitoriedad, una larga serie de fenómenos sociales hacia su existencia, que oscilan entre el rechazo más descarado a lo lumpen y al color de piel que no es el mío, la intervención controlista disfrazada de compasión, y la

aceptación -muchas veces glorificada- de los resistentes culturales más intensos e interesantes, para incorporarlos al consumo masivo y a la instrucción oficial.

En las calles de América Latina (sin llegar a los extremos de la *calcutización*), es normal la estancia de miríadas de niños sin hogar (gaminos, pirañitas, meninhos de la rua), y también de adultos expulsados del circuito del trabajo y el empleo, considerados *desechables* o *moribles*, como lo atestiguan las cifras de asesinatos cometidos contra ellos en Brasil o Colombia. Estos grupos, han originado una problemática que más allá de abordajes paternalistas o represores, se resiste a ser reducida a meras estadísticas.

Frecuentemente, los niños entrevistados se definen a sí mismos en búsqueda incesante de la libertad, preferiendo la vida en intensidad, apurándola a prisa y sobreviviendo mediante técnicas que los entroncan con los cazadores-recolectores de nuestro pasado neolítico. Eligen el horror de la precariedad, de la mugre y la falta de horizontes a la seguridad de las normas, al sometimiento a los valores productivistas del capitalismo, y al achatamiento de la imaginación.

Ordinariamente, a pesar de la gama de servicios ofrecidos por las instituciones dedicadas a auxiliarlos -y que en cierto sentido, los convierten en *pedigüeños profesionales*- vuelven a elegir la calle con su invitación a la libertad y al deambular.

A las elementales presiones económicas que parecieran empujarlos a construir una subcultura supérstite, habría que agregar entonces una racionalidad que asimila en forma diferente el entorno social y su paquete de conceptos y propuestas, ya que aunque elevado número de niños de sectores pobres crecen bajo idéntica presión, escasez y dificultades, no todos optan por la respuesta de la calle, y este evento de por sí se constituye en acicate para su comprensión e investigación.

Palpita en esta decisión una otra realidad que va más allá de la explicación socioeconómica, para llevarnos por las rutas todavía elementalmente investigadas, de las explicaciones que en el alma transcurren, que

se tejen en el interior de los cuerpos y de los imaginarios; de las explicaciones que desde el más remoto pasado, retumban tal vez en el inconsciente colectivo de muchos. Retumbe que al decir del investigador Javier O. Ruíz, es expresión de un atavismo nómada en medio de las urbes y megápolis sedentarias de nuestra era.

La investigación por lo que la calle significa en términos culturales, está todavía por desarrollarse, y por lo mismo, por definirse las metodologías para actuar en ella desde sus propias características. Toda esa población itinerante, yendo y viniendo entre ciudades y entre barrios, asentándose por períodos en parques, lotes abandonados, o debajo de los puentes, en cuanto retazo de las sobras del capitalismo voraz, y retazo de la historia de la humanidad, esperan de los planificadores sociales, una oportunidad para incorporarse como parte de las estructuras urbanas, en un orden social más humano.